

SUNDAR SINGH

**ENSEÑANZAS
DEL
MAESTRO**



**Penetrante y fácil de leer. Una inspirada
obra maestra del pensamiento religioso**



ENSEÑANZAS DEL MAESTRO

SUNDAR SINGH

No dude en compartir el enlace de este libro electrónico con sus amigos. Se puede publicar o compartir el enlace o hacer una impresión parcial o completa del texto, no obstante, favor de no hacer modificación alguna o publicar u ofrecer copias del libro electrónico para descarga en sitios aparte de la lista abajo o por otro servicio de descargas. Si desea obtener copias múltiples o reimprimir partes del texto en un boletín o publicación, favor de atender las siguientes restricciones:

- No se permite la reproducción de ningún material con fines lucrativos.
- Debe incluirse la siguiente advertencia:
“Copyright 2012 por The Plough Publishing House. Usado con permiso.”

Este libro electrónico es una publicación de Plough Publishing House, Rifton, NY 12471 USA (www.plough.com) y Robertsbridge, East Sussex, TN32 5DR, UK

Copyright © 2012 Plough Publishing House Rifton, NY 12471 USA

ÍNDICE

AL LECTOR VII

I. ESCENAS IX

LOS PÁJAROS HAMBRIENTOS I

D H A R M A • devoción 3

CINCO HOMBRES SANTOS 7

MAYA • ilusión 11

EL SANTO 15

SANTI • paz 18

EL SABIO 21

JNANA • conocimiento 23

II. CONVERSACIONES 28

EL PEREGRINO 29

DARSHANA • la divina presencia 33

AVATARA • encarnación 41

LOS ENAMORADOS 46

KARMA • esclavitud 52

MOKSA • liberación 58

EL PRÍNCIPE Y EL LADRÓN 62

DYVA VILEENAM • la unidad con Dios 67

DHYANAM • contemplación 78

TRES BUSCADORES 83

SEVA • servicio 85

TAPAS • sufrimiento 95

EL REY Y EL GRANJERO	103	
AMRITA • eternidad	109	
ADVERTENCIA A LOS OCCIDENTALES		115
BUSCADOR Y MAESTRO	121	
<i>ORÍGENES Y CONTEXTO</i>	<i>126</i>	
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	<i>132</i>	

*No busques comprender aquello que
crees sino creer aquello que
comprendes.*

SAN AGUSTÍN

AL LECTOR

Como un sol grande y rojo apareciendo en la llanura del Punjabi, la solitaria silueta de un sadhu —un hombre santo para los hindúes— se recortaba caminando cansinamente a lo largo de la polvorienta carretera. Desde otra perspectiva, la figura del sadhu aparecía esforzándose por alcanzar una lejana aldea tibetana encaramada en lo alto de una angosta senda, hollada más por cabras que por seres humanos. Y, aún desde otra perspectiva, el hombre aparecía llegando al atardecer a un antiguo mercado y pasando entre la gente para buscar un sitio donde sentarse y descansar. Allá donde aparecía el sadhu, aquellos que le miraban a los ojos captaban al instante su extraordinaria paz y humildad. Descubrían a un místico...

Cuando Sundar Singh aparecía en una escena semejante, una y otra vez —sin previo anuncio, sin introducción, sin credenciales—, era igual a como aparece en este libro. «Escenas», la primera parte, recoge impresiones clave de algunos acontecimientos de su vida. Estas escenas se basan tanto en las notas del propio Sundar Singh como en textos de escritores que le conocieron. «Conversaciones», la segunda parte del libro, contiene diálogos extraídos libremente de los seis libros de Sundar Singh o de diversas entrevistas y artículos. En ambas partes se intercalan parábolas que ilustran los temas. Pese a que la estructura del libro resulte inusual, el resultado de este «collage» nos permite conocer al sadhu tal como sus contemporáneos lo hicieron: no como un pensador sistemático sino como un maestro personalísimo.

Tanto en sus enseñanzas como en su vida, Sundar Singh da escasos puntos de referencia para una orientación racional, pues desafía la categorización y el análisis crítico. Contrariamente, sin embargo, el impacto de su mensaje es siempre directo e inmediato. Su voz suena con una claridad que se alza desde las más profundas, desde las más cristalinas fuentes de la vida misma.

K I M C O M E R

I. ESCENAS

LOS PÁJAROS HAMBRIENTOS

Una vez vagaba por las montañas y, pasando por un afloramiento de rocas, me senté en la más alta con la intención de descansar y contemplar el valle, pero lo primero que vi fue un nido en la rama de un árbol. El nido estaba lleno de pajarillos jóvenes que piaban ruidosamente. Vi luego cómo la mamá pájaro regresaba trayendo comida en el pico para los pequeños. Cuando oyeron el batir de sus alas y presintieron su cercana presencia, piaron más fuerte aún y abrieron sus picos vacíos. Luego, después de alimentar a sus hijuelos, la madre alzó de nuevo el vuelo y los pequeños permanecieron en silencio. Como estaban tranquilos, me encaramé un poco para observarlos más de cerca y vi que, incubados aún, los pajarillos todavía no habían abierto los ojos. Sin poder ver aún a su madre, eran capaces, sin embargo, de abrir los picos y exigir su alimento al notar que su madre se acercaba.

Aquellos escuálidos pajarillos no decían: «No abriremos el pico hasta que podamos ver a nuestra madre claramente y veamos así qué clase de alimento nos ofrece. Tal vez no sea nuestra madre sino un peligroso enemigo. ¿Y quién puede saber si la comida que nos da es buena o si es un veneno?» Si los pajarillos hubieran razonado así, nunca habrían descubierto la verdad. Antes de que fueran lo bastante fuertes para abrir los ojos, empero, el hambre les hacía percibir la noción de muerte. De lo que no podían dudar, obviamente, era

de la presencia y del amor de su madre. Animados por esta certeza, dentro de unos pocos días abrirían sus ojos y se regocijarían viendo a su madre con ellos. Día tras día, crecerían, se harían más fuertes, su figura comenzaría a parecerse a la de su madre y pronto serían capaces de volar libremente por el cielo.

A menudo los seres humanos piensan de sí mismos que son los seres más importantes de la creación, ¿pero hacen algo para aprender de unos humildes pájaros? Con frecuencia nos interrogamos sobre la realidad y la amorosa naturaleza de Dios. Tal vez la duda nos acosa, pero el Maestro dijo: «Bienaventurados los que no han visto y sin embargo creen». Siempre que abrimos nuestros corazones a Dios, recibimos un alimento espiritual y crecemos más y más en la semejanza de Dios hasta que alcanzamos la madurez espiritual. Y una vez abrimos nuestros ojos espirituales y vemos la presencia de Dios, encontramos la indescriptible e interminable gloria.

D H A R M A • DEVOCIÓN

LA LUZ DE LA VELA parpadeaba sobre las roídas páginas y los caracteres sánscritos, y, danzando rítmicamente, parecían graciosas doncellas entonando antiguos himnos. Paralizado, el niño seguía el movimiento de las letras y su alma cantaba al unísono con ellas.

Masa de luz radiante, toda encendida,
te veo, encrespada, en cada lado.
Gloria de sol y fuego llameante, desmesurada,
tu poder no tiene principio, ni mitad, ni fin.
Infinitos brazos cuyos ojos son la luna y el sol,
te veo con tu rostro de fuego llameante
inflamando al universo entero con tu irradiación.

Suavemente, otra voz se incorporaba a la canción. Voz amable, querida voz, que le llamaba, «Sundar», sacándole del canto, apartándole de la danza. Lentamente, el niño cerró sus ojos interiores y miró la cara de su madre, iluminada por la vela. «Ven, Sundar. Ya pasa de medianoche y pronto será la hora de levantarse. Tienes sólo ocho años, hijo mío. Debes descansar.»

Obediente, reverentemente, dejó el libro santo en su sitio y buscó su esterilla. La vela lanzó un último parpadeo y se apagó. Años más tarde, recordaba la escena:

Pese a que mi familia era sikh, sentíamos una gran reverencia por las escrituras hindúes. Mi madre era un vivo ejemplo del amor de Dios y seguía devotamente las enseñanzas del hinduismo. Cada día se despertaba antes del alba, se preparaba el agua fría del baño ritual y leía algunas páginas del *Bhagavad Gita* o de otros textos sagrados. Su vida pura y su gran devoción me influenciaron más profundamente que a los demás miembros de la familia. De entre mis más tempranos recuerdos destaca la regla que mi madre me impuso sobre todas las otras: cuando me despertaba, mi primer deber era orar a Dios para agradecer su alimento espiritual y sus bendiciones. Sólo después de rezar podía romper el ayuno de la noche. A veces protestaba por esta regla e insistía en que bien podía desayunar antes de rezar, pero mi madre nunca

cedió. En general con palabras persuasivas, pero cuando era necesario con energía, marcó con esta regla una impronta profunda en mi alma: primero buscar a Dios y luego ocuparse de las demás cosas.

En aquel tiempo yo era demasiado joven para comprender el verdadero valor de esta educación y me resistía. Más tarde, sin embargo, no pude sino apreciar su ejemplo. Siempre que pienso en su amorosa guía, no puedo sino dar gracias a Dios por la madre que me dio. Plantó en mí y tendió en mi temprana vida un profundo amor y temor de Dios. Mi madre llevó consigo una gran luz y su corazón fue la mejor enseñanza que pudiera darme. «Tú no debes ser descuidado ni mundano», me decía. «Busca la paz del alma y ama siempre a Dios. Algún día deberás dar todo lo que hayas encontrado y para ello debes seguir el camino del sadhu.»

•

CON OJOS SUPLICANTES, el niño miró a su padre:

¡Por favor, papá, ayúdala! Ella ya es vieja y el tiempo se torna frío. Yo gasto todas mis monedas para comprarle alimentos, pero no tengo bastante para una manta. Por favor, dame dinero para comprarle una manta.

Sardar Sher Singh replicó:

¡Escucha, Sundar! Durante años le he dado a esta viuda toda clase de ayuda. Pero no somos responsables de ella. Las demás personas de la ciudad también deben ayudarla. Todos ellos deben aprender qué es la caridad. Y tú no puedes sentirte siempre responsable de todos. Los demás deben aprender a cumplir su parte. Y ahora deja de preocuparte por la viuda. Tú ya has hecho bastante por ella.

Alicaído, la muerte en el alma, el chico dio media vuelta.

¿No decía siempre su madre que debemos mostrar compasión y piedad? ¿Es que su padre no tenía corazón? ¿Y si nadie la ayudaba? Podía helarse durante la noche. ¿Qué puedo hacer yo si eso ocurre? Quizá... ¡No, no puedo! Aún sería peor. Padre guarda unas pocas rupias. Sería por una buena causa, y yo

no robaría por provecho propio...

Sundar estaba equivocado. Y a su padre no se le pasó por alto. Aquella noche, Sardar Sher Singh reunió a todos los de la casa y les anunció que había perdido cinco rupias. «¿Nadie ha cogido unas monedas de mi bolsa?», preguntó, amable pero firmemente. Cada cual respondió a su vez. Sundar respondió con voz queda: «No, padre, yo no las he cogido.» El día terminó sombrío y sin que el asunto de las monedas se resolviera.

Sundar durmió a trompicones, toda la noche dando vueltas y cabezadas. En sus sueños veía la cara severa de su padre y oía su voz, llena de desilusión: «¿Cómo me has podido robar a mí, a tu padre? E incluso ahora, cuando te he pedido que me digas la verdad, sigues mintiéndome.» Sundar sabía que esto no era *dharma*, devoción. Esto era *adharma*, pecado.

La maldad. Los libros santos hablan de *karma*, es decir, del implacable ciclo de pecado y muerte por cuya ley todos los actos pecaminosos cargan el alma y le acarrearán dolorosas consecuencias. Los libros santos nos advierten que cosechamos aquello que hemos sembrado, tanto en esta vida como en la próxima. ¿Cómo puedo yo escapar de este karma? ¿Cómo puedo deshacer lo que he hecho? ¿Cómo puedo tener compasión de los otros cuando la necesitan si mi propia alma está cargada de culpa?

Sardar Sher Singh escuchó una voz asustada, apenas audible:

¡Padre! ¡Despiértate, padre! Ha sucedido algo terrible. He sido yo, padre. Robé tu dinero para comprarle una manta a la viuda. Perdóname, padre. Yo quiero librarme del karma. Estoy dispuesto a aceptar el castigo. Estoy preparado para aceptar la penitencia que me corresponda por este pecado.

Ya despierto, Sardar Sher Singh vio la angustia reflejada en el rostro del niño y advirtió que dicha angustia duraba desde hacía largas horas. Cogió al niño con ambas manos, no para castigarle, sino para estrecharlo entre sus fuertes brazos. En su mirada no había enfado sino amor. Y con voz cariñosa le dijo: «Siempre he confiado en ti, hijo mío, y ahora tengo la prueba cierta de que mi confianza nunca estuvo injustificada. Duerme tranquilo ahora, pues has

mostrado coraje al elegir lo que está bien. Y, de esta forma, has hecho que el mal se convierta en bien. Yo también debo justificarme contigo, pues te negué el dinero que necesitabas para la viuda. Pero ahora, si me la formulas, no rehusaré tu petición.»

CINCO HOMBRES SANTOS

Una vez, en Haridwar, encontré a un sadhu yaciendo en un jergón de púas. Me acerqué y le pregunté: «¿Con qué fin te hieres y torturas a ti mismo?» Él me respondió:

Tú también eres un sadhu. ¿No sabes por qué lo hago? Es mi penitencia. Laceró la carne y sus deseos. Sirvo a Dios de esta manera, pero todavía siento demasiado claramente el dolor de mis pecados y la maldad de mis deseos. Realmente el dolor de mis pecados y deseos es mucho peor que el de estas púas. Mi propósito es matar todo deseo para al fin liberarme de mí mismo y armonizarme con Dios. He estado llevando esta disciplina durante dieciocho meses, pero todavía no he alcanzado mi meta. En verdad no es posible hallar la liberación en tan poco tiempo. Ello me llevará muchos años, incluso varias vidas, antes de que pueda alcanzar la liberación.

Consideré la vida de aquel hombre. ¿Debemos torturarnos a nosotros mismos a través de varias vidas para conseguir hallar la verdadera paz? Si no conseguimos nuestro objetivo en esta vida, ¿por qué debemos intentarlo también en otra vida? ¿E incluso en millares y millares de vidas? ¿Podemos encontrar la paz a través de nuestros propios esfuerzos? Probablemente lo que deberíamos hacer es buscar identificarnos con la vida de Dios, no con la muerte de la carne.

Encontré a otro sadhu haciendo penitencia. Sus pies estaban juntos, atados con una cuerda, y estaba colgado cabeza abajo de la rama de un árbol. Final-

izado su ejercicio, se quedó descansando al pie del árbol. Le pregunté: «¿Por qué lo hace? ¿Cuál es el propósito de su tortura?» Y él me respondió:

La gente se sorprende mucho al verme colgado cabeza abajo de un árbol, pero olvida que el Creador dispuso que toda criatura humana permaneciera con los pies hacia arriba en el vientre de su madre. Éste, pues, es mi método para servir a Dios y hacer penitencia. A los ojos del mundo es una locura, pero con este ejercicio recuerdo a los otros y a mí mismo que todos estamos destinados al pecado y a cargar nuestras vidas con él, vidas que a los ojos de Dios están cabeza abajo. Yo trato de permanecer cabeza abajo una y otra vez hasta que pueda permanecer derecho a la vista del Señor.

Es cierto que el mundo está al revés y que esta posición es perversa. ¿Pero podemos esperar por nosotros mismos enderezarlo con nuestra propia fuerza? ¿No debemos más bien volvernos hacia Dios, pues sólo Él puede ver qué hay de bueno o malo en nosotros y librarnos de malos pensamientos y deseos?

Más adelante encontré a otro sadhu. En verano sólo quería permanecer entre cinco fuegos: el sol sobre su cabeza y cuatro hogueras a su alrededor. En invierno, quería estar durante horas en el agua helada. Y pese a todo su expresión estaba marcada por la tristeza y la desesperación. Me enteré de que el hombre había estado sufriendo sus torturas durante cinco años. Me acerqué a él y le pregunté: «¿Qué obtienes con esta disciplina? ¿La sabiduría?» Me respondió tristemente: «No espero obtener ninguna sabiduría en la presente vida y, en cuanto a la futura, no puedo decir nada.»

Al día siguiente fui a ver a un sadhu que había jurado mantenerse en silencio. Era un genuino buscador de la verdad. No hablaba desde hacía seis años. Me acerqué a él y le hice algunas preguntas: «¿No nos ha dado Dios la lengua para que podamos hablar? ¿Por qué no te sirves de la adoración y le rezas al Creador en lugar de permanecer en silencio?» Sin asomo de orgullo o arrogancia, me respondió escribiendo en una pizarra:

Tienes razón, pero mi naturaleza es tan malvada que no puedo esperar que algo bueno salga de mi boca. He permanecido en silencio a lo largo de seis

años, pero mi naturaleza sigue siendo perversa, así que es mejor que permanezca callado hasta que reciba alguna bendición o mensaje que pueda ayudar a los demás.

Una vez, en el Himalaya, supe de un ermitaño budista, un viejo lama que vivía en una cueva de las montañas. Había clausurado la entrada de la cueva alzando un muro de piedra que dejaba sólo un angosto orificio para que entrara el aire. Nunca salía de su refugio y vivía solamente de te y de la cebada tostada que algunos devotos le traían y le pasaban por el agujero. Como había vivido tantos años en la oscuridad, se había quedado ciego. Pero estaba decidido a permanecer en la cueva durante el resto de sus días. Cuando conocí a este ermitaño, estaba transido en la oración y en la meditación. Esperé a que hubiera terminado y luego le pregunté si podía hablar con él. Conversamos a través del agujero de la pared, pese a que no pudiéramos vernos el uno al otro. En primer lugar, él me preguntó por mi periplo espiritual. Luego le pregunté yo: «¿Qué ha obtenido usted con el aislamiento y la meditación? Buda no dijo nada sobre un Dios al cual podamos rezarle. ¿A quién, pues, reza usted?» Me dijo:

Yo le rezo a Buda, pero no espero obtener nada ni por la plegaria ni por vivir en reclusión. Por el contrario, busco liberarme del afán de ganancia. Yo busco el nirvana, la supresión de todo sentimiento y de todo deseo, ya sea de dolor o de paz. Pero todavía permanezco en la oscuridad espiritual. Desconozco cuál será el final, pero estoy seguro de que haga lo que haga cualquier falta será superada en otra vida.

Yo le respondí:

Verdaderamente sus nostalgias y sus sentimientos provienen del Dios que le ha creado. Nostalgias y sentimientos que en verdad han sido creados para ser cumplidos, no para ser reprimidos. La destrucción de todo deseo no nos lleva a la liberación sino al suicidio. ¿Nuestros deseos no están inseparablemente unidos a la continuación de la vida? Hasta la misma idea de la eliminación del deseo es inútil. Desear eliminar todo deseo continúa siendo un deseo en sí mismo. ¿Cómo podemos hallar la paz y la liberación sustituyendo un deseo por otro? En verdad encontraremos la paz no por la eliminación

del deseo sino encontrando su cumplimiento y satisfacción, sintiéndonos en armonía, identificados, con Aquel que la creó.

El ermitaño cerró nuestra conversación con un escueto: «Veremos lo que veamos.»

MAYA • ILUSIÓN

LA LUZ DEL SOL, sobre el hábito amarillo del eremita, moteaba sombras selváticas que parecían cambiantes leopardos pintados. El santo ermitaño, un viejo sadhu, estaba sentado con las piernas cruzadas, una sobre una piel de leopardo, la otra sobre su hábito, donde parpadeaban las sombras de la jungla.

A los pies del sadhu se sienta Sundar, un chico que escapa de *maya* —la ilusión—, y siente hambre de conocimientos —*jnana*—. El chico es un devoto. Es un sikh, un devoto entre los devotos, un león entre los leones. Pero está inquieto.

Los sacerdotes sikh le habían transmitido todos sus conocimientos, pero él no estaba satisfecho. Podía recitar completo y de memoria el *Guru Granth Sahib*, el libro Sagrado de los sikh, pero ello no le aliviaba su sed de saber. Podía recitar los *Upanishads*, los *Darsanas*, el *Bhagavad Gita* y los *Shastaras* de los hindúes. Podía recitar también el *Qur'an* y el *Hadis* del Islam, que sabía igualmente de memoria. Su madre era temerosa de Dios y veía en él a un peregrino; veía en él madera de sadhu. Su padre en cambio estaba preocupado por él y un día le preguntó: «¿Por qué te atormentas planteándote cuestiones religiosas? Te estropearás el cerebro y te arruinarás la visión?» El chico, a su vez, respondió: «Yo tengo que hacer *santi*. Tengo que hacer paz.»

Era por estas cuestiones que el chico había ido a visitar al anciano sadhu a la jungla para preguntarle:

Sadhu-ji, tú dices que mi hambre y mi sed son ilusión, trazas de *maya*. Sólo *Brahma* es verdad. *Brahma* es la divina fuente de todas las cosas, dices. *Brahma* es Dios. Tú dices que veré que yo soy parte de *Brahma* y que, una vez yo lo vea, mis necesidades dejarán de preocuparme. Perdóname, sadhu-ji, y no te enfades conmigo, ¿pero qué puedo hacer? Si yo soy *Brahma* o tengo alguna parte de ella, ¿cómo puedo ser engañado por la *maya*? ¿Cómo la ilusión puede tener poder sobre mí? Porque si la ilusión tiene poder sobre la verdad, la verdad es ilusión en sí misma. ¿Es entonces la ilusión más fuerte que la verdad? ¿Es más fuerte maya que la verdad?

Sadhu-ji, tú me dices que debo esperar. Me dices que adquiriré el conocimiento del mundo espiritual conforme vaya creciendo. Mi sed será entonces saciada. ¿Saciada del todo? ¿Hay alimentos para responder al hambre? ¿Hay aguas para responder a la sed? Si un niño pide pan, ¿su padre puede decirle «vete y juega. Cuando seas mayor comprenderás el hambre y no tendrás necesidad de pan?» Si tú, sadhu-ji, has conseguido el entendimiento que yo busco, si has encontrado certeza y paz, por favor, dime qué puedo hacer yo para encontrarlas. Si no puedes hacerlo, dímelo también, pues yo continuaré mi búsqueda. No podré descansar hasta haber encontrado la paz.

•

Algo está equivocado. ¿Por qué los *Shastaras* ya no están vivos ante mis ojos? ¿Por qué nuestro libro sagrado ahora me parece tan distante? ¿Por qué vuelvo a él después de la meditación de la paz del yoga y mi corazón sigue todavía cargado de inquietud?

Un adolescente se esforzaba en no olvidar todo lo que su madre le había enseñado. Sus enseñanzas resultaban fáciles y naturales mientras ella estaba con vida, pero desde su muerte los ejercicios espirituales le exigían un esfuerzo mayor. La fe se había empañado con las nubes de la duda. Las palabras del viejo sadhu en la jungla sonaban como huecas promesas y, con atrevimiento, él cuestionaba las enseñanzas del maestro. Las palabras de los *Vedas* y del *Guru Granth Sahib* ya no respondían a su búsqueda. Así que pregunta tras pregunta, tropezón a tropezón, al final todo era confusión. Las vidas de aquellos que tenía a su alrededor le parecían llenas de tensión e hipocresía. ¿Dónde quedaban el fuego y la luz de las creencias primitivas de los sikh? Ahora los misioneros cristianos traían otra verdad y su llegada sólo le aportaba a Sundar una confusión más profunda.

Esta no es la verdad de mi madre, de nuestros antepasados, de nuestra cultura. Esta es una verdad foránea que nos traen unos extranjeros que no entienden nuestras maneras. ¿Y por qué mi padre me lleva a la escuela cristiana? Yo preferiría nuestra escuela pública de Sanewal. No me importa caminar las

seis millas a través del desierto. Yo soy un sikh y quiero que todos lo sepan, quiero mostrarle a mi padre lo que yo pienso de esos colonialistas, denunciar su occidentalismo, su fe extranjera...

Cuando los ancianos fueron a verle, Sardar Sher Singh no pudo dar crédito a sus oídos. Debía haber algún error. ¿Que el tranquilo, el respetuoso Sundar, lanzaba piedras a sus maestros, interrumpía las clases y se burlaba de los misioneros? ¡Imposible! Cuando Sardar Sher Singh fue a comprobarlo por sí mismo, no dio crédito a sus ojos. E incluso allí, en el patio de su propia casa, ante un grupo de mozalbetes que rodeaban a su hijo, Sundar se puso a destripar el libro sagrado cristiano, a rasgar sus páginas, para luego, en un frenesí de rabia, arrojarlo al fuego. Nunca, en toda la historia del pueblo, nadie se había atrevido públicamente a quemar un libro sagrado, fuera cual fuese su fe. ¡Y su propio hijo lo había hecho! Su padre se precipitó fuera, poseído de rabia y confusión, para encararse con Sundar:

¿Estás loco? ¿Por qué has hecho semejante cosa? ¿Es este el respeto hacia las cosas sagradas que aprendiste en el seno de tu madre? ¿Esta es tu forma de dar las gracias a aquellos que te enseñan? Pero ya no cometerás semejantes blasfemias en mi presencia. Como padre y cabeza de esta casa, te ordeno que detengas tal insensatez. ¡Desde ahora aquí no habrá más libros que quemar!

•

LA PAZ HABÍA DESAPARECIDO. NO quedaba nadie. Su madre estaba muerta. Su padre, avergonzado. El sadhu de la jungla ya no tenía más que decir. Los textos sagrados eran remotos y extraños. La meditación ofrecía la huida, pero no la resolución, no la realización. El baño ritual limpiaba el cuerpo, pero dentro todo seguía en sombras. Las palabras familiares de las escrituras, giraban en su mente. Como dice el Guru Nanak: «Yo no puedo vivir ni un instante sin ti, oh Dios. Cuando yo te tengo, tengo todo. Tú eres el tesoro de mi corazón.» O como dice el Guru Arjim: «Sólo vivimos por ti, oh Señor. Tenemos sed de ti. Sólo podemos hallar descanso y paz en ti.» Esta era la única esperanza. Si hay un Dios, dejemos que nos revele el camino de la paz. Si no hay Dios, entonces

no hay nada que viva.

El chico de quince años se levantó antes del amanecer. Con solemne ritual, se lavó y cantó la antigua invocación, tal como había hecho, tanto como podía recordar, cada mañana de su vida desde que su madre se la enseñara. Esta mañana sería la última vez que lo hacía. Pensó en su madre y deseó encontrarla en el mundo del más allá. A las cinco de la mañana pasaría el tren expreso de Ludhiana. La vía bordeaba el extremo de la propiedad de Sardar Sher Singh. El tren pasaría por encima del cuerpo de un desesperado, por encima de un confuso joven. El tren machacaría todas sus dudas y se llevaría todas las preguntas de su corazón y de su cabeza.

La profecía del sacerdote sikh estuvo cerca de cumplirse, aunque no se la había manifestado a Sardar Sher Singh: «Su hijo no es como los otros. Tanto puede ser un gran hombre de Dios como puede traerles la deshonra si enloquece.»

EL SANTO

Hace muchos años vivía un santo que después de cumplir sus diarios deberes, se iba a una cueva de la jungla para rezar y meditar durante horas. Un día, un Filósofo: acertó a penetrar en la cueva. Se encontró al santo de rodillas en el suelo y, sorprendido, se detuvo. Retrocedió hasta la entrada y llamó. Pero el santo estaba tan absorto meditando que no respondió. El Filósofo: esperó al menos media hora y cuando ya estaba a punto de retirarse, el santo le llamó y le invitó a sentarse. Ambos permanecieron callados durante unos momentos. Luego, el Filósofo: rompió el silencio.

FILÓSOFO: ¿Sabe usted que esta cueva es conocida como la guarida de los ladrones?

SANTO: Sí, señor. Lo sé muy bien. En esta cueva se reúnen los ladrones, pero también es un refugio para mí. Cuando estoy en la ciudad en medio de tanta gente y deseo orar y meditar, todo son obstáculos e impedimentos que perturban mi adoración y me distraen tanto que hacen que ni yo ni los demás obtengan beneficio de mi ejercicio espiritual. Así que me evado de las distracciones de la ciudad para refugiarme en este apacible lugar para descansar en presencia de mi Dios y rendir culto a la belleza de su santidad. Aquí paso mi tiempo en la plegaria u ofrezco intercesiones por la salvación de los demás. Este ejercicio espiritual no sólo me hace mucho bien a mí, sino también a los otros.

Los ladrones a menudo visitan este lugar, pero nunca me molestan. Una vez, uno de ellos me dijo: «Ya ves, honorable santo, que nosotros no somos ciegos ni tontos. Nosotros robamos a aquellos que, pese a que no los llaman ladrones, roban mucho más que nosotros.» Yo no informo a las autoridades porque sé que tenemos un mal gobierno incapaz de reformarlos. Lo único que sabe hacer es castigarles y endurecer sus corazones. Pero yo le rezo a Dios, que sí puede cambiarles y concederles una nueva vida. Algunos de ellos ya han cambiado y son hoy buenos ciudadanos. Así, por la gracia de Dios, mi trabajo espiritual se desarrolla igual tanto en esta soledad como entre las multitudes.

FILÓSOFO: ¿Cree usted que realmente ayuda a los demás sentado aquí y rezando en silencio?

SANTO: Algunas personas equiparan la oración con la pereza o la negligencia. Es un error. En realidad ello significa que la oración o el silencio es como bucear en el océano de la realidad y encontrar perlas de la verdad divina que no solamente enriquecerán al buceador sino también a los demás. Lo mismo que el buceador retiene la respiración cuando está sumergido, el hombre sumido en la contemplación y la plegaria se encierra a sí mismo en una cámara de silencio que le aísla de las distracciones y del ruido del mundo. De esta forma es capaz de orar envuelto en el Espíritu Santo, sin el cual es imposible llevar una vida espiritual.

El sentido de esta cuestión es claro. Dios actúa en silencio. Ningún hombre le ha oído hablar jamás o emitir cualquier sonido. Su voz es nuestro corazón y, por lo tanto, sólo podemos esperar su presencia en el silencio. Así, sin voz y sin palabras, Él nos hablará directamente al alma en la habitación secreta que es el corazón. Y como Él mismo es Espíritu, se dirigirá a nuestra alma en un lenguaje espiritual para llenarla con su presencia y finalmente refrescarla y reavivarla para siempre.

FILÓSOFO: El silencio es importante, sí. Yo también sé qué sucede cuando no puedo concentrarme en silencio: no puedo pensar. Pero su silencio respecto a Dios no me convence. ¿Qué pruebas tiene usted de su existencia?

SANTO: Recuerde que aunque millones de experiencias revelan su presencia, Él existe por encima y más allá de toda comprensión humana. Dios mora sólo en el corazón de aquellos que poseen la fe y la inocencia del niño. Cuando

jugamos a poner nuestra mano cerca de la llama, la experiencia del calor del fuego prueba la existencia del fuego y, del mismo modo, la existencia del espíritu de Dios es la única prueba recia y sólida de su existencia. Yo sé de una mujer que cuando tenía doce años su maestro le habló de Dios y de su amor. Era la primera vez que oía hablar de Dios y le dijo a su maestro: «Sí, yo también he experimentado ese sentimiento, pero no sabía qué nombre darle.»

FILÓSOFO: ¿Pero por qué renuncia usted al mundo? ¿Odia al mundo y lo contempla con una mirada superior a la de los demás?

SANTO: Yo no odio al mundo ni quisiera que mi mirada sobre él fuese superior a la de los otros. Dios rechazaría semejante actitud. Yo no soy más que un hombre débil, un pecador al que Él ayuda y cuya gracia le salva. No he renunciado al mundo. A lo único que renuncio es al diablo y a cualquier cosa de mí mismo que dificulte mi vida espiritual.

Mientras estamos en este mundo, es imposible renunciar al mismo. Si yo abandono la ciudad y me voy a vivir a la jungla, aprenderé que la jungla también forma parte del mundo. Resulta ridículo pensar eso de renunciar al mundo. Nadie, excepto a través de la muerte, puede renunciar al mundo. Dios creó esta tierra para vivir, movernos y ser. La santidad de Dios reside en que nosotros podemos hacer uso de las cosas del mundo correctamente, lo cual nos prepara para nuestra verdadera vida espiritual.

FILÓSOFO: ¿Si usted es débil y pecador, por qué la gente dice que es un santo?

SANTO: Sócrates, el Filósofo: griego, dijo una vez que en toda su vida no había aprendido más que una simple lección: que no sabía nada. Siempre que la gente le preguntaba qué diferencia había entre él y los demás, Sócrates respondía que la única diferencia respecto a los otros es que él aceptaba que no sabía nada, mientras que la gente se obstinaba en pretender saber algo.

Dejemos que la gente piense lo que quiera. Le aseguro que yo no siento que sea santo y que los demás estén en el error. Yo sólo deseo estar en intimidad con Dios. En su fraternidad, yo experimento una paz que los demás desconocen. Sé que soy débil y pecador, pero la mayor parte de la gente no sabe siquiera que ellos también son pecadores. De ahí que ellos ignoren la curación para su pecado y mueran sin haber encontrado la paz que yo he hallado.

SANTI • PAZ

PIENSO EN EL TIEMPO en que me consideraba a mí mismo como un héroe por haber quemado los Evangelios y sin embargo mi corazón no había hallado la paz. Realmente con aquel hecho mi malestar no había hecho sino aumentar y durante los dos días siguientes me sentí miserable. Al tercer día, cuando ya no podía aguantar más, me levanté a las tres de la madrugada y me puse a rezar pidiendo que si realmente había un Dios, se me revelara. No recibiendo respuesta alguna, decidí que a la mañana siguiente pondría la cabeza sobre la vía del tren para buscar así las respuestas a mis preguntas más allá de esta vida.

Recé y recé esperando que llegara la hora de emprender mi último viaje. Alrededor de las cuatro y media vi algo extraño. Algo resplandecía en la habitación. Primero pensé que la casa se estaba quemando, pero mirando por la puerta y a través de las ventanas, no pude discernir la causa de aquella luz. Luego se me ocurrió una explicación: aquello podía ser una respuesta de Dios. Así que volví a mi lugar y me puse a rezar otra vez sin apartar los ojos de aquel extraño resplandor. Más tarde distinguí una figura en la luz. Una figura extraña y a la vez familiar. No era ni Siva ni Krishna, ni ninguna de las otras encarnaciones hindúes que yo había esperado. Luego oí una voz que me hablaba en Urdu: «Sundar, ¿hasta cuándo seguirás mofándote de mí? He venido a salvarte porque has rezado para encontrar el camino de la verdad. ¿Por qué pues no lo aceptas?» Fijándome más, vi las marcas de sangre en sus manos y pies y supe que era Jesús, el Dios de los cristianos. Asombrado, caí a sus pies. Me sentía lleno de profunda desazón y remordimientos por mis insultos e irreverencias, pero poseído a la vez por una inmensa paz. Éste era el gozo que yo había estado buscando. Estaba en el cielo. Luego la visión desapareció pero conservé la paz y el gozo.

Cuando me levanté fui inmediatamente a despertar a mi padre para decirle qué había experimentado, para contarle que desde ese instante yo era un nuevo seguidor de Jesús. Él me dijo que me volviera a la cama. «¿Por qué hace solamente tres días quemaste el libro santo cristiano y ahora dices que eres uno de ellos? Ve a la cama y duerme, hijo mío. Estás cansado y confuso. Por la mañana te sentirás mejor.»

Sardar Sher Singh intentó ser paciente y comprender. Sabía que el chico to-

davía estaba destrozado por la pérdida de su madre. Así que, por discreción, evitó comentar la extraña experiencia de Sundar. Éste, por su parte, empleó la mayor parte de su tiempo en la soledad y en la meditación, maravillado pero buscando la penitencia y expiación por sus mofas hacia el Dios que se le había revelado. Dentro de sí mismo, profundamente, sentía que la liberación sólo vendría si él estaba preparado para seguir a Jesús y servirle como a un maestro; en primer lugar declarando públicamente que era un seguidor de Aquel al que había insultado delante de todos.

Nadie hubiera podido prever las protestas que siguieron. Sintiendo privados de su cabecilla, los compañeros de Sundar volvieron a la escuela cristiana, lo mismo que Sundar, lanzando improperios y acusándoles de haber convertido al chico por la fuerza, ello pese a que Sundar repitiese una y otra vez que los maestros no sabían nada de lo que había sucedido. El alboroto fue tan descomunal que la escuela tuvo que ser cerrada y los misioneros se refugiaron en Ludhiana.

En su casa, por su parte, Sardar Sher Singh intentó disuadir a su hijo a hacer que renunciara a su nueva fe. Primero se mostró paciente. Luego apeló al honor del chico:

¡Mi hijo querido, luz de mis ojos, consuelo de mi corazón, que tu vida sea larga! Como padre, te exhorto a que pienses en tu familia. Sin duda tú no quieres que el apellido de la familia sea mancillado. Seguro que la religión cristiana no enseña a desobedecer a los padres. Yo te pido que cumplas con tu deber y te cases. Yo ya he elegido a tu esposa, según nuestra costumbre, y ya está todo preparado. Como formalización del compromiso, yo te legaré 150.000 rupias, cuyos intereses os permitirán a ti y a tu familia vivir confortablemente durante el resto de vuestra vida. Tu tío, además, aportará una arqueta de oro.

Yo no soy un hombre poco razonable, hijo. Pero si rechazas lo que te propongo, entenderé que estás decidido a arrastrar al deshonor a tu familia y por tanto no me quedará más alternativa que repudiarte. Llevas el brazalet de los sikhs, llevas un nombre sikh y como tal no te cortas el cabello, pues

este es el signo de los sikhs. ¿Has olvidado el nombre que nuestros padres adoptaron? ¿Has olvidado lo que significa ser un *sikh*?

—No, padre. Nuestro nombre significa «león».

Entonces, puesto que conoces el significado de tu nombre, ¿cómo te atreves a actuar como un chacal del desierto? ¿Por qué? Ha llegado la hora en que debes tomar una decisión.

Sundar Singh volvió a su cuarto y se puso a rezar. Luego se cortó el cabello.



EL ROSTRO DE SARDAR SHER SINGH resultaba espantoso de mirar. La rabia y la frustración, la desesperación y la vergüenza encendían sus ojos. En presencia de toda la familia, con el corazón cargado de agravios, puso a su hijo a la puerta cuando comenzaba a hacerse de noche. La muerte ya se había llevado a su esposa y ahora era como si se llevase también a su querido Sundar. Pero no tenía elección, después de que Sundar hubiese tomado su decisión. Sardar no pudo pues sino pronunciar la terrible fórmula: «Te repudiamos para siempre y te arrojamus fuera de nuestro seno. Ya no eres ni serás más nuestro hijo. Para nosotros, es como si jamás hubieras nacido. He dicho.» La puerta se cerró tras él.

Nunca he olvidado la noche en que me echaron de casa. Dormí al raso, bajo un árbol, y el tiempo era frío. Nunca había vivido nada semejante. Me dije a mí mismo: «Ayer vivía confortablemente. Ahora estoy tiritando, tengo hambre y sed. Tenía de todo y aún quería más. Hoy no tengo donde guarecerme, no tengo ropa de abrigo, no tengo comida.» Aparentemente la noche era dura, pero yo poseía un gozo maravilloso y una paz inigualable en mi corazón. Estaba siguiendo los pasos de Jesús, mi nuevo maestro, quien no tuvo donde reclinar su cabeza y que a su vez fue despreciado y rechazado. En el lujo y en el confort de la casa yo no había encontrado la paz. Pero la presencia del Maestro trocaba mi sufrimiento en paz. Una paz que nunca me ha abandonado.

EL SABIO

Después de su muerte, el alma de un sabio alemán entró en el mundo de los espíritus. Desde la distancia contempló la indescriptible gloria de los cielos y el gozo inacabable de aquellos que moraban allí. Estaba abrumado por lo que veía, pero su intelecto y su escepticismo le mantenían bloqueada la entrada en el reino de la dicha. Así que comenzó a discutir consigo mismo:

No hay duda de que veo todo esto, ¿pero cómo puedo estar seguro de si es real o se trata sólo de una ilusión del subconsciente? Si aplico los tests críticos de la ciencia, de la lógica y de la filosofía, determinaré si este aparente cielo realmente existe.

Ahora los ángeles que pueblan el cielo conocen sus pensamientos y se le acercan. Uno de los ángeles se dirige al sabio:

Tu intelecto ha retorcido todo tu ser. Si deseas ver el mundo del espíritu, debes mirarlo con ojos espirituales. Debes ampliar tu percepción espiritual, no el racional ejercicio de la lógica. Tu ciencia debe operar con material real. En el mundo espiritual, en cambio, sólo puedes aplicar la sabiduría que emana del amor y de la reverencia. Es una lástima que no albergues en tu corazón las palabras del Maestro: «A menos que tú cambies completamente y te vuelvas como un niño, no entrarás en el reino de los cielos.»

Tú no puedes ver la verdad espiritual con nitidez si previamente no has sido capaz de ver el cielo desde lejos, como has hecho ahora. Pero hasta que

renuncies a tu locura, hasta que no te canses de ella y la extirpes de tu alma, continuarás vagando por el mundo y golpeándote tu filosófica cabeza contra la realidad. Sólo cuando alcances la comprensión verdadera serás capaz de volver con gozo a la luz de Dios.

En cierto sentido, el espacio y el tiempo son espirituales. La presencia de Dios domina sobre todas las cosas. Por lo tanto la totalidad de las personas viven en un mundo espiritual. Cada uno de nosotros es un ser espiritual revestido de un cuerpo mortal. Pero hay otro nivel de la realidad al cual se dirigen nuestros espíritus para morar después de la muerte. Esta noción debemos entenderla como una suerte de bruma crepuscular que se extiende entre la gloriosa luz del cielo bendito y la frialdad y la oscuridad de la muerte. Ya en esta vida estamos metidos en el camino que determina la entrada en el mundo de más allá de la muerte. Desde ahí, indistintamente, podemos caminar hacia el goce de la luz o, si nos rebelamos, hacia la oscuridad.

JNANA • CONOCIMIENTO

ARROJADO FUERA DE LA CASA de mi padre, pensé en el consejo de mis antiguos maestros en la escuela de la misión. Ellos proveyeron mis necesidades materiales y dispusieron todo para que yo pudiese ingresar en la escuela de los «Christian Boy's Boarding» de Ludhiana. Allí me recibieron muy amablemente y me dispensaron toda clase de protección en mi nueva etapa. Pero yo estaba asombrado viendo la impiedad tanto de algunos estudiantes como de los propios cristianos del lugar. Yo creía que los cristianos pretendían vivir como ángeles y en esto estaba lamentablemente equivocado.

Un tigre recién capturado ronda al acecho sin descanso, mientras que un tigre que lleva largo tiempo enjaulado se acostumbra y perezosamente espera que le sirvan la siguiente comida. Los pensamientos de Sundar escapaban de los confortables confines de la amabilidad de los misioneros. Lo tenía todo a su alcance: una buena educación y una posición en el establecimiento colonial. Le daban todo si aceptaba la vida acogedora de un buen chico cristiano. Cuando cumplió dieciséis años, desapareció en la jungla. Reapareció treinta y tres días después vestido con el hábito azafranado de los monjes mendicantes. No se había convertido en león sino en tigre. Un tigre que buscaba las espinosas huellas de la jungla. Su peregrinaje había empezado.

•

SENTADOS CON LAS PIERNAS CRUZADAS, dos sadhus conversan. Uno de ellos es viejo, muy viejo, y parece el retrato de la sabiduría con su barba grisácea y su hábito color azafrán. El otro, Sundar, es joven y fuerte, con apenas una leve pelusilla en la barbilla. El mayor es un tranquilo eremita de Varansi, allá donde las aguas marrones del Ganges fluyen lenta y eternamente, inmutable río que desde los tiempos más remotos masas de peregrinos aprovechan para el baño purificador. El joven es un vagabundo que busca la fuente, recorriendo las montañas donde el río sagrado danza y brinca impetuosamente, formando imprevisibles torrentes.

SADHU VIEJO: Las antiguas reglas establecen que las maneras del sadhu son sabias. Un hombre sigue primero la regla del estudiante, adquiriendo conocimiento y destreza para llevar una vida provechosa. A continuación sigue la regla del padre, cuidando de la pulcritud de la familia en el ejercicio de su responsabilidad. Luego, cuando las obligaciones de la segunda regla han sido cumplidas, se retira de los asuntos de la familia y del hogar, adoptando la regla ascética del sadhu y renunciando al confort y a los placeres de este mundo. De esta forma puede ofrecerse penitencia para los desfallecimientos de esta vida y de todas las vidas que antes haya vivido. Así es como puede restaurar su karma.

SADHU JOVEN: Yo no me opongo a las costumbres antiguas, pero mis motivos para hacerme sadhu son distintos. Yo no me hecho sadhu porque piense que en esta condición haya algún mérito o porque la salvación vaya aparejada con ella. Sólo sirvo a Dios nuestro Señor con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente y toda mi fuerza, y amo a los hombres y las mujeres tanto como yo me amo a mí mismo. Si aceptamos que éste principio guíe nuestras vidas, extirparemos el egoísmo de nuestros corazones y seremos como niños ante Dios. Encontraremos que cada hombre y cada mujer son respectivamente nuestro hermano y nuestra hermana. Ésta es la única vía de salvación. Ésta es la única forma de librarnos del karma, del ciclo del pecado y de la muerte. Por eso dejo a un lado todo impedimento mundano y sigo la vida del sadhu no para obtener la liberación del karma sino para darle gracias a Dios, quien ya casi me ha liberado.

Uno de sus discípulos le trae dos frutos, uno bien jugoso y en sazón, el otro seco como una piedra, sin nada de jugo. ¿Qué diría usted si le diese el fruto seco y se sentase tranquilamente para disfrutar él solo del fruto maduro?

SADHU VIEJO: Semejante comportamiento sería imperdonable. Sería un desprecio y una tremenda falta de respeto.

SADHU JOVEN: Si en los días de nuestra juventud gastamos nuestra vida en los placeres y luego, en la flaqueza de la ancianidad, ofrecemos a Dios solamente el pellejo y los huesos de nuestra antigua fuerza, ¿qué hacemos sino actuar con egoísmo y tratar a Dios con desprecio?



ALLÁ DONDE EL BRAVO Y ARROLLADOR Ganges deja las laderas del Himalaya, cerca de Rishikesh, aparece la espesa jungla virgen de Kajlibán, un lugar completamente aislado en el que escasos peregrinos penetran. Dos cortadores de bambú descubrieron allí, en un claro, el cuerpo inerte de un sadhu demasiado débil como para hablar o moverse. Lo llevaron al pueblo, donde le cuidaron alimentándole con leche, caldo y fécula.

Después de varios años de servicio, sentí que debía retirarme al bosque, pues quería sentirme libre, sin que nadie me interrumpiera, y pasar cuarenta días en soledad, tal como el Maestro había hecho. Quería, además, buscar la bendición por todo mi trabajo pasado y adquirir fuerzas para los trabajos futuros. Pronto, empero, estuve tan deshidratado y débil que no podía moverme ni en la sombra. Pero mi conciencia espiritual aumentaba conforme mayores eran las dificultades. Descubrí que el alma no se debilita ni muere con el cuerpo, sino que gana en vida, y sentí la presencia de Dios y la plenitud del Espíritu: una realidad que no puede ser expresada con palabras. Tuve también una visión del Maestro, obtenida esta vez no con los ojos físicos sino con los ojos del espíritu.

Como un conocimiento fulminante, sentí un notable enriquecimiento de la paz y bendición que ya había experimentado gradualmente desde mi primera visión del Maestro. Realmente, tan grande fue la sensación de paz que sentía que ni por asomo me tentó la idea de interrumpir la visión. La experiencia me dejó un efecto perdurable. Hasta entonces, la tentación me acosaba con frecuencia. Especialmente cuando estaba cansado, a menudo me enfadaba cuando la gente venía a hablar conmigo y hacerme preguntas. Todavía me sigo irritando, pero no tan a menudo como me pasaba entonces. Por otra parte, en aquel tiempo, jugaba con el pensamiento de rendirme a la abnegación requerida al sadhu, es decir, casarme y llevar una vida cómoda y fácil. Ahora, sin embargo, veo claramente que mi vocación es diferente y que el regalo del éxtasis que Dios me ha dado es mucho mejor que cualquier bien material y mucho más grande que cualquier apuro o privación que yo pueda sufrir.



«¡ESTÁ AQUÍ! ¡EL SADHU HA VUELTO!» Las noticias corren como la pólvora a través de los sombríos callejones de Kotgahr. Los adultos no se enteran de las noticias, pues pocos oyen otra cosa que no sean los excitados gritos que resuenan en el mercado. Pero los niños, los sucios pequeños de vientres hinchados, las niñas de pies lisiados, los niños de caras melladas, los desgarrados hijos de los leprosos, los críos de los rechazados intocables, todos oían las voces con las noticias. Sundar Singh había regresado y estaba nuevamente con ellos. Y de ahí que todos los niños se apresuraran —corriendo, cojeando, renqueando— hacia la cueva de Sundar. Sería difícil imaginar una bandada de niños más felices.

Entretanto, muchas millas más allá, entre los estudiantes de la «Christian Boy's Boarding School», Sundar también había cambiado la vida de otros niños. C. F. Andrews, un íntimo amigo del sadhu lo recuerda:

Siempre que Sundar Singh estaba en la ciudad, empleaba la mayor parte de su tiempo de ocio en visitar a los chicos de la escuela. Se sentaban con él durante largas horas por la noche y les entraban unas ganas tremendas de ir a Kotgahr para vivir allí con él y ver si conseguían así hacerse con un poco del maravilloso espíritu de Sundar.

Los cambios que estas charlas operaban eran fantásticos. Uno de los estudiantes, atleta y jugador de «cricket», se aseguró la posibilidad de trabajar en la administración para dedicar su vida al ideal cristiano. Otro de ellos decidió ingresar en el ministerio de la Iglesia para seguir así una vida de sacrificio y devoción. Cuando se puso enfermo uno de los fámulos de la escuela, un intocable, uno de los chicos que mayor influencia había recibido del sadhu, fue a las habitaciones de los sirvientes y se instaló a su lado para cuidarlo durante toda su enfermedad. Fue algo que jamás había sucedido antes en toda la historia de la escuela.

Uno de los estudiantes mayores volvió tarde una noche, trayendo cargado a las espaldas a un hombre de las colinas que estaba en la última fase de una terrible enfermedad infecciosa. El chico le había encontrado en un

lugar poco frecuentado, al lado de la jungla, donde había estado yaciendo descuidadamente, quizá desde hacía ya unos días. Sin pensárselo dos veces, se echó el hombre a la espalda y lo acarreo durante casi dos millas a lo largo de un camino de montaña. Ciertamente que la hazaña de su resistencia física era notable, pero más notable aún fue la proeza de asumir el riesgo de contraer una peligrosa enfermedad, como se demostró cuando otros pasaron por allí y enfermaron. Solamente porque el joven vivía con el sadhu, tuvo la inspiración y la fuerza de traerse al enfermo, ya que fue su influencia lo que le movió a hacerle actuar de esta manera. Es más, por la humildad y la reticencia con que este acto de valentía fue realizado, los demás jóvenes lo entendieron como un puro reflejo del espíritu del sadhu.

Podríamos preguntarnos cuál fue la atracción que impulsó semejante cambio. Nada que fuera meramente secundario tendría posibilidad alguna de haber afectado su impulso. Ni el modo de vida, mitad en el confort y mitad en la abnegación, podría haber condicionado tal milagro. En efecto, aquellos de nosotros que realizamos nuestro trabajo rodeados de excesivo confort exterior, no impresionamos a los jóvenes. Nunca pensamos que para nosotros fuera posible cambiar nuestro estilo de vida, pese a que a menudo hablásemos sobre ello. Pero la vida de Sundar Singh podía ponerse como prueba contraria. Sundar sometía su vida a un desgaste temerario y cuyos costes había calculado. La Cruz no solamente se predicaba sino que se vivía. Ahí estaba toda la diferencia.

II. CONVERSACIONES

EL PEREGRINO

Hay una profunda y natural ansia en el corazón humano que nada, excepto Dios, puede satisfacer. Nuestra existencia en el mundo es un examen, una preparación para un estado más hondo de comunión espiritual. Muchos de nosotros, suprimiendo nuestra profundización y distanciándonos de Dios, buscamos sólo satisfacción en este mundo. Semejante elección solamente puede llevarnos a la desesperación.

Se cuenta la historia de un hombre que se marcó el objetivo de encontrar la paz y satisfacer todos sus deseos. Pensó que si vagaba por el mundo tendría la seguridad de encontrar un lugar donde podría vivir una vida de paz y reposar sin necesidad de trabajar ni de sufrir dolor. Después de haber preparado todo minuciosamente, emprendió su viaje. Durante meses vagabundé de lugar en lugar sin encontrar aquello que buscaba. Un día vio a un anciano sentado en el borde de una tumba. El viajero se acercó y le preguntó al anciano qué tumba era aquella. El anciano le contó una notable historia:

Dos leñadores de mi pueblo fueron a un bosque cercano para cortar leña. Casualmente, yo seguía el mismo camino. Al verlos, les saludé desde lejos. Estaban sentados junto a unos arbustos y no me vieron. Así que me acerqué y cuando estuve cerca me vieron y se apresuraron a tapar algo con un paño. Les pregunté qué había bajo el paño y, primero, hicieron oídos sordos a mi pregunta y mantuvieron su secreto. Pregunté de nuevo y finalmente se deci-

dieron a contarme su historia, pidiéndome que yo fuera el juez que decidiera sobre lo que les había ocurrido y que les aconsejara. Uno de los leñadores me dijo que cuando estaban caminando a través del bosque, vieron algo brillante debajo de unos matorrales. Acercándose más, descubrieron dos lingotes de oro. Cuando yo me acerqué, estaban debatiendo sobre qué hacer con aquel tesoro. Yo les dije que aquellas barras eran una trampa mortal en forma de oro y que lo que deberían hacer es dejarlas de nuevo bajo los matojos y olvidarse de ellas. Les expliqué lo que había oído contar sobre un banquero de la cercana ciudad, el cual había sido asesinado en su casa por unos bandidos. Si los ladrones estaban escondidos en las proximidades y descubrían a los leñadores con su tesoro, sin duda no vacilarían en matarles también a ellos. Y, peor aún, si los leñadores escondían el tesoro y eran descubiertos, podrían ser incluso acusados de la muerte del banquero. Ambos asintieron y estuvieron de acuerdo en hacer lo que yo les sugerí. Luego, seguí mi camino.

Sin embargo, olvidando mi consejo, se pusieron a discutir de nuevo sobre el oro. El primer leñador le exigía al segundo dos terceras partes del hallazgo, porque, según decía, el oro lo había descubierto él. El otro sostenía que debía ser dividido a partes iguales. Finalmente, el primero aceptó el trato. Para celebrarlo, uno de ellos se acercó hasta el pueblo para comprar algo de comida.

Una vez separados, empero, en ambos se encendió la codicia y cada cual empezó a planear cómo podía matar al otro. Cuando regresó el leñador que había ido al pueblo, el que se había quedado vigilando el oro le atacó y le mató. Pero el asesino no pudo gozar demasiado del oro pues, ignorando que su compañero había envenenado la comida que traía, se la comió y poco después cayó muerto. Y ahora, los dos leñadores, yacen en esta tumba.

Viendo otra tumba adornada con una estela de mármol, el viajero preguntó al anciano: «¿Qué tumba es esta?» Y el anciano, meneando su cabeza pensativamente, prosiguió su relato:

Es la de un hombre que fue enormemente rico. Pero ahora que está muerto, ¿de qué sirve gastar tal enormidad en un monumento? Pero mire más allá. ¿Ve usted ese montículo? Allí yace un hombre que fue orgulloso y cruel, un hombre que empleando la violencia y a la vez palabras de paz consiguió un

reino. Cuando estuvo en el poder, pidió que todos los ciudadanos dieran satisfacción a sus deseos y que le rindieran adoración como a un dios. Después fue contagiado por una enfermedad fatal y los gusanos se alimentaron de él hasta que murió. Unos pocos días después de ser enterrado, unos animales salvajes desenterraron su cuerpo de la tumba, le devoraron y esparcieron sus huesos por la sepultura. La corona que llevaba en la cabeza apareció en el suelo sobre una calavera desnuda.

Como quiera que el viajero deseara conocer el significado de aquello que le contaban, el anciano continuó:

Estas historias ilustran la depravación humana, pero en ellas se expresa también una solución. Hay una corriente de amor en este mundo que da salud, gozo y paz. Aquellos que viven en la corriente del amor (en el mismo Dios) siempre tratan de hacer el bien a los otros y nunca devuelven el mal por el mal.

Érase una vez una viuda que, después de llorar la muerte de su esposo, tuvo una disputa con su hermana respecto al reparto de la propiedad. Finalmente, la hermana de la viuda se puso tan furiosa que cogió al hijo de su hermana, lo metió en un cesto y lo abandonó en el río. Un pescador que encontró al niño, se lo llevó a su casa y lo crió como si fuese su propio hijo. El niño creció y se hizo un hombre. Un día, mientras estaba vendiendo pescado en el mercado, sin ser consciente de ello, encontró a su madre. Pese a que ella no reconociera en el joven a su hijo, se sintió apiadada hacia él e invitó al muchacho y al viejo pescador a que fueran a vivir con ella.

Poco tiempo después, la viuda vio que entre las posesiones del pescador había un cesto que reconoció como suyo. También descubrió, en uno de los codos del chico, una cicatriz que le permitió identificarle como su hijo.

Enfrentándose a su hermana menor, la viuda consiguió hacerle confesar. Su furia no tenía límites. Estaba agradecida por haber recuperado a su hijo, pero decidida también a vengarse. Mas el joven habló con su madre y le impidió que cumpliera sus amenazas. Y así, sirviendo a su madre y a su tía durante el resto de sus vidas, mostró, mediante este acto de bondad y perdón, cómo el mal solamente es vencido por el bien.

El viajero dio las gracias al anciano por sus historias y reemprendió su marcha. Por el camino encontró a un atleta y a un leproso que estaban hablando. «¿Cómo contrajo usted la lepra?», preguntaba el atleta al enfermo. «Me han dicho que la he cogido por haber vivido en el mal y la inmoralidad», respondió el leproso. «Usted tiene buena salud y su cuerpo es fuerte. Pero al final, su cuerpo y el mío serán lo mismo: polvo en la tierra.»

El viajero continuó su camino, pensativo. Comprendió ahora que su larga vida fácil y confortable era mero egoísmo y que solamente una vida vivida para los otros y para Dios le aportaría la libertad. El vivir egoístamente, comprendió, es como el aleteo de un pájaro que escapa de la jaula: nada más emprender el vuelo, se siente aún enjaulado. Cuanto más duro se pelea, más enconada se hace la lucha.

Se ha observado que pese a que las naciones puedan diferenciarse de otras naciones, las comunidades de las comunidades y la gente de la gente, la naturaleza del hombre es la misma en cualquier lugar. Cuando hay un único sol que calienta y da luz a la tierra, también hay un solo Dios que nos enseña a amarnos los unos a los otros y cuida de todos nosotros.

No es justo que las viudas, los huérfanos, los pobres y los necesitados no sean felices. Los reyes en sus reinos, los ricos en medio de su lujo y el docto con su sabiduría, también están inquietos e insatisfechos. Lo mismo que la paloma de Noé, que no encontró un pedazo de tierra donde descansar, así pasa con nosotros. Somos extranjeros y peregrinos sobre la tierra y no hallaremos descanso sin el Maestro, quien dijo: «Venid a mí, todos aquellos que trabajáis y estáis fuertemente abrumados, pues yo os daré descanso.»

DARSHANA • LA DIVINA PRESENCIA

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, yo me esfuerzo en hallar la paz interior, pero las muchas religiones y filosofías que he estudiado, sólo me plantean dudas y preguntas. Todavía no tengo la seguridad de que Dios exista. ¿Puede usted ayudarme a encontrar la verdad espiritual?

SADHU: Solamente el loco dice en su corazón «No hay Dios.» Expresado así, éste pensamiento no dice nada respecto a la existencia o a la no existencia de Dios. De ahí que sólo el escéptico, con su ceguera y su torpeza, no reconozca a Dios. Ciertamente que los ateos niegan absolutamente la existencia de Dios, pero con sus afirmaciones no pueden probar que Dios no exista. Incluso si asumimos el caso de que su argumentación sea correcta, sólo podríamos establecer su ignorancia, no la causa de la verdad. Y, además, ¿para qué perder el tiempo tratando de probar la no existencia de algo que de entrada se da por sentado que no existe? Mejor sería emplear el tiempo en cuestiones más valiosas. Y si Dios existe, como toda alma iluminada sabe en su espíritu, todavía sería una locura mayor intentar probar su no existencia. Aunque muchos arguyan que creer en Dios es una dañina superstición que debería ser eliminada en aras del progreso, el caso es el contrario. Incontables espíritus han enriquecido las vidas de aquellos que creen.

A diferencia de los ateos, los agnósticos no creen ni en la existencia ni en la no existencia de Dios. Pregonan que los hombres no podemos saber si Dios existe. Pero caen en un error. Los hombres poseemos una innata nostalgia en nuestros corazones por conocer a Dios, y cada raza, en cada era, ha mostrado de una forma u otra su profunda ansia de Dios. ¿Es Dios una simple invención humana, como dijo un antiguo filósofo? Argumentó lo siguiente: «En la primigenia edad del hombre, cuando el mundo sólo era desorden y violencia, como siempre, las leyes sólo podían castigar crímenes cometidos a la luz del día, pero no podían castigar aquellos otros crímenes cometidos en secreto y que estaban ocultos en las sombrías profundidades de las conciencias. Así que

la mejor forma de hacer que le gente viviese una vida moral fue asustándola mediante la invención de unos dioses que veían y oían todas las cosas, no sólo los actos humanos sino que también conocían los más íntimos pensamientos e intenciones del corazón del hombre». En realidad éste argumento reconoce que el alma humana está incompleta y vacía sin Dios.

Algunos pregonan que Dios es incognoscible, pero esta manifestación es a su vez una perfecta tontería. Tal aserto solamente puede ser formulado sobre la base de algunos aspectos que limitan el conocimiento de Dios. Si Dios está mucho más allá de nuestro conocimiento, ¿cómo podemos saber aquello que es incognoscible?

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Puede alguien probarme la existencia de Dios, de modo que yo pueda conocer la verdad?

SADHU: Dios no necesita o desea que cualquiera pruebe su existencia. Nuestros argumentos son débiles, nuestras mentes limitadas. Dios podría haber dispuesto pruebas lo suficientemente convincentes, más allá de cualquier prueba que nosotros podamos imaginar. Dios desea más bien que gocemos esta vida dando presencia y testimonio de algo mucho más sublime de cuanto la mente racional pueda producir.

Nuestros espíritus viven y crecen en nuestros cuerpos humanos del mismo modo que el polluelo se desarrolla dentro del huevo. Si le fuera posible al polluelo enterarse de que más allá de su cáscara hay un mundo lleno de frutos y flores, de ríos y grandes montañas, y que su propia madre está también esperando el momento de ponerle generosamente en el mundo para que experimente su esplendor, el polluelo no comprendería nada y por tanto nada creería. Aunque alguien pudiera explicarle que sus alas y sus ojos están desarrollándose para que un día pueda volar y ver, tampoco podría creerlo, de forma que ninguna prueba sería válida en tanto que él no rompa la cáscara.

De la misma forma, son muchas las personas que no pueden comprender la vida espiritual o la existencia de Dios porque no pueden ver más allá de

los confines de sus sentidos corporales. Sus pensamientos —como delicadas alas— no pueden llevarles aún más allá de los estrechos confines de la lógica. Sus ojos incipientes no pueden discernir aquellos eternos tesoros que Dios ha dispuesto para sus criaturas. La única condición que necesitamos para abolir nuestras limitaciones materiales y alcanzar la vida espiritual, reside en aceptar que a la vida le da calidez el espíritu de Dios, del mismo modo que el polluelo recibe el calor de su madre. Sin ese calor, nosotros no podríamos captar la naturaleza del Espíritu y podríamos morir sin haber salido de la sombra de nuestro cuerpo material.

Hemos sido dotados de un sentido espiritual que nos hace percibir el gozo de la presencia de Dios. Pero la influencia de la irreverencia y el pecado matan aquel sentido antes de que seamos capaces no ya de ver más allá del mundo material sino incluso antes de ver más allá de nosotros mismos. Y si continuamos siguiendo este camino, no podemos creer que Dios existe y, al cabo, nos privamos tanto de Él que al final cometemos el suicidio espiritual: la esclavización absoluta al mundo material.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Si no podemos probar que Dios existe, ¿cómo podremos alguna vez conocer a Dios o a cualquier verdad espiritual?

SADHU: Dios es el autor de la Creación y dispone de todo cuanto es necesario para nuestro bienestar. Si fuera útil o necesario para nosotros el conocer a Dios aquí y ahora, Él habría dispuesto las cosas de tal forma que halláramos lo que buscamos. Realmente, al contrario, es importante para nuestro propio crecimiento espiritual que perseveremos intentando conocer más de Dios. Verdad y conocimiento satisfactorio de todas las cosas es siempre el fruto del ejercicio mental y del ejercicio de nuestra propia consciencia.

Dios es infinito y nosotros somos finitos. Nunca podremos comprender totalmente la cuestión del infinito, pero tenemos dentro de nosotros un sentido espiritual que nos permite reconocer el gozo de la presencia de Dios. El océano es más vasto de lo que nuestra imaginación alcanza y por tanto a una persona

nunca le sería posible sonarlo y extraer todos sus grandes tesoros. Pero con la punta de nuestra lengua podemos reconocer, de una sola vez, que el océano es salado. No comprendemos ni siquiera una fracción de todo lo que se sabe sobre el océano, pero con nuestro sentido del gusto podemos experimentar su esencia.

Finalmente, ¿cómo podemos esperar tener pleno conocimiento del Creador cuando nuestro conocimiento de las cosas creadas es limitado? Sabemos un poco sobre las características físicas del mundo creado, pero conocemos muy poco o nada respecto al oculto mundo de lo espiritual. Verdaderamente, conocemos poco o nada sobre nuestra propia vida espiritual. Si tuviéramos completo conocimiento de nuestra naturaleza espiritual, quizá pudiéramos ser capaces de conocer la naturaleza de Dios puesto que fuimos creados a su imagen.

Desde el momento de su nacimiento el niño ama a su madre, la ama a su manera, pero no puede conocer y amar a su madre de la misma forma que su madre conoce y ama a su hijo. Con el tiempo, el niño crece hasta conocer mejor a su madre y goza de su compañía según una forma nueva y plena. Nuestro conocimiento y nuestra edad llegarían a ser infinitos si nosotros verdaderamente llegáramos a comprender cómo Dios es infinito. Pero a cada edad y nivel de conocimiento podemos apreciar y gozar de algunos aspectos de la presencia de Dios. ¿Por qué necesitamos conocer mejor estas cosas? Conforme crecemos espiritualmente empezamos a conocer más y más sobre Dios, pero en esta tarea no debemos ser impacientes. La eternidad se extiende ante nosotros.

Un día vi una flor y me puse a considerar su fragancia y su belleza. Cuanto más profundizaba en mi meditación, más reconocía al creador de tales maravillas, no con mis ojos mortales sino con mis ojos espirituales. Esta contemplación llenó mi corazón de gozo, pero mi gozo era todavía más grande cuando reconocía al propio creador y a su propia obra dentro de mi alma. Qué maravilloso es Dios, separado de la creación, pero llenándola todavía de su gloriosa presencia.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Puesto que conocemos tan poco sobre la naturaleza

de Dios, ¿cómo es posible reconocer su divina presencia?

SADHU: Mucha gente experimenta la presencia del Maestro sin verle realmente. Cuando nos aplicamos unas gotas de medicina sobre los ojos, experimentamos su efecto saludable, pero no podemos ver las gotas. De la misma forma, reconocemos la presencia del Maestro y su efecto limpiador en nuestros ojos interiores y ayudamos a nuestra visión espiritual aunque no podamos verle.

Aquellos que se vuelven hacia el Maestro con el corazón abierto sentirán su poder y experimentarán la paz. Es como tener algo dulce en la lengua. Nuestro sentido del gusto y el dulzor del azúcar son invisibles a los ojos. De la misma manera, el Maestro nos alimenta con un nutriente invisible: un prodigio que nuestros cinco sentidos no pueden captar.

Dios se revela en el libro de la naturaleza, del cual es el propio autor. Hasta ahora sólo comprendemos este libro si hemos desarrollado la necesaria percepción espiritual. Sin reverencia y percepción, nos extraviamos. No podemos juzgar la veracidad de cualquier libro por el solo hecho de leerlo. Los agnósticos y los escépticos, por ejemplo, encuentran sólo defectos en lugar de perfección. Los escépticos preguntan: «¿Si hay un creador todopoderoso, por qué se producen huracanes, terremotos, dolor, sufrimiento, muerte, etc.?» Esto es como criticar un edificio aún inacabado o incompletamente pintado. Cuando lo veamos completamente acabado, nos sentiremos apenados por nuestras tontas críticas y alabaremos la maestría del artista. Dios no hizo el mundo en la presente forma en un solo día, ni tampoco será perfeccionado en un solo día. El conjunto de la creación impele a la contemplación y si la vemos con los ojos de Dios, yendo hacia la perfección sin falta ni reproche, solamente podemos reverenciarla y postrarnos ante nuestro creador y exclamar: «¡Es magnífica!»

EL HOMBRE QUE BUSCA: Por lo que usted dice, Sadhu, parece que debemos hacer acopio de paciencia y desplegar un gran esfuerzo para reconocer la presencia de Dios. ¿Pero qué debemos hacer en realidad para buscar a Dios?

SADHU: Un día una madre dejó por un rato a su hijo jugando en el jardín.

Cuando el pequeño se dio cuenta de que su madre no estaba allí, la buscó por todo el jardín. Miró por todas partes pero no pudo encontrarla. Finalmente, se puso a llorar y a llamarla, pero ella no apareció. El jardinero vio que el niño lloraba e intentó calmarlo diciéndole: «¡No llores! Mira esas hermosas flores y esos deliciosos frutos. ¿Eliges uno para ti?» Pero el niño contestó: «¡No, no! Mi madre tiene mejor comida que esos frutos y su amor es más dulce que todas esas flores. Quiero a mi madre». Cuando su madre oyó estas palabras, corrió hacia el niño, le abrazó y le cubrió de besos. En ese instante el jardín se convirtió en un paraíso. Este mundo es como un gran jardín lleno de maravillosas y hermosas flores, pero nosotros no encontramos el gozo verdadero hasta que hallamos a Dios.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Entonces, ¿cómo puedo encontrar el camino de la verdad espiritual y el conocimiento de Dios?

SADHU: Dios nunca desanima a un hombre que busca, juzgándole a él o a sus creencias como equivocadas. Más bien Dios permite a cada uno de nosotros reconocer gradualmente el error espiritual o la verdad. Se cuenta la historia de un pobre segador que encontró una hermosa piedra en la jungla. A menudo había oído decir que algunos encontraban valiosos diamantes y pensó que la piedra debía ser uno de ellos. Se la llevó a un joyero y se la mostró con deleite. El joyero, un hombre simpático y amable, se dio cuenta de que si le decía sin rodeos al segador que su piedra era un cristal sin valor, éste o no le creería o se sumiría en la depresión. Así que en lugar de decirle la verdad, le ofreció un trabajo en su tienda hasta que él pudiese conocer las piedras preciosas y su valor.

Por el momento, el hombre guardó su piedra en la caja fuerte del joyero. Unas semanas después, el joyero animó al hombre para que sacara su piedra de la caja y la examinara. Tan pronto como la sacó de la caja y la examinó con atención, inmediatamente se dio cuenta de que no valía nada. Su desilusión fue grande, pero se dirigió hacia el joyero y le dijo: «Le agradezco que no destruyera mi esperanza y me ayudara a reconocer mi error por mí mismo. Si

usted desea seguir teniéndome aquí, me quedaré y le juro que le serviré como se sirve a un dueño bueno y amable». De la misma forma, Dios lleva a la verdad a aquellos que han vagado dentro del error. Cuando reconozcan la verdad por sí mismos, se entregarán alegre y gozosamente en obediente servicio.

Algunos dicen que el deseo es la causa primera de todo dolor y aflicción. De acuerdo con esta filosofía, la salvación reside en la eliminación de todo deseo, incluido el deseo de la bendición eterna o la comunión con Dios. Pero cuando alguien tiene sed, ¿dejaríamos que muriera o le daríamos agua para que bebiese? Aliviar la sed sin saciarla con agua portadora de vida es como renunciar a nuestra propia vida. El resultado es muerte, no salvación. La sed es una expresión de nuestra necesidad por el agua y un signo de esperanza que nos hace saber que el agua puede satisfacer nuestra sed. De modo parecido, la profunda añoranza de nuestra alma es un claro signo de la esperanza en que la paz espiritual existe. Y hay algo que puede satisfacer a nuestras almas sedientas. Cuando el alma encuentra a Dios, el autor de aquella sed espiritual recibe una satisfacción más grande que la que pueda experimentar un hombre sediento que reciba agua. Cuando el deseo del alma es satisfecho, hemos encontrado el Cielo.

El agua de un río que tiene sus fuentes en un país, puede correr a través de diversos países antes de alcanzar el mar. El agua pasa por los dominios de varios jefes, rajahs y príncipes. Pero ningún país tiene el derecho de detenerla y acumularla en su territorio. Es una propiedad común, de todos, y, allá donde vaya, sacia la sed de todos. De la misma forma, la corriente de la vida llega hasta el océano del amor de Dios, volviendo de nuevo a la tierra en forma de lluvia para fluir luego como un río a través de los canales de los profetas y santos que irrigan el mundo. De esta manera, aplacan la sed de las almas, enriquecen y restauran las vidas y las naciones por todas partes. Quien quiera que lo desee puede tomar libremente este regalo de vida.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Si esta vida nos es dada libremente, ¿no espera Dios algo de nosotros? ¿No le debemos alguna clase de culto?

SADHU: La gente es tonta si piensa que puede conferirle algún favor a Dios mediante el culto. Aquellos que se acercan al culto con semejante actitud no saben nada de la verdadera naturaleza de Dios. Si nosotros amamos a Dios con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerza, si amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, tendremos la experiencia de la presencia de Dios. Éste es el culto. La vida eterna tremolará en nuestro corazón; el fuego del amor nos derretirá y nos forjará de nuevo a imagen de nuestro creador.

EL MAESTRO DIJO: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». No es duro vivir unos días en paz con alguien, incluso para aquel que carece de un carácter amistoso. Mas si alguien vive cerca de nosotros y lo fastidiamos un día y otro día, nos resultará mucho más dura la tarea de soportar a esa persona porque entre ella y nosotros hay mucho menos amor. Pero si podemos superar semejante apuro, veremos que resulta más fácil amar a los demás.

Dios es amor. Y la aptitud del amor es innata en toda criatura viviente, más especialmente para los seres humanos. Por lo tanto, lo correcto es que el Amador que nos ha dado la vida y el amor reciba de nosotros también el amor. El amor de Dios es creativo y desinteresado, dado en sí mismo para el goce y beneficio de la creación. Si no amamos a Dios con todo nuestro corazón y toda nuestra alma y toda nuestra fuerza, y si no amamos a los demás libre y desinteresadamente, entonces el amor que poseemos pierde su divino carácter y se troca en egoísmo. El amor entonces se convierte en una maldición. Irónicamente, aquellos que son egoístas acaban destruyéndose a sí mismos.

AVATARA • ENCARNACIÓN

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, yo veo que vives en una profunda paz interior y, por mi parte, veo cuán difícil de encontrar es esa paz. ¿Podemos nosotros, pobres mortales, mantener la esperanza de experimentar la verdadera unidad con Dios?

SADHU: Todos tenemos el deseo natural, innato, de contemplar a Dios. Pero Dios es infinito e incognoscible. Nadie puede ver a Dios sin ser de la misma infinita naturaleza que Dios. Nosotros somos finitos y por tanto no podemos ver a Dios. Pero Dios es amor. Y es también la fuente de nuestra ansia por conocerle y amarle. Fuera de este amor Dios adquiere una forma que resulta comprensible para nosotros, seres mortales. A través de este acto de amor nosotros podemos compartir ahora la alegría de los ángeles de ver y conocer a Dios directamente. De ahí que el Maestro dijera: «Aquel que me haya visto, ha visto al Padre».

Dios conoce bien el estado interior de cada ser humano y se revela a sus corazones según la necesidad de cada cual. No hay mejor vía para entrar en la verdad espiritual de la vida que mediante el encuentro con Dios directamente. Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros para demostrar a los hombres que no podemos sentir miedo de Él ni percibirle como algo terrible y extraño, sino que en lugar de ello debemos ver que Dios es amor.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Yo comprendo que la infinitud de Dios es incomprendible para nosotros los mortales. Y puedo también comprender que el poder, o el espíritu de Dios, se mueve a nuestro alrededor. ¿Pero cómo puede este Dios ser también un hombre? Parece imposible.

SADHU: El Dios Altísimo, el Dios Encarnado y el Dios Espíritu, son uno mismo. En el verano, el calor y la luz son una misma cosa. Pero el calor no es la luz ni la luz es el calor. Así nos ocurre con Dios. El Maestro y el Espíritu, ambos, proceden del Padre, quien trajo la luz y el calor a este mundo. Dios

Espíritu es el espíritu que quema y aparta a todos los demonios, haciendo puros y santos nuestros corazones. El Maestro es la luz verdadera que nos guía fuera de las sombras y nos bendice a lo largo del camino de la verdad. Las tres personas son una sola, lo mismo que el sol es sólo uno.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Cuénteme más cosas sobre su Maestro. ¿Escribió instrucciones para que pudiéramos seguirlo, tal como han hecho otros maestros religiosos?

SADHU: El Maestro nunca escribió ni pidió a sus seguidores que escribieran sus enseñanzas. Sus palabras son espíritu y vida. El espíritu solamente puede difundir espíritu. La vida solamente puede difundir vida. Las enseñanzas del Maestro no pueden ser recogidas en las páginas de un libro. Otros grandes maestros han dejado tras ellos libros que suplen su voz viva, para guiar y ayudar a sus desposeídos seguidores. Pero el Maestro no lo hizo porque él no nos dejaba. Él siempre está con nosotros y su voz viviente nos guía y consuela. Sus seguidores recogieron sus enseñanzas después de su ascensión para que sirvieran de ayuda a aquellos que ya no pueden percibir su viva presencia. Por último, empero, cuando alguien me pregunta: «¿Qué le hace a usted seguidor del Maestro?»; sólo tengo una respuesta: «el Maestro».

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Pero no revelan sus escrituras la verdad sobre Dios?

SADHU: Nos revelan mucho sobre la vida y enseñanzas del Maestro y sobre la naturaleza del amor de Dios. El Espíritu de Dios es el verdadero autor de la Biblia, pero esto no significa que cada palabra, en sí misma, sea santa o inspirada. Las palabras no dejan de ser palabras en sí mismas, pero lo importante es el significado que ellas inspiran. El lenguaje utilizado por aquellos que escribieron los libros de la Biblia fue el lenguaje cotidiano, no la lengua del espíritu. Solamente cuando establecemos contacto directo con el autor, es decir, con el Espíritu de Dios, apreciamos cómo el sentido se hace claro. Pero al igual que

muchos no pueden comprender al Maestro, tampoco pueden comprender sus palabras.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Yo quiero creer la verdad de lo que usted dice y ver los frutos en la paz de su experiencia, pero ello me resulta difícil de entender o aceptar.

SADHU: Dios nos ha creado provistos de poderes y facultades espirituales, pero éstas deben ser utilizadas o de lo contrario menguan y se pierden. Debemos centrar la fe en el Dios vivo o la irreverencia y el pecado serán la norma, con lo cual nos cargarán de dudas y al final destruirán toda fe.

A veces la gente dice que creería en Dios con tal de librarse de la duda y hallar satisfacción. ¿Puede uno ir al doctor y pedirle que le quite el dolor de un brazo roto antes de que el hueso se haya soldado? Tal demanda sería ridícula porque el dolor es el resultado de la fractura. Una vez el miembro haya sido asentado, el dolor se irá por sí solo. Las dudas son dolores espirituales que emanan de nuestro pecado. La irreverencia ha roto nuestra unidad espiritual con Dios. Primero debemos restaurar la unidad espiritual con Dios y luego las dudas respecto a la existencia de Dios o de la divinidad del Maestro desaparecerán por sí solas. Solamente entonces el dolor se desvanecerá. Sólo entonces experimentaremos la maravillosa paz espiritual que el mundo no puede darnos ni quitarnos. El Maestro nos revela a Dios para que la unión entre el hombre sin pecado y Dios pueda ser restaurada. El Maestro ha abierto el camino para que nosotros entremos en el reino de los cielos. Cualquier hombre que sinceramente busque la verdad con el corazón abierto, encontrará la revelación en el Maestro.

No necesitamos conocer el hebreo o el griego, pero sí necesitamos estar unidos al Espíritu. Este Espíritu guió a los profetas y a los discípulos que transcribieron sus palabras, y solamente este Espíritu puede revelarnos el verdadero significado de aquellas palabras. El lenguaje del Maestro es espiritual y nosotros sólo podemos comprender su significado si mantenemos despi-

erto el espíritu. No necesitamos conocer o comprender nada sobre cuestiones teológicas o críticas. En verdad, un niño puede captar más fácilmente que el adulto las enseñanzas del Maestro, porque el niño todavía está unido al mundo espiritual del que procede. Pero aquellos que poseen la sabiduría, que es sólo de este mundo, no podrán entenderlas nunca puesto que el espíritu del Maestro no está en ellos.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Si el pecado y la irreverencia han roto nuestra unión con Dios, ¿cómo podemos restaurarla llevando simplemente una vida virtuosa?

SADHU: Una cobra sigue siendo una cobra, sin que importe las veces que cambie de piel. Había una vez una chica en un pueblo que diariamente quitaba las telarañas de su casa. Una vez, mientras limpiaba, se puso a rezar: «Oh, Dios mío, de la misma forma que yo limpio este cuarto, te pido por favor que tú limpies también mi corazón». Seguidamente, la chica oyó una voz que le decía: «Hija mía, tendrás que limpiar la habitación una y otra vez mientras las arañas estén allí, por tanto es mejor que saques a las arañas de la casa». Pero la muchacha no fue capaz de sacarlas de casa porque se escondían y eran demasiado listas para que ella pudiera descubrirlas. Asimismo, nosotros vemos el rastro del pecado en nuestras vidas y nos pegamos a él, porque sólo Dios puede extirpar la raíz del pecado de nuestras almas.

Algunos maestros morales y muchos líderes religiosos dicen: «Haz buenas obras y serás un hombre bueno». Es absurdo sugerir que un árbol que ofrece frutos amargos pueda darlos dulces, obligándole a dar más fruta. Un árbol que da frutos amargos solamente puede darlos dulces si lo injertamos con otro árbol que dé frutos dulces. La vida y las cualidades del árbol dulce pueden fluir por la savia del árbol amargo extrayéndole todo su inherente amargor. De esta forma el árbol conoce una nueva creación capaz de relacionarlo con el fruto dulce.

Podemos sentir la nostalgia de hacer aquello que es correcto, pero cada cosa

que hacemos es corrupta, teñida de nuestro propio egoísmo y pecado. Sólo si reconocemos nuestro egoísmo, si admitimos nuestra incapacidad para hacer lo que es correcto, y si nos dirigimos hacia el Maestro para que nos haga un injerto de sí mismo, realizaremos nuevas creaciones. Sólo entonces seremos capaces de hacer buenas obras. Así, pues, le digo: «Primero hágase bueno y luego podrá realizar buenos hechos».

Un día, un hombre joven cayó por un precipicio. Cuando fue rescatado, había perdido tanta sangre que le tomaron por muerto. Su padre corrió a buscar al médico, pero el doctor le dijo: «Ciertamente morirá a menos que encontremos a alguien con bastante sangre para hacerle una transfusión masiva». Del corazón del padre fluyó tal cantidad de amor por su hijo que le ofreció su sangre, pese a saber que podía costarle su propia vida. Gracias al sacrificado amor del padre, el hijo tuvo una nueva vida. Nosotros, también, nos hemos precipitado desde lo alto de la montaña de la virtud y yacemos rotos y heridos por el pecado, con nuestra vida desvaneciéndose. Pero si nos volvemos hacia el Maestro, nos dará libremente su sangre espiritual para que podamos ser salvados de la muerte y volvamos a la vida. En verdad os digo que el Maestro viene a nosotros con este propósito.

LOS ENAMORADOS

Dios es amor. Con amor, Dios creó a los seres humanos a su imagen y semejanza, para que amaran al creador con su corazón y su alma, para que se regocijaran en su amor infinito y se amaran los unos a los otros. Pero, a causa del pecado, amamos las cosas creadas. Hemos olvidado el primigenio amor de Dios, el único amor genuino. Pero a veces ocurre que nuestro distorsionado amor humano nos devuelve al amor divino.

Se cuenta que una vez un joven que pertenecía a una respetable familia, después de haber terminado sus estudios y demás deberes, emprendía cada tarde un paseo por la jungla. Sus padres le amaban mucho por su buen carácter, su amable disposición, sus ordenados hábitos y su obediencia. El muchacho era el orgullo de la familia. Un día se adentró más de lo usual dentro de la jungla. Temiendo que la oscuridad cayese sobre él, intentó desesperadamente encontrar el camino de vuelta. Y justo cuando acababa de alcanzar la carretera, le atacó un animal salvaje y le hirió. Con sus últimas fuerzas, se libró de la fiera y gritó pidiendo auxilio. Luego, perdió el conocimiento a causa del susto y el agotamiento.

A cierta distancia de allí, una joven estaba recogiendo leña. Cuando el horrible grito del chico llegó a sus oídos, primero se asustó, pero luego se armó de valor y fue a ver quién había gritado tan desesperadamente. Encontró al

guapo mozo medio inconsciente, sin nadie en los alrededores que lo ayudara. Estaba seriamente herido y sangraba en abundancia. La chica se apiadó de él y lo llevó de la mano hasta el río cercano. Lavó sus heridas y, rasgando su vestido, le vendó con los jirones. Después, decidida a ayudarle y venciendo su resistencia, le llevó hasta el pueblo.

Cuando al fin llegaron a casa del joven, sus padres y demás familiares se sorprendieron al verle en tan lastimoso estado. Pero también les apenaba verle en compañía de una muchacha, evidentemente pobre, lo cual a sus ojos revelaba una baja posición social. Cuando el joven y la muchacha contaron su historia, los padres le dieron las gracias por haber ayudado a su hijo y la invitaron a pasar la noche con ellos, si bien realmente estaban impacientes por librarse de ella. A la mañana siguiente, temprano, el joven reclamó la presencia de la muchacha para expresarle su profunda gratitud. Tan pronto vio su luminosa y hermosa cara resplandeciendo a la luz de la mañana, el joven se sintió abrumado por su inocencia, su tierna expresión y su belleza. Se enamoró de ella en aquel instante y, en el secreto de su mente, decidió casarse con ella a toda costa. Pero la muchacha pertenecía a una casta baja y muy pobre y él sabía que este obstáculo sería muy difícil de superar.

Después de escuchar las palabras de gratitud del joven, la muchacha se encaminó hacia su casa. En su marcha a través de la jungla, recogió el haz de leña que había reunido el día anterior y, prosiguiendo su camino, llegó a su pueblo hacia el mediodía. Casi al mismo tiempo, sus padres y parientes volvían agotados por la fatiga y la desesperación, tras una infructuosa búsqueda durante toda la noche. Ocioso es decirlo, se quedaron gratamente sorprendidos al encontrar a la chica en casa. La joven les contó toda la historia, honesta y simplemente, pero nadie la creyó. Su hermano mayor dudaba de su reputación y castidad y pensó que ella se había escapado, deshonorando así el buen nombre de toda la familia. El padre dio una buena paliza a la inocente muchacha y le prohibió salir de casa.

Poco después el joven se enteró de lo ocurrido a la chica y decidió visitarla.

Fue al pueblo y habló con los padres de ella, contándoles toda la historia. Pero tampoco le creyeron, sobre todo porque no había testigos que pudiesen verificar su versión de lo ocurrido. La joven, que estaba escuchando anhelante al muchacho, permaneció callada. La dulzura de sus palabras y la luz de su cara, le fascinaban. Cuando el joven hubo partido, la chica dijo a sus padres: «Si dudan de mi castidad, les pido que me dejen casar con ese joven». Pero sus padres estaban muy enfadados y se negaron a su petición. Cuando hubo regresado a casa, el joven le dijo a sus padres que amaba a la chica que le había rescatado y deseaba casarse con ella. Sus padres se pusieron rabiosos, le castigaron severamente y dijeron: «¿Es que no puedes encontrar una chica mejor que esa de baja casta y pobre? ¿Por qué quieres traer la desgracia a tu respetable familia?»

Finalmente, el joven salió de casa sin ser observado y se fue al pueblo de su bienamada. Por fortuna, aquel día estaba sola en casa. Así que pudieron hablar juntos con entera libertad. Después fueron capaces de arreglárselas para verse un buen número de veces y, en cada una de ellas, se daban cuenta de que su mutuo amor crecía más profundamente. Pero sus padres estaban demasiado furiosos y amargados como para acceder a los deseos de sus hijos. Cada día, además, se les hacía más difícil encontrar la ocasión para verse, por lo cual decidieron encontrarse de noche, cuando todos estuvieran durmiendo. A veces el muchacho esperaba en las afueras del pueblo de la chica y otras veces era la chica la que esperaba cerca de la casa del muchacho.

Una noche se produjo un accidente. La chica se cayó por una escarpadura detrás de la casa del joven y se hirió en la pierna. El chico escuchó el ruido y corrió afuera. Descubrió que la pierna de la chica estaba rota, así que la llevó al hospital y dispuso todo lo necesario para que la atendieran. Iba a diario a visitarla y, después de algunos días, ella empezó a sentirse mucho mejor. Cuando finalmente sus padres se enteraron de dónde estaba, se la llevaron del hospital y la confiaron a unos parientes que vivían en otro pueblo.

Al día siguiente el joven fue al hospital, como era su costumbre, y se quedó perplejo al no encontrar a la chica. El médico de la sala le dijo que la joven se

había recuperado y que sus padres se la llevaron a casa. El joven corrió al pueblo de la chica, pero ella no estaba allí. Temió que le hubiese engañado, que se hubiese escapado con otro hombre. Sin embargo, la añoraba terriblemente y su ausencia le preocupaba constantemente. No pudo hallar ninguna pista que le revelara su paradero. La chica, preocupada también, lloraba amargamente noche y día. Como pasaban los días sin que nada supiera de su amado, ella también pensó que quizás él la hubiera olvidado y se hubiera enamorado de otra chica. Y, por si fuera poco, sus padres estaban arreglando su boda con otro hombre.

Un día, cuando la familia estaba durmiendo, la chica salió de su casa y corrió hasta la de su enamorado. Llamó a la ventana y descubrió que él no estaba allí. La muchacha lloró amargamente, lamentándose: «Ay, mis padres y mis parientes ahora son mis enemigos. El hombre al cual di mi corazón también me ha abandonado. No puedo vivir un día más en este mundo que ahora es un infierno para mí». Empujada por estos pensamientos, la muchacha volvió sobre sus pasos hacia el río donde un día había lavado las heridas de su amado. Se internó en el agua, intentando poner fin a su vida.

Cerca de allí, su amado estaba sentado en una gran roca, absorto en sus pensamientos e incapaz de darse cuenta de la presencia de su bienamada. Pero tras oír el chapoteo de alguien cayendo al agua, se zambulló y rescató a la muchacha. Fue como un sueño. Sostenía en su regazo la forma inconsciente de su amada. Después de unos pocos minutos, ésta revivió ante el rostro querido de su amor. Toda la amargura de su vida se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos. Se abrazaron y se besaron. Estaban tan embargados por el gozo que al principio no pudieron hablar. Después de media hora abrazándose con profundo afecto, empezaron a conversar:

AMADO: Mi bienamada, ¿cómo fue que te caíste al agua? Si yo no hubiese estado allí, te habrías ahogado.

BIENAMADA: Cariño, te he esperado tanto y tanto y tú no has venido. Después fui a tu casa, para verte. Como no te encontré vine hasta aquí y,

desesperada, me arrojé al río. No tenía otra manera de apagar el fuego de la separación y poner fin a la amargura de mi vida. Sin ti la vida se me antojaba como el infierno. Pero, dime, ¿por qué viniste aquí?

AMADO: Vine poseído por una determinación similar a la tuya. Cuando desapareciste del hospital, vagué por todas partes, buscándote, pero tú no estabas en lugar alguno y fui incapaz de encontrarte. En mi desesperación, me cansé de vivir y preferí morir antes de hacer frente a otro día sin ti. Estaba a punto de suicidarme cuando escuché cómo caías al agua. Si nos hubiéramos retrasado sólo unos pocos minutos, ambos habríamos perdido la vida en el mismo río, en este río donde tú un día lavaste mis heridas. ¡Qué maravilla! Aquí un día me salvaste la vida y ahora he sido yo quien ha salvado la tuya. Hoy tú y yo hemos recibido una vida nueva. Pero vamos a vivirla de forma distinta.

En verdad no nos la hemos dado a nosotros mismos sino que ha sido Dios quien nos ha dado una nueva vida para unirnos como antes. Como señal de nuestra gratitud, ahora deberíamos adorarle y acordar nuestras vidas según su voluntad ya que Él es la fuente de vida. Vayamos a ver al hombre de las plegarias que una vez me confortó, cuando yo estaba solo y tenía roto el corazón. Sus palabras de aliento fueron como un maravilloso y relajante bálsamo para mis dolorosas heridas. Él fue quien me dijo que, sin el amor del Creador, el amor de sus criaturas es incompleto y que solamente engendra inquietudes y dolor. Sabemos que Dios siempre está con nosotros y que la verdadera felicidad se halla siempre en su presencia. Por tanto, vamos a ver al hombre de las plegarias para que él nos case.

BIENAMADA: Mi ferviente deseo es seguirte allá donde tú vayas y servirte con toda mi alma y todo mi corazón. Sí, yo también estoy preparada para darle mi vida a Dios y a ti. Una viuda hindú da con gusto su vida y se deja quemar en la pira con el cuerpo muerto de su esposo. ¿No sería una vergüenza si yo no estuviera dispuesta a dar mi vida al servicio del Dios vivo y a ser la sirvienta de mi amado esposo? ¿Pero qué será de nosotros? Soy pobre y de casta baja. Nuestros padres están muy enfadados y nunca aceptarán nuestra boda.

AMADO: Mi bienamada, si yo me hubiera guiado por cuestión de castas o de

posición social, nunca te habría amado. El sistema de clases es una maldición que el orgullo y el egoísmo utilizan para separar a las personas unas de otras. Todos somos hijos de Dios. Si mis padres no te acogen como debieran hacerlo, nos iremos a otra parte y viviremos nuestra vida. Nadie puede separar lo que Dios ha unido. Confíemos simplemente en Él.

Así que se fueron a ver al hombre de las plegarias y le explicaron la situación en que se veían inmersos. Luego de casarlos con el mayor agrado, les dio su bendición. Los jóvenes volvieron a la ciudad, alquilaron una casita y trabajaron duro para ganarse la vida. Hasta los ricos, con sus palacios y sus lujos, envidiaban la vida de paz, amor y felicidad, con la que aquellos jóvenes enamorados adornaban su pobreza. Poseídos por su amor mutuo, habían sido bendecidos también por el amor divino. Se dieron a sí mismos en corazón y alma al servicio de Dios y Él los bendijo y nunca les dejó de la mano.

KARMA • ESCLAVITUD

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, usted dice que es nuestra pecaminosa condición la que ha roto nuestra identidad espiritual con Dios. ¿Por qué permite Dios que semejante mal penetre en el mundo?

SADHU: Nada puede ser creado fuera de Dios porque Dios es el autor de todo. Dios es bueno y no ha creado nada dañino o perjudicial, ya que ello sería contrario a su naturaleza. El mal no crea, pero corrompe y pervierte aquello que Dios ha creado. El pecado no forma parte de la creación divina. El pecado no tiene vida independiente. El pecado es el ilusorio y destructivo estado de aquellos que abandonan la verdad y, en la irreverencia, sólo buscan satisfacer sus propios deseos egoístas. Podemos pensar que obtendremos la felicidad abandonando los designios de Dios y siguiendo nuestros propios caprichos y pasiones, pero el resultado que conseguimos no es la verdadera felicidad.

Pensemos en la luz y en la oscuridad. La oscuridad es la ausencia de luz. Lo mismo ocurre con el pecado, pues el pecado es la ausencia de aquello que es bueno y verdadero. El mal es terrible porque impulsa a la gente hacia su propia destrucción, al igual que lo haría un navío estrellándose contra las rocas privado de la luz del faro que lo guiara. Por esta razón el Maestro es la luz hecha Dios Encarnado. Todos aquellos que vean y sigan su luz cruzaran los escollos del mundo y alcanzarán el cielo de los benditos, donde la oscuridad no existe.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Pero si Dios es Todopoderoso, ¿por qué no crea seres humanos que no caigan en el oscuro estado del pecado?

SADHU: El pecado surge porque los hombres violan deliberadamente las órdenes de Dios. Desde luego, Dios pudo haberlo prevenido creando seres humanos diferentes. En tal caso, hubiésemos sido obedientes máquinas o muñecos, incapaces de experimentar la bendición que sólo puede alcanzar aquél que obra libremente eligiendo el bien. Adán y Eva vivieron en la gloria sin

conocer el pecado, pero eran libres de escoger entre los designios de Dios o seguir el camino de sus propios apetitos. Incluso Lucifer ignoraba el orgullo, un pecado que nunca había existido hasta que él mismo se alzara como igual a Dios. Tanto la elección de los ángeles como la de los seres humanos, engendra pecado. Pero Dios es todopoderoso y puede incluso transformar el mal dándole la oportunidad de que derive hacia nuevos y gloriosos fines. En primer lugar, Dios se encarnó para liberarnos del ciclo de pecado y muerte y revelarnos así su generosidad sin límites, para enseñarnos una forma de amar que de otra forma nos hubiese resultado desconocida. En segundo lugar, desde que hemos probado la amargura y las inevitables consecuencias del pecado, nos deleitamos en librarnos de sus ataduras, del mismo modo que la dulzura de la miel nos resulta tanto más placentera después de haber probado la amargura. En interminable unidad con Dios, somos libres para servirle con reverencia y obediencia.

EL HOMBRE QUE BUSCA: La filosofía moderna, sin embargo, nos enseña que los valores morales son relativos, puesto que son producto de la historia y de la cultura. ¿Cómo puede uno decir que la gente está limpia de pecado?

SADHU: Se dice que una persona enferma de ictericia lo ve todo de un tinte amarillo. Las gentes cuyas vidas están coloreadas por el pecado o que están guiadas solamente por la comprensión de sus mentes, también ven la realidad coloreada por su propia dolencia. Cuando formamos y expresamos verdades espirituales según nuestras propias ideas, no puede sorprendernos si, finalmente, rechazamos no sólo valores morales sino también la realidad de Dios. Pero la obra del Maestro busca liberar al corazón del hombre del pecado y de la muerte. Y Jesús continúa ocupándose de los corazones de aquellos que buscan su ayuda sin importarles la opinión de los demás.

La ceguera que apareja el pecado puede ser ilustrada de diversas maneras. La lepra entumece los miembros y los hace insensibles al dolor y a las heridas. Las personas afectadas por esta enfermedad se hieren sin darse cuenta y dejan que las llagas se expandan hasta que el cuerpo ya no sea capaz de sobrevivir.

De la misma forma, el pecado reduce el corazón y nubla la mente de las personas hasta impedirles que tengan noción alguna de vergüenza o de disgusto. Finalmente, sin embargo, sus ojos se abrirán y verán de qué forma el pecado ha dañado y devastado sus almas y sentirán gran dolor y consternación.

Mucha gente está inmersa en el pecado y no advierte el gran peso que tiene encima. Es como el buceador, que está cubierto por toneladas de agua y sin embargo no advierte su peso. Pero si cuando el buzo emerge del agua, intenta acarrear aunque sea un pequeño balde lleno, notará cuánto pesa. El Maestro vino a buscar y a salvar a aquellos que se abruman bajo la carga del pecado. Nos ofreció libremente el alivio y la liberación del pecado, pero primero nosotros debemos sentir su peso y volvernos a Él para que nos ayude.

La gente puede no ser consciente de los mortales peligros que acechan. Son como el cazador que vio un panal en la rama de un árbol que colgaba sobre un río. Puesto que sólo tenía ojos para la miel, olvidó cualquier otra cosa y, rápidamente, se encaramó al árbol. La miel era tan dulce y estaba tan encantado con su sabor que ni se fijó en los caimanes que estaban esperándole debajo de la rama, en el río. Tampoco vio que alrededor del pie del árbol se había instalado una camada de lobos. Y, lo peor de todo, el cazador no se dio cuenta de que el propio árbol estaba infestado de termitas y que la raíz no era lo suficientemente fuerte para resistir su peso. Y mientras seguía gozando de la miel, el árbol cayó y el cazador con él, siendo presa de los caimanes. Demasiado a menudo el espíritu humano goza por un tiempo del placentero pero engañoso deleite de los sentidos, olvidando que el mundo es como una jungla temible, llena de toda clase de peligros. El pecado roe la verdadera raíz de nuestras vidas, amenazando con arrojarnos a nuestra muerte espiritual.

El mal de este mundo nos atrae con las palabras más sutiles y cautivadoras, un señuelo semejante al que utilizan algunas serpientes para hipnotizar a los pajarillos con sus rutilantes ojos para así poder devorarlos. O la atracción que siente la mariposa por la luz de la vela. Fascinada por el brillo de la llama, la pobre se precipita a su propia muerte. De la misma forma, a menudo, vemos

solamente los atractivos del mundo material, buscando la rápida gratificación de nuestros deseos, lo cual nos hace precipitar de cabeza a la muerte espiritual.

Un día, en lo más crudo del invierno, un ave de rapiña estaba atareada devorando un cadáver que flotaba en el río y cuya corriente lo arrastraba hacia una catarata. Cuando el ave vio que estaba cerca del abismo, quiso emprender el vuelo y escapar. Pero sus garras se habían helado y era incapaz de soltar la presa y echar a volar. Cayó pues en las rugientes aguas y sufrió una muerte terrible. Asimismo, si nosotros permitimos al pecado entumecer nuestra conciencia, perderemos la fuerza necesaria que nos permite, de la forma que sea, escapar del peligro y de la muerte.

Volviendo al Maestro, no obstante, y edificando nuestras vidas a semejanza de la suya, nos salvaremos de la muerte cierta y se nos concederá la vida espiritual que nadie puede quitarnos. El Maestro nos hace completamente libres de las seducciones de este mundo que destruyen la vida. Él libera a nuestras almas de todo sometimiento. Superando las atracciones del mundo, ascendemos en las alas de la plegaria al reino del Espíritu, donde nuestras almas hallan la paz en el inquebrantable amor de Dios.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿No dijo Confucio que aquellos que respetan los principios básicos de la conducta humana no necesitan ser sermoneados sobre sus culpas y pecadillos? Y si ellos son perdonados, ¿por qué entonces nos dice usted que todo pecado es peligroso, incluso lo bastante peligroso como para destruirnos el alma?

SADHU: No todos nuestros órganos desfallecen antes de que el cuerpo muera. Si el corazón o el cerebro fallan, la vida se interrumpe aunque los demás órganos estén fuertes y sanos. De igual manera, el venenoso efecto del pecado puede destruir la vida espiritual, no sólo de una simple alma, sino también las de toda una familia o las de toda una nación, e incluso las almas de toda la raza humana. Así sucedió con el pecado de Adán y Eva. Pero recordemos también que solamente una palabra del Maestro hizo que aquél que había muerto

volviera a la vida. Por tanto, una palabra basta para restaurar la vida espiritual de aquellos que la han perdido.

Si un animal salvaje o un pájaro es domesticado y luego vuelve a la vida salvaje, antes de que sus congéneres lo acepten como uno de los suyos, lo probable es que sea rechazado o incluso muerto por los otros. Se supone que su prolongada convivencia con los humanos ha afectado sus hábitos y maneras. De igual modo, la santidad del mundo espiritual no puede ser tolerada por aquellos que se han asociado con el mal y por tanto han corrompido su naturaleza espiritual. Tales personas son extranjeros e intrusos en el reino del Espíritu y no son bien recibidos en él. Incluso en este mundo, los pecadores desprecian y rehuyen la compañía de personas espirituales. ¿Cómo, pues, podrían gozar en el eterno mundo del espíritu? Para ellos, la bendición de los cielos sería como vivir en el infierno.

En este mundo, un traidor puede atentar contra su rey y el reino y, sin embargo, puede escapar del castigo refugiándose en otro país. ¿Pero dónde podría refugiarse el rebelde que atentara contra Dios? Allá donde vayamos —en el mundo físico o en el espiritual—, Dios siempre está presente. Nuestro único refugio está en buscar el perdón y obtener la gracia de Dios.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Por lo tanto es verdad, si no imploramos clemencia, que Dios nos enviará a los infiernos y nos castigará eternamente por nuestros pecados? ¿Es éste su amor perfecto?

SADHU: No crea que Dios arroja a los pecadores al infierno. Dios es amor y no desea que nadie sufra el tormento espiritual. Pero nuestra propia corrupta y pecaminosa vida nos desposee de la dicha espiritual. Cielo o infierno están establecidos en nuestra alma y mediante nuestra propia elección, antes de que nuestra vida en este mundo llegue a su fin. El pecado no es una ilusión o una fantasía. Es un estado espiritual real. Y en este estado, la voluntad humana se separa ella misma de la divinidad y así introduce en ella la semilla de su propia destrucción.

Dios no condena a nadie al infierno. No, son nuestros pecados quienes formulan la condena. Nos condenamos a nosotros mismos. Son demasiados los corazones que están en una condición tal que solamente se sienten como en su casa estando en el infierno, es decir, fuera de la paz del Maestro. Dios nos permite a cada uno de nosotros ir a su reino. En verdad, nos invita a cada uno de nosotros, de todo corazón, a ir a su reino. Pero si nosotros preferimos llevar una vida de pecado, nuestra tortura será estar ahí, en el pecado.

Dolor y enfermedad no son producto de la imaginación. Ambas son demasiado reales y así vemos cómo algunas enfermedades, como la viruela, puede en muy poco tiempo destruir la belleza de la piel humana, volviéndola de una fealdad repulsiva. Quien quiera escapar del tormento espiritual y de la muerte, deberá volverse hacia el Maestro. Él nos ofrece la liberación del pecado y de sus consecuencias. Su presencia en nuestros corazones y la influencia de su Espíritu nos rescata del infierno y nos lleva al gozo eterno como hijos espirituales de Dios.

MOKSA • LIBERACIÓN

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, dice usted que son nuestros pecados los que nos han apartado de Dios, cuando nuestro destino es vivir en unidad con Él. ¿Cómo podemos superar tal separación?

SADHU: En primer lugar, debemos ver que nos hemos mancillado a través de nuestra pecaminosa condición. Podemos intentar cubrir el pecado con buenas obras, pero nuestras buenas obras son como harapos a menos que nuestros corazones sean previamente limpiados. Cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido y se sintieron avergonzados de su propia desnudez, intentaron cubrirse con unas hojas de parra. Pero las hojas eran demasiado escasas para cubrirles y por ello Dios les dio pieles para que se pudieran vestir. Nuestros intentos y buenas intenciones no bastan para superar nuestras pecaminosas inclinaciones. Nada nos protegerá excepto las ropas de la virtud que el Maestro nos dio libremente.

Muchos de nosotros hemos aprendido, por amarga experiencia, que nuestros propios esfuerzos y bondades no pueden darnos ni la paz del corazón ni la seguridad de la eterna felicidad. Cuando un joven rico se acercó al Maestro y le preguntó cómo podía conseguir la vida eterna, y le dijo: «¡Buen Maestro!» el Maestro le reprendió, diciendo: «¿Por qué me llamas bueno? Aquí no hay nadie bueno excepto Dios». Este hombre joven había llevado una vida devota según la ley, pero carecía de la verdadera paz del corazón. El Maestro podía ver que el joven deseaba ser bueno y honesto, pero veía también que no acababa de reconocerle como fuente de vida. Cuando el Maestro, en lugar de ofrecerle reglas o mandamientos, le ofreció la oportunidad de dejar todas sus posesiones a los pobres y entrar a formar parte de su compañía, el joven se fue triste e insatisfecho.

Si las buenas obras y la observancia de la religión hubiesen dado al joven la paz espiritual, lo primero que habría hecho sería no haber abandonado al Maestro. No sólo no hizo los esfuerzos morales que hubieran tenido la virtud

de darle la paz sino que, además, por no hacerlos, entorpeció su disposición para aceptar la oferta del Maestro. No mucho después, un hombre igualmente entusiasta llamado Saúl, se encontró con el Maestro. Pero a diferencia del joven, Saúl de inmediato dejó todo y donó cuanto tenía a los seguidores del Maestro. Todos aquellos que confían sin cesar en la bondad humana y se vuelven hacia el Maestro buscando la liberación, recibirán paz verdadera y vida espiritual.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Dios nos perdona porque hemos errado? ¿Es lo que usted entiende por salvación o liberación?

SADHU: Dios es amor y nos perdona de buen grado. Pero Dios también es mucho más. El solo perdón no basta para librarnos de nuestros pecados. La completa liberación del mal sólo viene cuando nosotros deseamos verdaderamente salir del pecado. Es del todo posible, para nosotros, recibir el perdón y, sin embargo, sufrimos a consecuencia de nuestro pecado. El Maestro viene no solamente a anunciarnos su perdón sino también a librarnos de la enfermedad de nuestro pecado, de sus consecuencias y de la muerte, ya que rompe con el ciclo incesante de pecado y muerte.

Consideremos al hombre que sufre una enfermedad que le debilita el cerebro. A veces la enfermedad le hace actuar irracional e impredeciblemente. Bajo la influencia de uno de esos ataques, sin ser consciente, golpea a un hombre y lo mata. Llevado a juicio, es sentenciado a muerte. Pero cuando sus parientes piden clemencia y explican las razones médicas que justifican su locura pasajera, la autoridad le concede el indulto y le perdona. Pero antes de que sus familiares lleguen a la cárcel para comunicarle la buena noticia, el hombre ha muerto a consecuencia de su enfermedad. Así que el perdón no le sirvió de nada. Además del perdón, necesitaba ser tratado de su enfermedad. Sólo una vez curado podría haber vivido la alegría de su liberación.

Es la curación lo que necesitamos, no solamente el perdón. En tiempos pasados, las leyes religiosas prohibían beber la sangre de los animales o comer

determinados alimentos. Estas costumbres, indudablemente, emanaban de la creencia de que tales alimentos causaban ciertas enfermedades o, tal vez, que inoculaban en el hombre algunos aspectos del comportamiento del animal salvaje. Dijo el Maestro: «Mi carne es alimento verdadero, mi sangre es bebida verdadera, puesto que ambas proveen de vida y salud espirituales».

EL HOMBRE QUE BUSCA: Esta enseñanza es dura. ¿Quién puede aceptarla?

SADHU: Después de que los hijos de Israel huyeran de la esclavitud de Egipto, perdieron la fe en Dios y se quejaron, descontentos, por todo lo que habían tenido que pasar. Las cosas se volvieron mucho peor cuando llegaron a un lugar infestado de serpientes venenosas y donde varios hombres murieron después de ser mordidos. El pueblo lamentó sus anteriores quejas y pidió a Moisés que orará a Dios para que les librara de las serpientes. Moisés rezó y tuvo una visión que le indujo a hacer fundir una serpiente de bronce para rematar con ella su caduceo. Alguno de los que fueron mordidos sobrevivieron con sólo mirar a la serpiente de bronce y el veneno de la serpiente ya no les hizo daño.

Ahora, por ahí hay algunos que todavía lamentan y murmuran: «Si Moisés hubiese elaborado un antídoto o una medicina contra el veneno, podríamos creer esa historia. ¿Pero qué efecto puede tener una serpiente de bronce sobre la mordedura de una serpiente real?» Así, en su incredulidad, rechazan dirigirse hacia la serpiente de bronce y mueren. De igual manera, el Maestro provee la liberación del mortal veneno del pecado si nos dirigimos a Él con fe. Aquellos que rehusan creer porque no pueden comprender la obra del Maestro con sus mentes, perecerán. Pero perecerán del veneno de su propia incredulidad.

Recordad que el corazón, no la cabeza, es el templo de Dios. Las ideas espirituales y religiosas son cuestión del corazón, no de la cabeza. Si nuestros corazones están llenos de la presencia de Dios, nuestras mentes encontrarán también la iluminación. Nuestros ojos físicos son inútiles, a menos que la luz del día lo cubra todo a nuestro alrededor. Similarmente, nuestras mentes y los ojos de nuestra comprensión no nos sirven para nada sin la espiritual luz de la

verdad. La sabiduría y la comprensión de la mente pueden fácilmente tornarse instrumentos del mal si no son controladas por la luz de la verdad espiritual.

Los Reyes Magos siguen la estrella que los lleva a Belén. Pero cuando llegan a Belén, ya no necesitan de la estrella porque han encontrado al Maestro, el sol de la rectitud. Cuando el sol se alza, las estrellas pierden su brillo. En India tenemos muchos genuinos buscadores de la verdad que siguen fielmente su estrella, aunque sea sólo su luz la que les guía. En el Maestro, tenemos la gloria del sol.

EL PRÍNCIPE Y EL LADRÓN

Érase una vez un rey que tenía un hijo. El príncipe era justo y bueno, al igual que su padre. Sin embargo, el príncipe ignoraba todo sobre la condición de su pueblo ya que no sabía cómo vivía la gente ni qué necesitaban, pues él vivía en palacio y rara vez vio a alguien que perteneciera al pueblo llano. Por ello, un día decidió vivir entre las gentes para estudiar su modo de vida y ver qué podría hacer por sus súbditos cuando él fuese rey. Con el permiso de su padre, dejó el palacio real y vivió entre el pueblo como si fuese un comerciante más. Nadie, excepto alguno de sus cortesanos, sabía que él era el príncipe disfrazado. Fue viviendo, pues, y ampliando su conocimiento hasta llegar a comprender los entresijos de sus vidas sociales y privadas, todo lo cual le permitió trazar planes y soluciones para servir mejor a su pueblo.

Como comerciante, tenía que tratar con toda clase de gente y por lo tanto se encontraba con toda suerte de caracteres y personalidades. Se sintió particularmente afligido al ver cómo muchos eran víctimas del engaño y del fraude, del egoísmo y de la crueldad, del robo y de la perversidad, eternas víctimas de aquellos que jamás renuncian al dinero. Con la ayuda de su padre se ofreció secretamente para compensar a las inocentes víctimas de aquellos personajes carentes de escrúpulos. No obstante, seguía apreciando a aquellos que se extraviaban por los caminos del mal y nunca dañó a quienes le engañaron y

maltrataron. Siempre les perdonaba e intentaba ayudarles haciéndoles cambiar. Muchos se enderezaron y se convirtieron en ciudadanos respetuosos de la ley en el reino de su padre, mientras que otros no lo hicieron.

Ahora bien, había un ladrón que a menudo robaba sus ganancias a la gente inocente y les perjudicaba tanto que el príncipe no encontró más solución que encarcelarlo. Pero, cuando salió de prisión, el ladrón quiso vengarse de aquel príncipe disfrazado de comerciante. Se presentó en la cabaña donde habitaba el príncipe para robar cualquier cosa de valor, pero el príncipe le detuvo y le afeó su vergonzosa conducta: «Deberías trabajar duro y ganarte la vida de manera respetable», le dijo al ladrón. «Si necesitas cualquier cosa, deberías decírmelo y yo no rehusaría tu petición. Te labras tu propia desgracia dañando a personas inocentes y robándoles sus cosas. Eso no es justo. Crees que estás perjudicando a los demás, pero en realidad te estás haciendo daño a ti mismo. Si no cambias de manera de ser, ten la seguridad de que reclamarán tus responsabilidades el día del juicio. Por ello, en espera de que veas la locura de tus acciones, hoy te perdono por última vez. No necesito recordarte que no debes hablar de esto con nadie, pero aprovecha esta oportunidad que te doy. La próxima vez no escaparás al castigo».

Durante algún tiempo, el ladrón se mantuvo tranquilo. Pero pasados unos pocos meses, su antigua naturaleza reapareció con su cara más fea. Un día se fue a robar a un pueblo alejado, donde moraba una viuda que había perdido a su marido un año después de la boda. Ocurrió que después de la muerte del marido, nació su hijo. La muerte repentina del esposo querido fue una fuerte conmoción para ella y quedó sola y triste, pues no tenía parientes o amigos que la ayudaran. Pero como era una mujer devota y temerosa de Dios, encontró paz y felicidad en el culto y en la presencia de su Dios, incluso en medio de todas sus penalidades.

Su hijo vivaracho la ayudaba a olvidar las aflicciones del pasado. Le educó en la fe y en el amor y temor de Dios. Su paciencia soportó todas las penas y sinsabores, siempre trabajando muy duro para nutrir y educar a su hijo

correctamente. En medio de sus imperiosas necesidades se enfrentó a muchas pruebas y tentaciones y, valientemente, las superó todas. En un cierto momento, cuando era tan pobre que no podía conseguir leche para su hijo, un malvado intentó aprovecharse de su situación y seducirla. Pero la madre veló y oró y, con la ayuda de Dios, permaneció fiel a lo que ella sabía era lo correcto.

Pasado el tiempo, el hijo de la viuda se había hecho un hombre y tenía la vida asegurada ya que desempeñaba un buen trabajo en la ciudad. Había dejado a su madre en el pueblo pero, fielmente, cada mes le mandaba dinero. Justo cuando sucede esta historia, el hijo había regresado a casa para visitar a su madre después de dos años de ausencia. Abrazándose, sus corazones rebosantes de gozo, los ojos inundados de lágrimas, formaban una escena maravillosa. Luego el hijo adorado, como señal de respeto y honor, cayó a los pies de su madre y puso ante ella todo el dinero que había ahorrado para que pudiese vivir sus días rodeada de confort y seguridad. La madre puso también al lado parte del dinero que recibía cada mes, pequeña suma que pensaba destinar a la boda de su hijo. Gozando de su largamente esperada reunión, pusieron los obsequios de su amor en una bolsa. Después se sentaron a la mesa, comieron y charlaron durante largo rato.

Más tarde se acostaron con el ánimo de levantarse y vivir la mañana siguiente con alegría y gratitud. Pero, ¡ay!, ambos ignoraban que antes de que el sol despuntase en los cielos del Este, sus anteriores lágrimas de gozo se trocarían en lágrimas de aflicción, pues mientras la viuda y su hijo dormían, el mismo ladrón, aquel al cual el príncipe había perdonado, se introdujo dentro de la cabaña buscando algo de valor. Justo cuando había descubierto la bolsa con las monedas, la viuda y su hijo se despertaron y le descubrieron. Pensando sólo en escapar con la bolsa, el ladrón les atacó con un afilado cuchillo. ¡Trágica escena! El hijo cayó muerto al suelo, en un charco de sangre. La pobre viuda apenas prestó atención a sus propias heridas. Gritó pidiendo ayuda hasta que se desmayó cayendo sobre el cuerpo de su hijo querido. Los vecinos acudieron corriendo para descubrir, perplejos y asombrados, al hijo muerto en el suelo y

a la madre sin sentido yaciendo encima de él.

Por la mañana, la viuda se recuperó un poco de su desfallecimiento y tres o cuatro mujeres la ayudaron en la procesión funeral, mientras que los vecinos transportaban el ataúd del hijo hasta el cementerio del pueblo. Pero como, ya en la tumba, el ataúd resultaba tan tético, la madre se desmayó de nuevo. Cuando intentaron alzarla, advirtieron que la pobre mujer había exhalado su último suspiro. Muerta por la pena, fue enterrada con su hijo en la misma tumba. Todo el reino se sintió furioso al enterarse de la tragedia y fue ofrecida una generosa recompensa por la captura del culpable. Algunos sospechaban del ladrón, pero nadie tenía prueba alguna. Pasaron unos meses sin que la investigación progresara.

Casi al mismo tiempo llegó el día en que el rey se sintió muy enfermo y el príncipe volvió a palacio para cuidar de su padre. Unos días más tarde, el viejo rey moría y la noticia de su muerte afectó profundamente al pueblo. Después de los días de duelo público, el príncipe sucedió a su padre y fue coronado rey. En el día de su coronación, multitud de gentes acudieron desde todos los confines del reino. Muchos estaban asombrados al reconocer en el príncipe al hombre que había vivido entre ellos como un comerciante. Durante el reinado del nuevo soberano, todo el pueblo prosperó y el país entero progresó porque el rey conocía bien a sus gentes. Sabía por experiencia propia cómo tratar con ellos y cómo mejorar su condición.

Finalmente llegó el tiempo en que la perversidad debe recoger su cosecha de maldades. Un día, el ladrón estaba bebiendo y divirtiéndose en una taberna. Bebió más de la cuenta y pronto estuvo absolutamente borracho. Empezó a hablar estúpidamente y, sin darse cuenta de lo que estaba diciendo, confesó sus culpas: «Yo maté al hijo de la viuda y llevo con su dinero una vida regalada. Ahora desafío a cualquier hombre que se atreva a atraparme». Apenas había acabado de hablar, fue detenido y metido en la cárcel. Luego, cuando recuperó la conciencia, lamentó su estupidez e, inútilmente, intentó varias estratagemas para escapar a su destino.

Al día siguiente compareció ante la justicia, pero, vista la gravedad del delito, el juez remitió el caso al rey. Tan pronto el ladrón vio al rey, palideció como un fantasma. Supo que sería inútil tratar de hablar de cualquier otra cosa, pues reconocía en el rey al comerciante que se había apiadado de él. El rey le preguntó: «¿Me reconoces?» «Sí, majestad», respondió el ladrón. Después el rey le preguntó: «¿Deseas defenderte a ti mismo?» «No, no, majestad», se apresuró a decir el ladrón. El rey añadió: «Mira, yo te amonesté repetidamente, hace unos años, y te perdoné. Te di tiempo suficiente para que te reformaras y te convirtieras en un ciudadano respetuoso de la ley. Pero no me has escuchado. Has malgastado tus preciosas oportunidades y ahora es tu propio pecado quien te ha delatado. No solamente has revelado tu crimen sino que tus mismas palabras se vuelven contra ti. Con tu propio crimen has escrito tu propio destino». El ladrón fue conducido fuera de la presencia del rey, y ejecutado.

De la misma forma, nosotros seremos juzgados el último día, cuando Dios juzgue a los vivos y a los muertos. El Maestro vivió en la tierra como Hijo del Hombre. Nos conoció muy bien, a cada uno de nosotros. Nos dijo, a todos nosotros: «¡Es la hora del perdón! ¡Hoy es el día de la salvación!» Si somos indiferentes a una salvación tan grande como la que ahora nos ofrecen, nuestros pecados nos convertirán en verdaderos convictos y nos conducirán a la muerte.

DYVA VILEENAM • LA UNIDAD CON DIOS

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, tus enseñanzas prometen la liberación de las ligaduras que nos atan a este mundo. Por favor, dime más cosas sobre esta liberación espiritual.

SADHU: Son muchos los que se admiran ante la ingenuidad humana y su capacidad para captar el poder del relámpago, del viento, de la luz y de todas las otras miríadas de fuerzas de la naturaleza. Vencer las pasiones y las seducciones de este mundo y conseguir el dominio de uno mismo, es en verdad un gran logro. Llevando una vida de oración, recibimos de Dios el regalo de morar en el reino de lo espiritual aunque sigamos permaneciendo en este mundo material. Si vivimos en la plegaria, no hay fuerza ni mal ni tentación que pueda vencernos. Permanecemos en segura comunión con Dios sin temor alguno. Si abandonamos el regalo de la plegaria, nos convertimos en una especie de animales domesticados, incapaces de reconocer nuestra propia imperfección, nuestra relación con Dios o nuestra responsabilidad ante nuestro prójimo.

Una vez el Maestro pidió a tres de sus seguidores que le acompañaran a una montaña. Allí experimentaron el reino espiritual con tal intensidad que, durante unos breves momentos, vieron una parte de la divina gloria del Maestro. Estaban tan cautivados por vislumbrar lo divino que desearon consagrar aquel lugar y quedarse allí. ¡Y cuánto más prodigioso será para nosotros, no ya la maravillosa contemplación de un instante, sino entrar plenamente en el reino espiritual y contemplar la eternamente luminosa majestad de Dios!

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Pero no está Dios en todas partes? ¿No podemos sentir la experiencia de Dios si estamos en comunión con la naturaleza y el mundo que nos rodea?

SADHU: El agua y el petróleo vienen de la tierra. Y a pesar de que en algunos aspectos son parecidos, son opuestos en su naturaleza y en su propósito. Uno de ellos extingue el fuego, el otro da combustible al fuego. De modo parecido,

el mundo y sus tesoros son creaciones de Dios junto con el alma y la sed de encontrar la verdad espiritual. Pero si intentamos saciar la sed de nuestra alma con la riqueza y el orgullo y los honores de este mundo, es como intentar extinguir el fuego con el petróleo. El alma sólo halla paz y contento en el Dios que la creó junto con sus vehemencias. Cuando nos volvemos hacia el divino Maestro, recibimos agua que satisface a nuestra alma. El agua es un manantial de vida espiritual que surge de lo más profundo de nosotros.

Es inútil buscar paz en las cosas de este mundo. Paz y satisfacción no se encuentran aquí. Es como el niño que encuentra una cebolla y la va pelando, hoja tras hoja, esperando encontrar un fruto dentro. Cuando ha quitado cada una de las capas internas, nada encuentra. De igual modo la existencia física y todo cuanto ella contiene, está vacía, hueca, hasta que encontramos la verdadera fuente de paz. El agua de la vida no puede contenerse en tanques terrestres, pero aquellos que se acerquen al Altísimo con corazón puro, hallarán la respuesta.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Está usted diciendo que este mundo material es absolutamente malvado?

SADHU: Debemos vivir en este mundo. Y podemos hacerlo sin perder nuestra verdadera naturaleza espiritual. Las cosas de este mundo no necesariamente nos dañan. En realidad, pueden ayudarnos a crecer espiritualmente. Pero esto sólo es posible si dirigimos continuamente nuestros corazones hacia el sol de la rectitud.

A veces nos metemos en un lugar mugriento, polucionado, y encontramos flores deslumbrantes que exhalan una dulce fragancia que mata el hedor que las rodea. Estas plantas se vuelven hacia el sol y reciben de la luz la sustancia de su vida. La inmundicia no las daña sino que en realidad las nutre y las cubre de mantillo para que puedan vivir mejor. Algo similar ocurre cuando oramos y volvemos nuestros corazones hacia el sol de la totalidad, hacia el sol de la unidad. Recibimos vida que nos da luz y calor para que nuestro florecimiento

espiritual exhale una delicada fragancia. Flores delicadas en cuyo interior se engendran frutos imperecederos.

Cuando descuidamos nuestra vida espiritual, las cosas materiales que se nos ofrecen para nuestro sostén se convierten en una ponzoñosa maldición. El sol proporciona luz y calor para que las plantas puedan crecer y florecer, pero el mismo sol marchita y destruye la planta si sus raíces están un tiempo sin agua. De la misma forma, el aire es una fuente de vida y de fuerza, pero también su efecto catalizador las deteriora y pudre. Por ello debemos orar y estar atentos para quedar arraigados en la vida y no en la muerte.

Sabemos bien que no podemos vivir sin agua. Pero mientras que necesitamos y gastamos agua, debemos también cuidar de que no se escurra y resbalamos en ella. Del mismo modo, necesitamos las cosas del mundo material, pero debemos usarlas con precaución. Dios creó todo lo que hay sobre la tierra para que el hombre lo utilice. Pero no debemos sumergirnos en ello o se nos ahogará el aliento de la plegaria y moriremos.

EL HOMBRE QUE BUSCA: No puedo captar el significado de vivir en el mundo sin que nosotros nos sumerjamos en él. ¿Puede aclararme esta cuestión?

SADHU: Piense en el barco. Su medio es el agua, pero el agua no puede meterse dentro de él, pues sería catastrófico. Igualmente, es correcto y digno que vivamos en este mundo, y si estamos encima de la superficie, que podamos arribar al seguro puerto de la vida y ayudar también a los demás a alcanzarlo. Pero sería la muerte si el mundo penetrara en nuestros corazones. El ser espiritual nos mantiene el corazón libre para Aquél que lo ha creado.

Hay criaturas acuáticas que nadan en el agua, en constante contacto con ella, pero cuando alzan el vuelo sus plumas ya no tocan el agua. Otro tanto nos ocurre a nosotros con la plegaria: vivimos en constante contacto con el mundo material, pero cuando nos alzamos mediante la plegaria nuestros espíritus ascienden a la beatitud sin tacha ni pecado.

Las criaturas marinas viven toda su vida en agua salada. Sin embargo, cu-

ando probamos su carne, notamos que no es salada. Lo mismo ocurre con nosotros. Si llevamos una vida activa de oración, si nos dirigimos constantemente hacia la fuente de toda vida, permaneceremos a salvo de la corrupta influencia del mundo.

Igual que las abejas sorben el jugo dulce de las flores y lo transforman en miel sin alterar ni su color ni su fragancia, nosotros sorbemos con la plegaria los gozos y beneficios de toda la creación. Así como las abejas extraen la miel de flores diversas y de lugares diversos, así nosotros extraemos pensamientos y experiencias de cada una de las partes de la creación y, en comunión con Dios, las guardamos como miel de verdad en nuestros corazones. Luego, con infinita paz de espíritu, saboreamos esa miel donde quiera que estemos.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Dado que nuestras almas están confinadas dentro de nuestros cuerpos materiales, ¿cómo podremos escapar alguna vez de la corrupta influencia del mundo material?

SADHU: La salada agua del mar se evapora por el calor del sol y asciende al cielo. Allí se concentra y forma nubes que, llegado el momento, se rompen y el agua cae de nuevo sobre la tierra, ahora en forma de lluvia dulce y refrescante. Alzándose desde el mar, ha dejado tras ella toda traza de sal e impurezas. Es lo mismo que sucede con nuestros pensamientos y deseos a través de la plegaria. El sol de la virtud ilumina nuestras almas y las capacita para que nuestros pensamientos y deseos se alcen hacia el reino espiritual libres de toda impureza. Luego vuelven a nosotros trayéndonos frescor e innumerables bendiciones.

Algunas plantas cierran sus hojas y flores al llegar el crepúsculo, abriéndolas de nuevo al percibir la suave caricia del sol matinal. Utilizan las horas solares para asimilar luz y calor, lo cual las sostiene para soportar el frío y la oscuridad de la noche. De la misma forma, si nosotros abrimos nuestros corazones a la luz de la virtud, quedamos a salvo de los peligros y dificultades a que nos somete la oscuridad, y nos desarrollamos en la plenitud del Maestro.

Algunas criaturas poseen una estructura tan delicada que hasta la salpica-

dura de una ola las haría añicos. Son tan sensitivas a la atmósfera de su alrededor que, si se produjera cualquier cambio en el tiempo, se sumergirían en las profundidades del océano para escapar del alcance de tormentas y olas. Nosotros también somos sensibles a la atmósfera que nos rodea. Cuando la tormenta del mal nos amenaza con apartarnos de la rectitud, debemos sumergirnos profundamente en el océano del amor de Dios, en cuyo seno reina eternamente la calma.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Es pues verdad, sadhu bienamado, que uno puede experimentar una protección milagrosa a través de la plegaria?

SADHU: He sufrido muchos peligros durante mis viajes, a menudo porque personas intolerantes deseaban encontrar la forma de lastimarme. Una vez, en Kailas, pregunté por la dirección de unos amigos. La gente del pueblo, deliberadamente, me dirigió hacia el peligroso camino de la jungla. Conforme se hacía de noche, vi un río que me cerraba el paso. Más allá no se veía ninguna aldea. Casi ya en plena oscuridad, podía oír los sonidos de los animales salvajes moviéndose cerca de mí. Como no había forma de cruzar el río, me senté y oré, pensando que tal vez habría llegado mi hora. Cuando levanté la mirada, vi a un hombre en la otra orilla, junto a un fuego. El hombre me dijo: «¡No se asuste! Voy a ir en su ayuda». Yo estaba atónito viéndole caminar decidido sobre las rápidas aguas del río. Llegó a mi orilla y dijo: «Súbase a mis hombros y no tenga miedo». Y tan fácilmente como antes, conmigo a sus hombros, caminó sobre la corriente de las aguas y cruzamos el río. Me soltó en la orilla y caminé a su lado hasta que de pronto vi que el hombre y el fuego habían desaparecido.

Otra tarde, una multitud enfurecida, armada con palos, trataba de echarme de un pueblo. Me empujaron hacia la selva hasta que una roca me cortó el paso y no pude ir más allá. Allí, se agazaparon entre las piedras a la espera de atacarme y golpearme hasta morir. Pero nada sucedió. Después de permanecer quieto un rato, miré a mí alrededor y no vi señal de mis enemigos. Encendí fuego, limpié mis heridas y me eché a dormir en aquel mismo lugar. Por la

mañana, desperté y vi a varios hombres mirándome desde lejos, atemorizados. Se acercaron con precaución y me ofrecieron alimento y bebida, preguntándome: «Sadhu-ji, ¿quiénes eran aquellos hombres vestidos de ropas relucientes que permanecieron a tu alrededor toda la noche?»

Una vez, en una ciudad del Tibet llamada Rasar, fui conducido ante el Lama y acusado de herejía porque había expuesto libremente las obras del Maestro para librarnos del pecado. Una turba furiosa me llevó hasta el otro extremo de la ciudad, me arrancaron todas mis ropas y me arrojaron dentro de un pozo seco, cuya boca cerraron con una tapa. Me había roto el brazo en la caída, pero peor que el dolor era el olor de aquel agujero. Muchos otros habían sufrido el mismo destino y, cuando caí en aquel lugar oscuro al que había sido arrojado, pude sentir huesos y carne corrupta. El olor era de lo más hediondo. Me sentía en los infiernos. Y entonces me asaltó la duda. «¿Dónde está ahora el Maestro? ¿Por qué ha permitido que suceda esto?» Pero, al mismo tiempo, noté una sensación de paz, la certeza de que el Maestro estaba allí conmigo.

No sé cuánto tiempo estuve en el pozo, tal vez dos o tres días, cuando oí cómo chirriaba sobre mi cabeza. Alguien estaba moviendo la tapa que cerraba el pozo. Descendió una cuerda y una voz me ordenó que me agarrara fuertemente a ella. Hice acopio de las escasas fuerzas que me quedaban y fui izado. Caí en la tierra, respirando el aire fresco, y pude oír cómo el pozo era cerrado de nuevo. Cuando miré a mí alrededor, no había nadie. No sabía quién me había rescatado, pero en mi corazón tenía la seguridad de que había sido el Maestro.

Al día siguiente, fui de nuevo al pueblo y me puse a enseñar a aquellos que quisieron escucharme. Algunos me detuvieron y me condujeron de nuevo ante el Lama, al cual expliqué la historia de mi rescate. El lama estaba muy furioso y ordenó que descubrieran al hombre que había cogido la llave de la tapa del pozo. Pero cuando vieron que la llave seguía colgada en su sitio, el Lama enmudeció. Luego, me ordenó que saliera inmediatamente del pueblo, porque temía que mi Maestro le castigara a él y a toda su gente.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Me resulta difícil creer que cosas tan sorprendentes sean posibles. ¿Cómo podemos hacer que, mediante la plegaria, Dios altere el curso natural de los acontecimientos?

SADHU: La mente científica no puede entender cómo el autor de la vida tiene también en sus manos las leyes de la naturaleza que él mismo ha creado. Porque es Dios quien establece las leyes de la naturaleza. Y por ello sería una locura sugerir que los milagros violan las leyes de la naturaleza. En verdad hay leyes superiores de las cuales conocemos muy poco o nada. A través de la plegaria, gradualmente podemos conocer cuáles son esas leyes superiores. Por ello nosotros entendemos que los milagros no solamente son posibles sino también naturales.

En lugares muy fríos, es habitual que la superficie del río se hiele mientras que, por debajo de ella, el agua sigue corriendo. Yo he cruzado muchas veces ríos helados, con toda seguridad y fácilmente. Pero si viajo por regiones tropicales y le cuento a la gente que hay lugares donde los ríos tienen puentes de agua sólida y que se puede cruzar de orilla a orilla sin problema alguno, como yo he hecho personalmente tantas veces, moverán la cabeza con conmiseración y me dirán que tal cosa es imposible. Del mismo modo, aquellos cuya vida la basan únicamente en los sentidos y en la razón, están completamente ignorantes respecto a la vida espiritual y en cuanto a conocer qué cosas resultan posibles mediante la plegaria.

Dios es espíritu y los caminos de Dios son espirituales. Las cosas espirituales no pueden ser captadas por la razón humana. Solamente pueden ser vistas con los ojos del espíritu. El mayor milagro es nacer en espíritu. Ésta es la experiencia de la paz verdadera. Una vez, personalmente, tuve la experiencia del Maestro pasando a través del tremendo ciclo sin fin del pecado y de la muerte para librarnos a nosotros los hombres de nuestra naturaleza pecadora: una experiencia que nos revela que todas las cosas son posibles con Dios. Una vez hemos experimentado el mayor de los milagros, todos los otros milagros nos parecen en comparación pequeños. Que una pobre alma, agitada, impura

y caída, pueda recibir de Dios el perdón y saboree la paz del Maestro, éste sí es el milagro de los milagros. Quien quiera que crea en este milagro, creará en todos los milagros.

Agitada por el miedo, la rabia o la locura, una persona puede acometer una proeza tan extraordinaria que su acción —como romper una gruesa cadena de acero— parece situarse más allá de toda fuerza humana. En realidad, esta fuerza misteriosa está latente en todo cuerpo humano, pero sólo se manifiesta cuando toda la energía y concentración de la mente y el cuerpo se canalizan hacia un único propósito. En la meditación, nuestra fuerza espiritual se canaliza de forma similar. El poder divino fluye a través de nosotros, rompiendo las cadenas del pecado y espoleándonos para acometer las más maravillosas proezas espirituales. ¡Pero, cuidado! No olvidemos el poder de los cañones y de las bombas que siembran destrucción y devastación. Los poderes del espíritu también pueden ser utilizados para malvados propósitos.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Dios nos concede verdaderamente aquello por lo cual oramos?

SADHU: Algunas personas creen que nosotros alteramos los planes de Dios mediante la plegaria, pero en realidad no son sus planes sino nuestros corazones los que cambian. El insatisfecho potencial de nuestra alma se esfuerza por llegar más allá de las limitaciones que impone esta imperfecta vida. Cuando un pájaro pone sus huevos y los anida y les da calor, dentro de ellos sólo hay un líquido amorfo. Pero mientras la madre sigue cubriéndolos con su cuerpo, el líquido que hay dentro de los huevos se transforma. Se solidifica y adquiere la forma de la madre. Del mismo modo, nuestras plegarias no hacen cambiar a Dios. Más bien, somos nosotros quienes nos transformamos en la gloria y en la imagen de Dios.

No rezamos para informar a Dios de nuestras necesidades. Rezamos con la finalidad de abrir nuestros corazones a Aquél que nos da todas las bendiciones. Cuando el Maestro al morir dejó a sus discípulos, no vertió el Espíritu dentro

de ellos aquel mismo día. Sus discípulos necesitaban un período de especial preparación interior antes de que estuvieran a punto de recibir semejante regalo. Si nosotros obtuviéramos la bendición de Dios sin esperarla y sin estar adecuadamente preparados para recibirla, no sabríamos apreciar ni el don ni la espera. Fue lo que le ocurrió a Saúl, el primer rey de Israel. No buscaba servir a Dios, solamente le preocupaba no perder sus asnos. Así, cuando recibió el espíritu de Dios y fue ungido como rey, interiormente no estaba preparado. Y a causa de ello, pronto perdió la unción y el reino.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Cuál es, pues, la plegaria verdadera?

SADHU: Cuando vemos una grulla o una garza inmóviles en la orilla de un lago o de un estanque, podemos pensar que ambas meditan sobre la belleza del agua. ¡Pero no es así! Están quietas allí, sin moverse durante horas, pero tan pronto ven una rana o un pececillo, se abalanzan y lo devoran con gula. Mucha gente tiene una impresión parecida de la plegaria y de la meditación. Asentados en la orilla del ilimitado océano que es el amor de Dios, realmente no piensan en su majestad o en la divina gracia que nos limpia del pecado y satisface el hambre del alma. Así que están consumidos por el pensamiento de recibir algo para ellos mismos, algún bocado que gratifique su autoindulgencia. Habiendo visitado la fuente de la verdadera paz y la bendición, se equivocan al apreciarla y por tanto se dan a sí mismos efímeros placeres.

La esencia de la plegaria no consiste en pedir cosas, sino en abrir el corazón a Dios. Rezar es el continuo abandono en Dios. Es lo que desea *el mismo* Dios, el dador de vida. Orar es la comunión con Dios, recibirle a Él, que es el dispensador de todos los buenos dones. Orar es vivir una vida de amistad en Él. Es respirar y vivir en Dios.

Un niño pequeño corrió hacia su madre exclamando: «¡Mamá, mamá!» El niño, no necesariamente estaba pidiendo algo en particular. Sólo deseaba estar cerca de su madre, sentarse en su regazo o seguirla a través de la casa. El niño buscaba por puro placer el estar cerca de ella, hablarle, oír su voz. Esto

es lo que le hacía feliz. Es el mismo placer que encuentran aquellos que son verdaderamente hijos de Dios. No les preocupa el hecho de pedir bendiciones espirituales para ellos mismos. Sólo desean sentarse a los pies del Maestro. Sólo con vivir a su lado, palpándole, se sienten supremamente felices.

El clima determina la forma, el color y el crecimiento de las plantas y las flores. En la jungla, a menudo vemos insectos que han adquirido la forma y el color de las verdes hojas con las que se alimentan. En las nieves del Norte, la piel del oso polar tiene la misma blancura de la nieve. El tigre de Bengala luce franjas en la piel, como los macizos de juncos donde vive. Del mismo modo, nuestro medio espiritual nos afecta a nosotros mismos. Si permanecemos en comunión con Dios, nuestros hábitos y disposición, e incluso nuestra apariencia, cambian totalmente. Rezar significa que hablamos con Dios, que estamos en comunión con Él y que somos transformados a su imagen y semejanza: comenzamos a adquirir una naturaleza gloriosa e incorruptible.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿El objetivo de la plegaria es perder nuestra individualidad y disolvernó en la identidad con Dios?

SADHU: Nosotros hemos sido creados a imagen de Dios. Nuestro destino es ser restaurados en aquella imagen. Él viene a nosotros a través del Maestro para restaurarnos en la divina naturaleza de Dios. De esta forma el Maestro nos transforma en llamas de fuego espiritual. Convertirse en fuego espiritual significa llegar a ser como Dios. Hasta la más pequeña llama de fuego es fuego y posee todas las cualidades del fuego. Pero esto no significa que nuestro espíritu sea el Espíritu de Dios, como algunos panteístas y filósofos suponen. Nosotros no somos fragmentos del Espíritu de Dios. Nosotros no somos Dios. Dios es distinto de nosotros, pero nuestras almas sólo pueden hallar la paz en la identificación con Dios.

Una esponja está en el agua y el agua empapa la esponja, pero el agua no es la esponja ni la esponja es el agua. De la misma forma, cuando yo mismo me sumerjo en Dios, Dios llena mi corazón y estoy en completa unión con Dios,

pero yo no soy Dios y Dios no es yo. Somos distintos aunque no separados.

Las personas son muy diferentes unas de otras —en carácter, en temperamento, en capacidades—, aunque todas fuimos creadas a imagen de Dios. Realmente, si todas las flores del mundo fueran del mismo color y del mismo perfume, la faz de la tierra perdería su encanto. Cuando los rayos del sol pasan a través de un cristal coloreado, el color no cambia pero refleja y revela sus variados colores, su verdadero encanto. Asimismo el sol de la rectitud resplandece a través de los variados caracteres de hombres y mujeres espirituales, revelando la ilimitada gloria y amor de Dios.

DHYANAM • CONTEMPLACIÓN

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, algunos dicen que para encontrar a Dios debemos cumplir con devoción especial la práctica de la contemplación. ¿Qué significa realmente contemplación?

SADHU: La maravillosa paz y la calma que experimentamos en la plegaria no viene de nuestros propios pensamientos o imaginaciones, sino de la presencia de Dios en nuestras almas. El vapor que se alza de un pequeño estanque no es suficiente para formar grandes nubes de lluvia y empapar la tierra sedienta. Las grandes nubes sólo pueden venir del imponente océano. La paz no puede ser hallada en el subconsciente de nuestras mentes o en nuestra propia concentración, sino solamente en el ilimitado océano que es el amor de Dios.

Dios es amor y nos da de buen grado cuanto necesitamos, tanto respecto a nuestra vida material como respecto a nuestra existencia espiritual. Pero como las bendiciones del Espíritu de Dios nos son graciosamente otorgadas, a menudo las consideramos como concedidas. Si fuéramos capaces de abrir nuestros corazones y losuviéramos receptivos, podríamos ver a Dios y oír su voz en todo tiempo y en todo lugar. Pero hemos perdido esta conciencia. A través de la plegaria aprendemos a apreciar los dones espirituales, dones que son al menos tan importantes como para la vida lo son el aire y el agua, el calor y la luz. Aquellos que se centran alocadamente en este mundo material, malgastan la bendición espiritual que se les ofrece, mientras que aquellos otros que centran su vida en la plegaria obtienen la verdadera sabiduría.

Los delfines pueden vivir en las aguas más profundas sin peligro porque regularmente ascienden a la superficie para obtener el aire que necesitan. Nosotros, igualmente, debemos alzarnos en la plegaria para entrar en el reino espiritual. La plegaria es respirar en el Espíritu de Dios, dador de vida y de paz, incluso en este mundo.

El niño recién nacido no necesita que le enseñen a tragar, pues instintivamente se vuelve hacia el pecho de su madre para nutrirse. Por su parte,

la madre retiene de momento los buenos dones que tiene para su hijo, pues el niño todavía no puede recibir la leche materna sin esfuerzo. De la misma manera, nosotros volvemos al seno nutricional de Dios en la plegaria para recibir la leche espiritual que alimenta nuestras almas.

Las puntas de las raíces de los árboles son tan receptivas y sensitivas que inmediatamente se apartan de los lugares donde no hay nutrientes y se extienden hacia donde puedan hallar el agua y la humedad que necesitan para vivir. He visto árboles frutales, bien verdes, crecer en medio de un árido y reseco desierto. Estos árboles sobreviven porque sus raíces, haciéndose más profundas, descubren ocultas corrientes de aguas subterráneas.

Alguna gente vive en medio del mal y la miseria pero siguen irradiando gozo y fructifican. A través de la plegaria, las ocultas raíces de su fe alcanzan las capas profundas donde fluye la fuente del agua de la vida. Extraen de ella la vida y energía que sostienen sus frutos espirituales. Si llevamos una vida activa en la plegaria, adquiriremos también el discernimiento espiritual que nos llevará más allá de la ilusión y del mal hasta hacernos encontrar lo que verdaderamente necesitamos para vivir.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Habla usted de discernimiento. ¿Puede explicarnos más ampliamente qué quiere usted significar?

SADHU: La conciencia humana es muy sutil y sensitiva. Nosotros podemos recibir impresiones desde lo oculto, desde el mundo espiritual que se expresa en ideas y conceptos que nos resultan familiares. Poetas, artistas y músicos poseen la experiencia de esas impresiones en forma de ricos colores, de hermosas melodías o de otras maravillosas percepciones que se expresan en sus respectivas obras de arte. Algunas personas tienen experiencias semejantes a través de los sueños, otras a través de visiones, y algunas durante la meditación en vigilia. En la meditación, la luz que fluye de Dios ilumina y guía nuestra conciencia más profunda. Discernir el poder de la plegaria nos capacita para, entre el material de que disponemos, distinguir lo provechoso de lo inútil. Si empleamos más

tiempo en la meditación, podemos reconocer, cada vez más nítida y claramente, la relación existente entre el mundo visible y el mundo invisible.

Ni un solo pensamiento, palabra o hecho, se extingue jamás. Permanecen por siempre impresos en nuestras almas y anotados en el libro de la vida. La meditación nos provee de la atmósfera que nos permite crecer en el temor y en el amor de Dios, de forma que aquellas impresiones sean refinadas para contribuir a nuestra bendición espiritual. En la meditación, queda expuesta la verdadera condición del alma y Dios puede revelarnos nuestros fallos para sanarnos y bendecirnos.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Por qué nadie está dispuesto a abrazar esta verdad?

SADHU: Una vez, una mujer viajaba a lo largo de un camino de montaña llevando a su hijo en brazos. El niño vio una hermosa flor y, lanzándose hacia delante inesperadamente, cayó de los brazos de su madre y se precipitó contra las rocas del suelo, matándose. ¿No está claro que la vida y la seguridad deberían hallarse en los brazos de la madre y no en unas flores fascinantes? Hay muchos que buscan la verdad de la misma manera. Poniendo la vista en un fugaz y fascinante placer, olvidan el nutriente espiritual que Dios nos brinda; un ofrecimiento que nos llega con un amor tan grande como ninguna madre puede darnos: ofrecimientos que, si no son recibidos, saltan al mundo y se pierden.

Si no cuidamos de que un árbol o un arbusto den buenos frutos o hermosas flores, crecerán silvestres y no darán nada hermoso o útil. Lo mismo ocurre con los hombres respecto a la fe: si descuidamos la oración y permitimos que nuestros espíritus se adormezcan, nos marchitaremos, caeremos en nuestros malos hábitos, y moriremos.

Una vez, diez damas de honor fueron en busca del novio para llevarlo en procesión nupcial. Cinco de ellas eran previsoras y se llevaron petróleo de más para sus lámparas, no fuera caso de que se retrasara el novio y las sorprendiera la noche. Las otras, descuidadas, no se llevaron más que las lámparas. El novio se retrasó tanto que las damas se pusieron a dormir mientras las lámparas seguían

ardiendo. A media noche, las despertaron las voces del novio, que llegaba. Una vez todas en pie, aprestaron sus lámparas y se dispusieron a iniciar la procesión, pero las descuidadas se dieron cuenta entonces de que el petróleo de sus lámparas se había agotado. Les pidieron a las que tenían, pero éstas sabían que no tenían suficiente petróleo para mantener las diez lámparas encendidas durante todo el camino hasta llegar a la sala del banquete, así que les dijeron a las otras que fueran a despertar a un tendero y se procuraran su propio petróleo. Intentaron desesperadamente encontrar a alguien que les vendiera un poco de combustible, pero finalmente acabaron llegando a la sala cuando la fiesta de bodas ya había comenzado. Estaban las puertas cerradas y las pobres descuidadas se perdieron tanto la fiesta como la procesión. Sigamos, pues, el ejemplo de las damas de honor previsoras y rellenemos las vasijas de nuestros corazones con el petróleo del Espíritu. De lo contrario, no tendremos más que penas y desesperación.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Cuál es el petróleo del espíritu y cómo puedo obtenerlo?

SADHU: Para obtener la bendición de una vida espiritual, debemos estar dispuestos a creer y a obedecer sin dudas ni preguntas. Una vez el Maestro estaba en un templo donde los fieles se reunían para el culto. Entre la gente había un hombre con una mano lisiada. El Maestro le llamó: «Ponte en pie y ven aquí.» El hombre, delante de toda la gente, se puso en pie y el Maestro le dijo: «¡Extiende la mano!» Sin vacilar, el hombre tendió la mano. En aquel mismo instante se había curado.

Imaginemos que aquel hombre le hubiera dicho: «Si eres un profeta, debes saber que mi mano está lisiada y que no puedo alzarla. Primero cúramela y luego podré extenderla». O también podría haberse sentido avergonzado al tener que mostrar la mano delante de la gente y, humillado, se hubiese marchado precipitadamente. Semejantes reacciones hubieran sido razonables y comprensibles, pero en ambos casos la mano del hombre no se habría curado. Todo

aquel que desee encontrar a Dios debe ser obediente. Debemos alzar en la plegaria nuestras manos ajadas y marchitas y así recibiremos completa curación y nueva vida en la cual todas nuestras necesidades y deseos serán satisfechos.

Una vez, una mujer que había cometido adulterio, fue llevada por una multitud enfurecida delante del Maestro. La ley, respecto a aquel delito, prescribía que la acusada fuese lapidada hasta morir. En lugar de dirigirse a la muchedumbre, el Maestro escribió tranquilamente con el dedo en la arena. Finalmente, alzó la cabeza, miró a la multitud y dijo: «Aquel que esté limpio de pecado, que tire la primera piedra». Dicho esto, continuó escribiendo tranquilamente en la arena. De uno en uno, jóvenes y viejos, la multitud se fue dispersando hasta que sólo quedó allí la acusada. El maestro alzó de nuevo la cabeza y habló a la mujer: «Si ninguna de esas personas te acusa, yo tampoco lo hago. Ve, pues, y lleva una vida que agrade a Dios».

El Maestro había escrito tranquilamente sobre la tierra los pecados y faltas de cada uno de aquellos que formaban la multitud y estaban dispuestos a condenar a la mujer, esperando que cada cual sintiera vergüenza y humildad. Con el mismo dedo, el Maestro señala las secretas llagas de pecado en cada persona que busca la verdad. Luego, con el mismo dedo, cura nuestras llagas. De igual modo que el niño que empieza a caminar se agarra al dedo del padre para no caer, nosotros también debemos asirnos al dedo del Maestro y recorrer seguros el camino de la paz espiritual.

Conforme la tierra se mueve, experimentamos los cambios del día a la noche, del invierno al verano. Pero con el sol, hay un mediodía perpetuo y un verano perpetuo. Del mismo modo, el sol de la rectitud es el mismo ayer, hoy y siempre. Si experimentamos la exuberancia del gozo o la penumbra de la desesperación, es sólo a causa de nuestra cambiante posición respecto a Dios. Si abrimos nuestros corazones con la plegaria y la meditación, el calor de los rayos del sol está siempre ahí para sanar las heridas de nuestros pecados y aportarnos la perfecta salud espiritual.

TRES BUSCADORES

Se cuenta la historia de un hombre cabal que encontró a tres peregrinos en la carretera. El primero, pálido, macilento, se arrastraba temeroso. El hombre prudente le preguntó: «¿Cómo es que se encuentra en tan penoso estado?» Con voz entrecortada, el hombre respondió: «Todo lo que tengo es que me acosa lo que he hecho mal. Temo las consecuencias del mal que he hecho, a sabiendas o no. Estoy asustado porque sufriré el castigo del *naraka*, eso a lo que los hombres llaman infierno». El hombre cabal le habló así: «Es triste y penoso que usted no pueda volver su corazón y sus pensamientos hacia Dios, que es la sola fuente de toda sabiduría. De ahí que viva usted sintiendo continuamente el miedo al infierno. Y si tiene tanto miedo su peregrinaje no es genuino. Trata de ofrecer su peregrinaje como un soborno a Dios, creyendo así que no será castigado por sus pecados. Le aseguro que nunca encontrará la paz a lo largo de este camino».

El segundo peregrino estaba consumido por las preocupaciones y las dudas. El hombre cabal le preguntó: «¿Por qué parece usted tan triste y preocupado?» Respondió el peregrino: «Deseo desesperadamente encontrar la bendición y la paz del reino de los cielos, pero temo no poder encontrarlas». El hombre cabal le reprendió con acritud: «Es vergonzoso que usted pueda pensar así del poder creativo de Dios y de su amor. Esto es lo único que debería llenar

su corazón de emoción y agradecimiento. Y, en cambio, se consume con su propio deseo de paz y gozo. Solamente reza para conseguir el cumplimiento de sus propios deseos. Tal plegaria carece de valor alguno y con ella nunca encontrará la paz».

Luego el hombre sensato se dirigió hacia el tercer peregrino, el cual irradiaba gozo y contento: «Amigo, ¿cuál es el secreto de su paz y alegría?», le preguntó. El peregrino le respondió: «Mi corazón está lleno de gozo y todo mi ser está lleno de agradecimiento hacia Dios porque me ha abierto el camino que me permite conocer su presencia y encontrarme en comunión con Él. Puede abrir mi corazón más y más, para que pueda amarle y servirle con toda mi alma, corazón y fuerzas, tanto que pueda adorarle sólo por su amor».

SEVA • SERVICIO

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, dice usted que la plegaria y la contemplación son convincentes. ¿Debemos pues abandonar las distracciones del mundo y vivir como un ermitaño?

SADHU: Es cierto que la plegaria es el medio por el cual tenemos la experiencia de la realidad de Dios. Pero una vez Dios ha devenido una realidad viva para nosotros, simplemente debemos amar a los hombres que nos siguen. No podemos hacer lo contrario. Una vez hemos recibido la nueva vida del Espíritu, empezamos a vivir en amor. Y viviendo en amor nos inclinamos gozosa y naturalmente a servir a los demás. Dios es amor y si nosotros vivimos en unión con Dios, tendremos la fuerza y el vivo deseo de amar a los otros. Servir es una actividad espiritual, el fruto natural del amor. Dios, que es el amor, está siempre sirviendo y cuidando de la creación. Los seres humanos están hechos para ser como Dios y por tanto tampoco deberían cansarse nunca de servir a los demás.

La plegaria sin esfuerzo es tan mala como trabajar sin orar. Una gallina clueca satisface su instinto sentándose en cualquier rincón oscuro, incluso después de que le hayan quitado sus huevos. Lo mismo ocurre con aquellos que se apartan de las tareas de vida y dedican todo su tiempo a la plegaria. Tal vida es tan inútil como la de la gallina que se sienta en un nido vacío.

Recordar que hay una gran diferencia entre aquellos que adoran a Dios sólo con sus labios y aquellos otros que le adoran con sus corazones y sus vidas. Todos, demasiado a menudo, rezan a Dios en nombre del Maestro cuando en realidad no le conocen. Toman el nombre de Dios en sus bocas y en sus labios pero no en sus corazones ni en sus vidas. El Maestro nos guía para reconocer aquello que glorificará a Dios y que beneficiará a los demás. Si nosotros vivimos en el Maestro y el Maestro vive en nosotros, nuestras plegarias sí darán fruto.

Había una vez un hombre servía a su rey con gran fidelidad y coraje, por lo cual gozaba de su favor. Pero el hijo de este hombre llevaba una vida egoísta y corrupta. Y así, cuando el hijo apareció ante el rey pidiéndole un favor en nom-

bre de su padre, el rey le replicó: «No me mientes el nombre de tu padre hasta que primero lles una vida digna y ejemplar. Lleva el honor de tu padre en el corazón, no sólo en tus labios, y luego yo te concederé el honor que me pides.»

Alguien que haya recibido ayuda de otro y se muestre remiso a ofrecer él ayuda a su vez, es un ingrato que no merece recibir ninguna ayuda más. A menos que ofrezcamos todos nuestros dones y capacidades al servicio de Dios, quien nos ha dado vida, hálito y todo cuanto tenemos, no podremos esperar recibir la ayuda espiritual que solamente Dios puede darnos.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Nosotros somos débiles y pecadores, simples mortales. ¿Qué ayuda o servicio podemos rendir a Dios, que es eterno y todopoderoso?

SADHU: Dios no necesita nuestra ayuda. Nuestra verdadera existencia depende de la constante ayuda de Dios. Sin embargo, si nos ofrecemos nosotros mismos en servicio, Dios bendice nuestros esfuerzos y añade su ayuda.

Cuando el Maestro se acercó a la tumba de Lázaro, su poder y su ayuda no le eran precisos para retirar la losa que la cubría. Aquella era una tarea que correspondía a los otros. Una vez obedecieron y quitaron la piedra, sin embargo, el Maestro les dijo que él estaba más allá de todo humano poder y ordenó al muerto que volviera a la vida. Pero había dejado trabajo para los otros, así que le quitaron la mortaja para que Lázaro pudiera moverse con entera libertad.

Es lo mismo que ocurre con aquellos que están espiritualmente muertos. Nosotros podemos apartar la losa de la duda y la ignorancia, pero sólo Dios puede darles el hálito de una nueva vida. Aunque luego puedan acarrear malos hábitos y frecuentar malas compañías, tenemos que continuar con el deber de ayudarles para que puedan salir del atolladero en que están metidos. Para esta tarea, debemos estar con el alma y el corazón siempre en alerta.

Dios a menudo utiliza a las gentes menos dotadas cuando se necesita un gran servicio. ¿Por qué? Porque las gentes que saben de su propia debilidad están enteramente abiertas al poder que Dios ofrece. Cuando el Maestro ali-

mentó a cinco mil personas, no utilizó a sus discípulos. Estaban demasiado llenos de dudas y preocupaciones, deseando sólo que la multitud se marchase y se alimentase por sí sola. Lo que hizo fue dirigirse hacia un chico cuya comida apenas le bastaba para alimentarse él mismo. Su madre le había envuelto algunas tortitas de cebada y un poco de pescado seco, pero estaba deseoso de dar todo cuanto tenía con la plena confianza de que el Maestro pondría el resto. Puede que entre la gente hubiera incluso personas adineradas que llevaran frutos secos y tortas de trigo, pero no estaban dispuestos a dar nada de lo suyo por una simple cuestión de fe. Así que el Maestro alimentó a la multitud con la sencilla comida de un chico campesino.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Llevar una vida activa de plegaria requiere dedicación. Pero yo no veo cómo puede uno hallar la fuerza necesaria para servir a los otros.

SADHU: El gran don del servicio es que él también ayuda al que sirve. Una vez, viajando por el Tíbet, crucé un puerto de alta montaña con mi guía tibetano. El tiempo, repentinamente, se tornó extremadamente frío y mi compañero y yo temimos no poder alcanzar el siguiente pueblo, situado varias millas más allá, y que sucumbiríamos a la helada.

De pronto, descubrimos a un hombre que se había deslizado de la senda y yacía en la nieve. Examinándole de cerca, vimos que aún estaba vivo, aunque tal vez por poco tiempo. «Vamos —le dije a mi compañero—, ayúdeme a intentar llevar a este infortunado a lugar seguro.» Pero mi compañero estaba demasiado preocupado por su propia vida y me respondió: «Si intentamos cargar con este hombre, ninguno de nosotros llegará al pueblo. Nos helaremos todos. Nuestra única esperanza es ir lo más rápidamente posible, y eso es lo que yo intento hacer. Si usted aprecia su vida, vendrá conmigo». Sin una palabra más y sin volver la vista atrás, echó camino abajo.

Yo no podía abandonar al necesitado viajero mientras le quedase un soplo de vida, así que me lo eché al hombro y, como mejor pude, puse la manta

sobre nosotros. Lenta y concienzudamente, emprendí el empinado camino de regreso con mi pesada carga. Pronto empezó a nevar y apenas podía mantenerme dentro del camino con gran dificultad.

Cómo pude recorrerlo, aún no lo sé. Pero justo cuando la luz del día comenzaba a declinar, dejó de nevar y pude ver las casas a unos pocos centenares de metros. Cerca de mí, en el suelo, vi el helado cuerpo de mi guía. Con el pueblo casi al alcance de su voz, había sucumbido al frío mientras el infortunado viajero y yo habíamos llegado sanos y salvos. El ejercicio de cargar con él y el contacto de nuestros cuerpos creó el suficiente calor para que ambos nos salváramos. Ésta es la forma de servir. Nadie puede vivir sin la ayuda de los otros y, ayudando a los demás, recibimos ayuda de nosotros mismos.

Una vez dos mujeres comparecieron ante el sabio rey Salomón. La primera de ellas, dijo: «Majestad, esta mujer y yo vivimos en la misma casa. Yo he dado a luz a un hijo y, a su vez, hace tres días, ella dio a luz a otro niño. Pero la misma noche su hijo murió. Así que, furtivamente, se acercó a mi cama cuando yo dormía, cogió a mi hijo y dejó en su lugar el cuerpo de su hijo muerto. Por la mañana, advertí que el niño que tenía en la cama no era el mío sino el suyo».

En esto, la segunda mujer la interrumpió diciendo que aquello no era verdad. Las dos mujeres se pusieron a discutir en presencia del rey. Salomón las hizo callar y, para asombro de todos los presentes, llamó a uno de los guardias, le ordenó que desenvainara su espada y cortase al niño vivo por la mitad, dando a cada una de las mujeres medio niño. La segunda madre dijo: «Así sea.» Pero la primera mujer, arrojándose a los pies del rey, gritó: «¡No, majestad! Tened piedad y salvad la vida del niño. Prefiero que se lo deis a la otra mujer antes que verle muerto». En aquellas palabras el rey Salomón reconoció el corazón de la verdadera madre y ordenó que el niño le fuera entregado a ella.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sus ejemplos están llenos de esperanza, querido Sadhu, pero yo soy demasiado egoísta y pecador para realizar cualquier servicio.

SADHU: Era una vez un asesino convicto que, en lugar de ser ahorcado, fue enviado a la guerra formando parte de los ejércitos del rey. Resultó gravemente herido, pero puesto que luchó con bravura y honor volvió de la guerra como un héroe. El rey, viendo sus heridas y oyendo los informes de su valor, no sólo le perdonó por su crimen sino que le recompensó generosamente y le otorgó una posición de honor en el reino. Así ocurre también en nuestras vidas espirituales. Si luchamos para salvar las vidas de aquellos que están oprimidos por el peso del pecado y del egoísmo, no solamente hallaremos el perdón sino también el gozo de la felicidad espiritual.

Algunas personas se resisten a servir al prójimo porque dudan de sus propias capacidades. Son como aquellos que se recuperan de una larga enfermedad. Reciben alimentos nutritivos y reposo, ya no están enfermos pero siguen débiles, aletargados, porque no trabajan ni ejercitan sus músculos. Debemos simplemente confiar y llevar a los demás un mensaje de fe y de esperanza. Es inútil que tomemos lecciones de natación a no ser que estemos decididos a meternos en el agua y practicar, primero en aguas apacibles y luego en aguas profundas. De esta forma adquirimos fuerza y mejoramos nuestra técnica. Respecto a ayudar a aquellos que luchan y se hunden en las aguas oscuras de la necesidad interior, debemos aplicar la máxima de la teología: rezar y unión espiritual con Dios.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Por qué compartir nuestras bendiciones espirituales con el prójimo cuando tan a menudo se burla de nosotros y nos ridiculiza?

SADHU: El Maestro dijo: «No te resistas al mal». Érase una vez un devoto cristiano indio que rezaba solo en su casa, cuando irrumpieron tres ladrones dispuestos a llevarse todo lo que pudieran. Cuando el hombre terminó sus plegarias, advirtió que se le habían llevado todos sus bienes, a excepción de una caja sobre la que se había arrodillado para rezar. Esta caja contenía todo su dinero y demás cosas valiosas. Recogió inmediatamente el contenido y corrió tras los ladrones: «¡Esperen, esperen! Han dejado cosas de valor y quizás las

necesiten más que yo.» Cuando los ladrones oyeron esto, creyeron que era una trampa. Pero cuando vieron que no llevaba armas y que estaba solo, se acercaron a él. Y el hombre les dijo: «¿Por qué no me dijeron que necesitan estas cosas? Yo les habría dado gustosamente cuanto necesitan. Ahora, vengan a casa conmigo y veré qué puedo hacer por ustedes.» Los ladrones, conscientes de la extraña vida de este hombre de oración, quedaron tan anonadados que sus vidas cambiaron para siempre.

Si un hombre ciego anda a tientas por el camino, sólo tiene sentido para quien ve si acompasa su paso al del ciego y evita tropezar con él. Y si él, por accidente, tropieza con nosotros, no podemos ofendernos sino por el contrario ayudarle a encontrar su camino. Si nos sentimos molestos, ello sólo prueba que nosotros estamos más ciegos que el propio ciego, pues hemos perdido completamente el sentido común y la solidaridad humana. Del mismo modo, si alguien nos persigue porque buscamos la verdad, en lugar de sentirnos ofendidos deberemos perdonar y rezar amorosamente por esa persona. Si continuamos experimentando oposición, nada perdemos por motivo del Maestro, pues la Verdad es nuestra recompensa.

Si servimos con amor, nuestro servicio dará frutos. Si alguno habla mal de nosotros, nos critica o nos suelta una sarta de insultos, aún debemos amarle más, pues él podrá probar los dulces frutos de nuestro amor.

Cuando un chico travieso ve un árbol con deliciosos frutos colgando pesadamente de sus ramas, a veces le lanza piedras. Pero el árbol no responde devolviéndole las piedras. En cambio, deja caer la deliciosa fruta para que goce con ella. El árbol no tiene piedras que lanzar, sino que muestra graciosamente lo que tiene —los dulces frutos— sin murmurar o quejarse. Por tanto no debéis desanimaros si alguien os insulta u os critica porque sigáis una vida espiritual. Es la señal de que realmente anhelan el fruto que Dios os ha dado a vosotros. Y cuando os atacan poseídos de malicia y despecho, vosotros podéis seguir ofreciendo frutos espirituales y revelarles el amor de Dios.

Una vez, un hijo rebelde dejó la casa de su padre y se unió a una banda de

ladrones que vivían a lo largo de la carretera que cruza la jungla. Durante un tiempo, olvidó su feliz infancia y se hizo cruel y despiadado como los demás. Pero su padre nunca perdió la esperanza de que el hijo abandonaría las malas compañías y regresaría a casa. Un día pidió a sus sirvientes que fueran a la jungla a buscar a su hijo, y le dijeron que su padre le esperaba, que le perdonaba con tal que abandonase sus malos hábitos. Pero los sirvientes se negaron a cumplir el encargo, pues les asustaba demasiado ir a una zona salvaje y acercarse a los fieros ladrones. Ahora bien, el hijo mayor amaba a su hermano pequeño tanto como su padre, así que puesto que los sirvientes se negaban a ir a la jungla, decidió ir él personalmente para transmitirle el mensaje de su padre. A medida que se iba internando por la jungla, los ladrones le espiaban y, en un momento dado, le atacaron e hirieron, dejándole casi muerto. Pero su hermano menor le reconoció. Lleno de pesar y remordimiento por lo que él y su banda habían hecho, abrazó a su hermano moribundo, el cual, con su último aliento, fue capaz de enunciarle el mensaje de su padre: «Ahora la tarea de mi vida y de mi amor, ha sido cumplida.» Y, diciendo esto, expiró en los brazos de su hermano.

El joven quedó tan conmovido por el amoroso sacrificio de su hermano que su corazón cambió al instante. Abandonó su vida de ladrón, le pidió perdón a su padre y desde aquel día llevó una nueva y honrada vida. Cuando pensamos en cómo murió el Maestro, en su tremenda agonía para transmitirnos el mensaje amoroso de Dios, ¿no debemos nosotros también estar dispuestos a dar nuestras vidas llevando este mensaje de esperanza a los otros?

Con frecuencia podemos compartir el mensaje del amor de Dios más efectivamente por la plegaria que por medio de la prédica. El poder espiritual emana silencioso y desapercibido de aquellos que rezan, y revelan verdades espirituales a los demás, justo como las invisibles ondas de radio que emite un poderoso transmisor pueden transportar mensajes a aquellos que los escuchen. De esta forma, una persona que busca puede recibir gran ayuda de alguien que está rezando solo.

La luciérnaga con su luz parpadeante y ciertas pequeñas plantas que crecen en el Himalaya, brillan en la oscura selva lo mejor que pueden. Hay también pequeños peces en las profundidades del océano que resplandecen en aquellos sombríos parajes. Más aún nosotros debemos ser luces para aquellas almas que vagan en la oscuridad de este mundo. Aunque pueda haber un riesgo para nosotros mismos, debemos estar impacientes por compartir nuestra luz, que nos ha dado Dios, con aquellos que tropiezan en la oscuridad y están en peligro de perder su camino.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Pero si nosotros damos toda nuestra fuerza sirviendo a los otros, ¿cómo encontraremos el tiempo y la energía necesaria para orar a Dios?

SADHU: Dios no necesita de nuestra plegaria, ¿Le hace falta a Dios cualquier cosa que nosotros, simples mortales, podamos darle? Aquellos que buscan seguir la vida espiritual son como la sal del mundo. Los cristales de sal no pueden dar sabor a nuestros alimentos a menos que se disuelvan. Si disolvemos la sal en una olla, desaparece pero no por ello deja de existir, pues, realmente, ese poco de agua dará sabor a millares de granos de arroz.

Lo mismo pasa con nosotros. Si no nos fundimos en el fuego del amor y del espíritu, si no nos sacrificamos completamente, no podremos pasar ni a una sola alma la gozosa experiencia de la vida espiritual. Si no nos sacrificamos a nosotros mismos, seremos como la mujer de Lot, que se convirtió en una inerte estatua de sal. Jesús se transfiguró en el huerto de Getsemaní y dio su vida en la cruz para abrir la puerta de los cielos a todos nosotros. Con el mismo espíritu, nosotros debemos estar preparados a dar nuestras propias vidas por el bienestar espiritual de los demás. Esto es lo que nos aporta orar a Dios.

La espada de la justicia pende amenazadora aún ahora sobre muchas almas. Debemos estar dispuestos a sacrificar nuestros deseos, e incluso nuestras vidas, en beneficio de aquellos que se hallan en peligro de muerte espiritual. Después el mundo reconocerá que el amor verdadero habita en nosotros, que somos

hijos de Dios, el cual se sacrificó por nosotros.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Qué ocurre si fallamos en el servicio a los demás?

SADHU: Si repetimos un mismo pensamiento o palabra o acción, lo acabamos convirtiendo en un hábito. Los hábitos determinan nuestro carácter. Por ello debemos ser cuidadosos y considerar las consecuencias e implicaciones de nuestras costumbres. Si nos convertimos en hombres indiferentes a hacer el bien, nuestra capacidad para hacer el bien disminuirá. Es difícil hacer algo bien. Pero todavía es más difícil corregir algo que nosotros hayamos hecho mal. Pero es absolutamente fácil destruir algo. Lleva mucho tiempo y esfuerzo hacer crecer un árbol, en cambio resulta muy fácil talarlo. Cuando está seco y muerto, devolverle la vida es imposible.

Si no hacemos uso de las facultades espirituales que nos han sido dadas, las perderemos. Es lo que sucede, por ejemplo, con peces que han vivido prolongadamente en la oscuridad de aguas profundas. Han vivido tanto tiempo en estas condiciones que están completamente ciegos. Lo mismo les ha ocurrido a algunos ermitaños que he conocido en las cuevas del Tibet. Por lo tanto, no deje que su vista espiritual se apague progresivamente sino, por el contrario, haga pleno uso de su fuerza y de sus facultades espirituales para que así pueda sentir la presencia de Dios.

La barrica que contiene agua fresca está limpia gracias al agua que fluye de ella. De igual modo, nosotros nos mantenemos limpios y puros si permitimos que el espíritu de Dios brote constantemente de nosotros en beneficio de los demás.

Hay muchas personas que malgastan sus preciosas posibilidades de servir a Dios y a sus criaturas, los seres humanos. Éstos deben despertar y hacer uso pleno del tiempo que les ha sido dado. Una vez, un pescador recogió unas preciosas piedras en un río de la selva. Las utilizó para disparar contra los pájaros con su honda y, una tras otra, cayeron al agua y se perdieron. Tiempo después, paseaba por el mercado de un pueblo, echando distraídamente al aire

una de las piedras que aún le quedaban, recogióla al caer. Un joyero que lo vio, maravillado ante tan preciosa gema, se ofreció a comprársela por varios miles de rupias. Cuando el cazador se enteró del valor de su piedra, exclamó: «¡Qué pena! Las otras que tenía las fui tirando descuidadamente al río. Y ahora podría ser millonario. Pero gracias a Dios he conservado la última».

Cada día de nuestras vidas es como un precioso diamante. Podemos derrochar innumerables días tratando de conseguir fines odiosos y egoístas, fines que ahora están perdidos en las profundidades del pasado. Pero al menos despertemos ahora, consideremos el valor de los días que nos quedan y utilicémoslos para adquirir riqueza espiritual. Si los utilizamos desinteresadamente al servicio de Dios y para advertir a aquellos que todavía siguen tirando frívolamente sus días buscando fugaces placeres, ganaremos el ilimitado tesoro de la felicidad divina.

TAPAS • SUFRIMIENTO

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, habla usted mucho sobre la bendición de la vida espiritual, ¿pero por qué existe tanto dolor y sufrimiento en el mundo?

SADHU: Es difícil comprender el misterio del dolor y del sufrimiento en el mundo. En última instancia, la raíz del sufrimiento se halla en el pecado, en la separación de Dios. Incluso Dios usa del sufrimiento para llamarnos a la paz de su presencia. Si Dios no utilizase el dolor y el sufrimiento para nuestro bien, no permitiría que ambas cosas residieran en el mundo. El grano de trigo debe permanecer en el vientre de la tierra antes de ser sacado al aire libre por la luz y el calor del sol. Entonces crece como una planta sana y da fruto.

La lluvia y los vendavales entrañan destrucción, pero también limpian la tierra de pestes y enfermedades. Del mismo modo, el viento del Espíritu nos transmite su poder y en su fuerza nos trae la salud espiritual y la felicidad. Lo mismo que un terremoto puede abrir pozos de agua dulce al entrar en erupción en el desierto, haciendo que la tierra sea exuberante y fructífera, así el sufrimiento puede violentar nuestras vidas y hacer brotar de nuestros corazones manantiales de agua de vida. Entonces refrescantes corrientes de agradecimiento y gozo fluirán donde antes había lamentos y quejas.

Cuando una rama dulce es injertada en un árbol amargo, rama y árbol sienten el cuchillo y sufren. Pero sólo de esta forma el árbol amargo puede dar frutos dulces. El propio Dios sufrió dolor al introducir el bien en nuestra pecaminosa naturaleza. Vemos en esta acción el gran amor de Dios y a su vez cómo sufre fielmente las penas de este mundo, así como nosotros podemos ofrecer buenos frutos para siempre.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Así, pues, el sufrimiento es necesario para la vida espiritual?

SADHU: El orden divino se establece para nuestra salud espiritual y para nues-

tra felicidad. Recordemos que la angustia espiritual y el dolor físico no son la misma cosa. El dolor físico es el resultado de enfermedades o heridas, pero la angustia espiritual es el resultado del pecado y de la separación de Dios. Cuando desafiamos a Dios y nos rebelamos contra su divino orden, llega la angustia espiritual. Es algo similar a la incomodidad que puede experimentar un nórdico sumido en un calor tropical, o un hindú en medio de un crudo invierno. Dios no nos impide oponernos a Él, pero utiliza el recurso de la angustia para recordarnos que nosotros estamos en este mundo como extranjeros y peregrinos.

En las trincheras excavadas durante la Primera Guerra Mundial, arraigaron flores y nacieron frutos. Bajo el suelo éste era más rico y fértil que en la superficie. Es lo que nos pasa a nosotros cuando sufrimos: las ocultas riquezas de nuestra alma se hacen patentes cuando salen a la luz. Por lo tanto, no desesperemos cuando veamos que aparece un proceso destructivo. Este proceso, en efecto, puede revelar ocultos poderes cuando castiga nuestra alma.

El fruto que hay dentro de la nuez es delicioso, pero la cáscara que lo envuelve es dura y amarga. El sufrimiento es desagradable al primer contacto, pero aquellos que lo aceptan por causa de Dios, dentro de él encuentran la delicia de la paz espiritual. No conseguimos una victoria real escapando del dolor, sino más bien descubriendo la gracia de cambiar el dolor en alivio, cambiar la muerte en vida, el mal en bien.

El gusano de seda se esfuerza dentro de la prisión de su capullo, pero este mismo forcejeo le proporcionará fuerza a sus alas. Si abrimos el capullo y prematuramente dejamos libre a la criatura que lo habita, no tendrá la fuerza suficiente para adaptarse a su nueva vida y morirá. Los hijos de Dios luchan en este mundo y es precisamente este esfuerzo el que les hace fuertes para que puedan enfrentarse a la vida que les espera.

Nuestro esfuerzo espiritual en este mundo es una preparación para habitar en nuestra casa eterna. Sólo podemos en verdad apreciar las bendiciones del confort si también pasamos por la experiencia del dolor de la aflicción. El

placer de la dulzura sólo lo experimentamos después de probar lo amargo. El placer de lo bueno sólo lo experimentamos cuando encontramos lo malo. El valor de la vida sólo cuando traspasamos la muerte. La desgracia y los apuros en esta vida mantienen nuestro espíritu despierto para que no abandonemos nuestro verdadero destino y nos sintamos cómodos en nuestra fugaz estancia en este mundo. Cuando todos alcancemos un estado de perfecta salud espiritual, el sufrimiento habrá acabado para siempre.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Dice, pues, que Dios nos somete deliberadamente al sufrimiento por nuestro propio bien?

SADHU: Dios ha creado todo en la naturaleza con un propósito determinado, aunque nosotros no podamos comprender cuál es ese propósito. Casi todas las sustancias de la naturaleza que pueden causar dolor y muerte, pueden también ser utilizadas como medicinas curativas. Las llamamos venenos porque no reconocemos sus verdaderas cualidades. Y, del mismo modo, las pruebas y aflicciones pueden fortalecer y profundizar nuestra vida espiritual si hacemos buen uso de ellas.

Cuando sufrimos, nuestras penas también pueden beneficiar a los demás de una forma que difícilmente podemos imaginar. Viendo nuestra aflicción y ayudándonos, los otros pueden ejercitar sus propios dones espirituales y aumentarlos hasta la perfección. Dios no experimenta gozo con nuestro dolor, pero a veces utiliza el dolor y el sufrimiento como una amarga medicina para el tratamiento de las almas. Si nos enfrentamos a Dios y rechazamos su ayuda, las pruebas a que nos somete se tornarán mortíferos venenos para nuestras almas.

Si un recién nacido no llora y grita, debemos darle un azote en las nalgas para que lo haga. A nadie le gusta golpear a un niño, pero el azote hace que reaccione y que sus pulmones se llenen de aire de vida. Así en el perfecto amor, Dios puede aguijonearnos con dolorosas bofetadas para que la respiración de la plegaria fluya libremente a través de los pulmones de nuestras almas. Esta es la única medicina que nos hace fuertes y nos mantiene sanos para la vida eterna.

Miremos la perla. La perla es un producto del dolor y del sufrimiento. Atormentada por una materia extraña incrustada en su blanda carne, la ostra responde abrazando el objeto irritante hasta transformarlo en una pieza de gran belleza. La creación de la perla no sólo proporciona alivio a la ostra sino que también es una fuente de asombro y placer para muchos hombres. ¡Pero cuidado! El brillo único de la perla puede ser destruido fácilmente. Tintes o aceites pueden contaminar y destruir su belleza. Perlas depositadas en viejas tumbas a menudo se pudren con el cadáver de su propietario y su polvo se mezcla con el polvo de la muerte.

La vida espiritual —como la perla— surge del dolor y el sufrimiento. Pero incluso cuando el dolor ha sido transformado en una cosa bella, el brillo de nuestra vida espiritual puede fácilmente ser contaminado y reducido a polvo. Debemos estar continuamente alerta y rezar al Maestro con nuestros corazones agradecidos.

Miles de años de calor y presión afectaron al carbón negro antes de que éste fuera transformado en preciosos diamantes. Incluso entonces, los diamantes no brillaban a menos que hubieran sido tallados. Cuando se tallan y se pulen, los rayos del sol los hacen brillar con maravillosos colores. Los científicos pueden manufacturar diamantes artificiales en laboratorio, pero el examen cuidadoso de los mismos revela su inferioridad. Igualmente, nosotros no podemos alcanzar la perfección espiritual sin pasar a través del dolor y el sufrimiento. Debemos vivir continuamente en la presencia de Dios y así luego nuestras pruebas se transformarán en joyas celestiales, talladas y pulidas por la mano segura del Maestro.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Por qué la gente se ríe y ridiculiza a aquellos que eligen el camino del sufrimiento?

SADHU: No se sorprenda ni se apene si los demás le agobian y le difaman. La luz y la oscuridad no pueden estar juntas. La gente que está apegada a sus propios deseos y placeres siempre interpretará mal la inclinación hacia la espiri-

tualidad y se burlará de ella. Resistirse a operar cualquier cambio en su propio egoísmo, lleva a que a menudo se produzcan confrontaciones. En efecto, si usted recibe elogios y cumplidos en este mundo materialista, cuídese de no abandonar totalmente el camino espiritual. Aun cuando el descreído supere su inclinación a oponérsele, su misma actitud le hará daño ya que puede empezar a influir en su vida espiritual y dificultar su progreso.

Había una vez un hombre que, valientemente, confesó su fe y desafió a la gente a abandonar sus deseos egoístas. Furiosos por sus palabras y por el cambio de su vida, sus enemigos le cogieron y le colgaron de un árbol cabeza abajo. Incluso en esta postura, tenía tal paz de corazón que no era consciente del dolor ni de la vergüenza. Dirigiéndose hacia sus verdugos, les dijo: «En este mundo, todo está cabeza abajo y nada está derecho. Creen haberme vuelto cabeza abajo pero, en realidad, me han puesto cabeza arriba. Soy como una diapositiva que sólo proyecta correctamente su imagen cuando está puesta cabeza abajo en el proyector. A sus ojos, estoy cabeza abajo, pero para Dios estoy siempre derecho.»

A veces es más fácil para los seguidores de Dios morir como mártires que dar diariamente testimonio vivo de sus sacrificios. Sólo experimentamos la muerte física una vez, pero si somos fieles seguidores de Dios debemos morir a diario. El Maestro necesita mártires vivos que se ofrezcan para la salvación de los otros. Todos aquellos que están dispuestos a dar sus vidas fielmente a Dios —sea en muerte física o en el diario servicio a los demás—, vivirán con Dios por siempre en la plenitud del gozo.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Pero sin duda, si la gente egoísta nos desprecia, podemos al menos depender de otras personas dispuestas a estar con nosotros.

SADHU: ¡No cuente con ello! Por lo que respecta a la salvación, el Maestro renunció a todo y a su vez todos renunciaron a Él. Cuando entró en Jerusalén la gente exclamó con una sola voz: «¡Señor! ¡Señor!» Pero tres días después se sentían tan ofendidos que defendieron sus vidas cómodas y egoístas gritando

con la misma voz: «¡Crucifícadlo! ¡Crucifícadlo!» Pusieron sus esperanzas en otras gentes y construyeron sus casas sobre la arena. Hoy en día esas gentes le rezarán y construirán su casa, pero mañana la echarán abajo hasta no quedar ni los cimientos.

No sienta pena por sí mismo aunque aquellos que llevan una vida espiritual se abran contra usted. Si su fe sigue impregnada del Espíritu de Dios, Dios y sus santos del reino de los cielos le estarán esperando. No debería desanimarse. Pronto vendrá la hora en que Dios recompensará el amor desinteresado de la fe.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Frecuentemente parece que aquellos que son fieles a Dios y buscan la verdad deben sufrir, mientras que los demás viven cómodos y a sus anchas.

SADHU: En lo más crudo del invierno los árboles están desnudos y parecen muertos. Pero cuando llega la primavera, revientan los brotes de hojas y flores, y aparecen los primeros frutos. Así fue con la muerte y resurrección del Maestro. Así será con todos nosotros, que fielmente cargamos con el peso del sufrimiento y la muerte. Aunque podamos parecer aplastados y muertos, daremos todavía hermosas flores y gloriosos frutos de vida eterna.

No estéis celosos de aquellos que llevan una vida cómoda. Pueden las ovejas triscar más allá del redil y encontrar buena hierba cerca de la jungla. Sin embargo, se exponen a un gran peligro pues los animales salvajes podrían despedazarlas. Por el contrario, aquellas que permanecen con el rebaño pueden parecer débiles y que la hierba que tienen sea menos verde, pero están a salvo bajo la mirada vigilante del pastor. Sucede lo mismo con los seguidores de Dios: aquellos que viven en la comodidad y el éxito, no necesariamente gozan de su bendición.

Nos guste o no, encontraremos peligro y sufrimiento en nuestras vidas. Si no cargamos con la cruz del Maestro, tendremos que cargar con la cruz del mundo, es decir, con todas las cargas terrenales. Aquellos que llevan la cruz del Maestro, saben, por experiencia, lo que esta cruz significa y cargan con ella para asegurar

su destino. Pero la cruz de este mundo actualmente nos arrastra y nos lleva a la destrucción. ¿Qué cruz has elegido tú? Haz una pausa y reflexiona.

La serpiente y el gusano de seda comienzan sus vidas con cuerpos parecidos. Pero conforme crecen, la serpiente sigue siendo serpiente, sin que importe las veces que cambia de piel, mientras que el gusano sale de su fea forma y emerge del capullo como una criatura completamente nueva, volando en el aire con alas delicadas. Del mismo modo, el creyente sale de su cuerpo material y entra en el mundo espiritual, morando eternamente en el reino de los cielos, mientras que el pecador sigue siendo un pecador aún incluso después de la muerte.

El Maestro abrió las puertas de los cielos para todos aquellos que le siguen en la fe. Tan pronto como nosotros sigamos sus pasos, aceptando en la fe el camino del sufrimiento, empezaremos a experimentar un gozo sin límites. El cielo está cerrado a los no creyentes. Dios da un gozo impercedero y una profunda felicidad aún en medio del dolor. Este gozo puede sostenernos en medio del sufrimiento y llevarnos al cielo.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Habla usted del Maestro —Dios Encarnado— sufriente. ¿Cómo es posible semejante cosa?

SADHU: El cuerpo y el espíritu son distintos, aunque están tan sutilmente entrelazados que el espíritu es capaz de afectar ligeramente al cuerpo. El Creador es distinto de su creación, pero cuando alguien experimenta dolor y pena, Dios la siente también.

Una persona limpia no puede estar en un lugar sucio, ni siquiera por un momento. Aquellos que viven en comunión con Dios encuentran muy desagradable vivir entre gente infame. En efecto, algunos abandonan el mundo para vivir como ermitaños en cuevas o en el desierto. Si, como pecadores, no podemos resistir la compañía de aquellos que hacen el mal, qué agonía debió pasar el Maestro. Cuando hablamos de su sufrimiento, solemos referirnos a las seis horas que duró la crucifixión. Pero su vida entera, como la encarnación

de la santidad entre los envilecidos, debió ser una dura prueba. El Maestro asumió la tarea de rescatarnos de la muerte. Esto va más allá de nuestra comprensión. E incluso tampoco los ángeles pueden comprenderlo. Resulta sorprendente que Dios, más allá del amor, se hizo como uno de nosotros para que así pudiéramos ganar la vida eterna.

Una vez, viajando por el Himalaya, me topé con un gran incendio forestal. Todos trataban desesperadamente de luchar contra el fuego cuando vi que un grupo de hombres estaba contemplando como un árbol era devorado por las llamas. Cuando les pregunté qué hacían allí mirando, me señalaron hacia lo alto, a un nido lleno de pájaros jóvenes. Por encima del árbol, la madre volaba en círculos, alocadamente, llamando, asustada, a sus polluelos. No había nada que ella o nosotros pudiéramos hacer, pues, al momento, las llamas se encararon por las ramas.

Cuando el nido comenzó a arder, vimos con estupor cómo la madre reaccionaba. Se lanzó en picado y se asentó en el nido, cubriendo a los pajarillos con sus alas. Un momento después, el pájaro y sus crías estaban reducidos a cenizas. Ninguno de nosotros podía creer lo que veían sus ojos. Me volví hacia los curiosos y les dije: «Hemos sido testigos de algo maravilloso. Dios creó estos pájaros con tanto amor y devoción que la madre ha dado su vida intentando proteger a sus crías. Si un corazón tan pequeño estaba tan lleno de amor, qué inconmensurable debe ser el amor de su Creador. Este es el amor que le sacó del cielo para hacerse hombre. Este es el amor que le hizo sufrir una dolorosa muerte por nuestra salvación».

Dios, que sufrió personalmente la angustia de este mundo, es capaz de proteger y rescatar a aquellos que hoy sufren. Da alivio en el tiempo oportuno. Nabucodonosor metió a tres jóvenes en un horno, pero Dios estuvo con ellos y el fuego no pudo dañarles. Dios está con todos aquellos que han recibido una nueva vida espiritual. Ellos pasarán a través de las llamas del dolor físico y la aflicción y morarán en la paz y seguridad de la presencia de Dios.

EL REY Y EL GRANJERO

Érase una vez un rey justo y bueno que amaba a sus súbditos y deseaba hacer todo cuanto pudiese por ayudarles. Un día decidió viajar por el reino disfrazado de plebeyo para enterarse mejor de las dificultades y problemas de su pueblo. De este modo esperaba encontrar la forma de ayudarles.

En una de sus jornadas de viaje se encontró con un hombre mayor, cargado con un pesado fardo, conduciendo su buey a un campo. El corazón del rey se compadeció al ver semejante escena, así que se acercó al hombre y le dijo: «Hola, buen hombre. ¿Puedo ayudarle? Déme su bulto y se lo llevaré hasta el campo.» El anciano, asustado, le miró por encima de su carga. Se detuvo, soltó su carga en el suelo, exhaló un profundo suspiro y replicó: «Es usted muy amable, hijo, pero yo soy pobre y no tengo forma de pagarle su amabilidad.»

El rey, inmediatamente, le tranquilizó: «No se preocupe por eso, yo me sentiré ampliamente recompensado si puedo aliviar mi corazón de la pena que me causa ver su esfuerzo llevando tan pesada carga.» Y, dicho esto, tomó el saco, se lo echó al hombro y se puso a andar seguido del hombre y el buey. Cuando llegaron al campo, el anciano le dio las gracias efusivamente y le preguntó: «¿Cuál es su nombre, amable señor, y dónde vive usted?» El rey se sentó al lado del hombre, pero no le respondió. No estaba acostumbrado a trabajos tan pesados y se había quedado casi sin respiración. Después, tras un breve

descanso, le contestó:

REY: ¿Por qué me pregunta el nombre y de dónde vengo? No quiero ninguna recompensa por mi servicio. Pero, en cuanto a usted, ¿cómo es posible que a su edad todavía trabaje tan duramente?

GRANJERO (llorando): ¿Qué puedo decirle? Lo mejor para mí sería que me callara. Me duele el corazón con sólo pensar en mis desgracias y recordar todo cuanto he perdido.

REY: ¿Qué quiere usted decir? Por favor, explíqueme. Mi corazón está con el suyo y, quizá, pueda ayudarle de alguna forma, aunque sea mínimamente. Por favor, dígame qué le ha pasado.

GRANJERO: No imagino qué bien puede suceder contándole mi trágica historia, pero puesto que insiste, se la contaré. Yo soy muy pobre. Tenía dos hijos y, a mi edad, dependía mucho de ellos. El año pasado, se produjo una hambruna terrible en nuestra tierra y, como le digo, resultaba penoso porque éramos casi pobres. Envié a uno de mis hijos al mercado de la ciudad vecina, a unas pocas millas de nuestro pueblo, para comprar trigo. Mi segundo hijo le acompañó con el fin de ayudarle. Cuando llegaron al mercado, fueron a ver a un mercader de grano, para comprar el trigo que necesitábamos, y volver a casa después.

Mientras estaban regateando con el mercader, un hombre les espiaba desde cierta distancia. Fuera del almacén, aquel hombre, un ladrón que mantenía una decidida enemistad con el comerciante, se disponía a entrar en acción. Al parecer, el comerciante había testificado contra él unos años antes y el ladrón fue enviado a prisión. Y al ser puesto en libertad anduvo en busca de una oportunidad para vengarse.

Después de que mis hijos hubieron salido de la tienda, el ladrón vio que el comerciante estaba solo. Le atacó, le mató y escapó con todo su dinero. Poco después, uno de los mozos del comerciante asesinado, entró en la tienda y encontró a su amo muerto, en un charco de sangre. Inmediatamente empezó a gritar pidiendo ayuda y un buen número de gente se apresuró a ir a ver qué pasaba. Llegó también la policía e inmediatamente detuvo al pobre criado.

Desde luego, el criado le dijo a la policía que unos momentos antes había

visto a dos jóvenes con su amo. A juzgar por sus ropas y su acento, dedujo que eran de alguna otra parte de la comarca y que habían ido a comprar grano. Poco después, al volver a la tienda, encontró a su amo brutalmente asesinado y los ladrones habían escapado con todo el dinero de la tienda. El criado apremió a los policías para que fueran tras los dos jóvenes y los arrestaran. Tan pronto como hubo contado su historia, la policía envió una patrulla de cinco hombres tras mis hijos. Rápidamente les apresaron y se los llevaron de vuelta a la tienda donde habían comprado el trigo.

Inocentes e ignorantes de cuanto había ocurrido, mis hijos fueron de buen grado con los policías. Esperaban pedirle al comerciante que testificara a favor de ellos, pues no eran ni ladrones ni asaltantes, sino simples y honestos ciudadanos que habían ido a comprar grano a su tienda. Por otra parte, no tenían armas, manchas de sangre ni el dinero robado.

Cuando regresaron con los policías y vieron la espantosa escena, se quedaron atónitos. Nunca en sus vidas habían visto nada tan horrible y no podían siquiera murmurar una palabra. La mayor parte de la gente que curioseaba ya los consideraba culpables, pese a que unos pocos, instruidos y con más experiencia, dijeron que quizá fueran inocentes. Pero los crueles policías no quisieron escucharles. Pegaron a mis hijos sin piedad. El mayor de ellos fue tan duramente golpeado que cayó sin sentido y sus ropas comenzaron a impregnarse con la sangre que manaba de sus heridas.

Tan pronto como supe estas horribles noticias, dejé mi buey a los buenos cuidados de un vecino y corrí a la ciudad donde habían ocurrido los hechos. Cuando llegué, fui derecho a ver a los funcionarios del gobierno y, con gran humildad y deferencia, les supliqué que tuvieran piedad de mí y de mis hijos. Pero se encararon conmigo, tratándome severamente y ordenando también mi detención, diciendo: «¿Es usted tan ciego y estúpido, viejo, que no ve toda la sangre del comerciante sobre las ropas de su hijo? ¿Y no oye como esa sangre grita pidiendo justicia?» Ya ve usted, querido amigo, lo ciego que es nuestro gobierno y lo cruel que es la policía. El pueblo pide justicia, pero aquí no hay justicia. El cruel y el malvado prosperan mientras que el pobre y el inocente sufren terriblemente.

Bien, después de maldecirme y amenazarme, finalmente me soltaron, pero pegaron a mis hijos de nuevo y los arrastraron al tribunal que debía

juzgarles. Mis pobres hijos repitieron que no sabían nada de lo que había ocurrido y que ellos eran inocentes, pero sus palabras cayeron en saco roto. La policía tergiversó los hechos y fabricó pruebas contra mis dos hijos, de tal forma que demostraban que el mayor había matado al comerciante y que su hermano menor había sido su cómplice. Sobre esta base de pruebas falsas, ambos fueron declarados culpables. Mi hijo mayor fue sentenciado a muerte y el pequeño condenado a siete años de trabajos forzados. Yo lloraba amargamente y grité pidiendo justicia, pero, ¿quién escucha las peticiones del pobre?

Unos días después, el ladrón que había realmente asesinado al comerciante de grano, atacó y mató a otro tendero. Pero esta vez hubo varios testigos y no pudo escapar. Fue juzgado y condenado a muerte y, cuando comprendió que su propia muerte era inevitable, confesó que también había asesinado al otro comerciante.

Escuchando la agónica confesión del asesino, el magistrado envió a dos oficiales a la prisión con órdenes para que mis hijos fueran liberados. Pero, ¡ay!, mi hijo mayor ya había sido ahorcado y el pequeño murió de desesperación y de las heridas que le infligieron durante su detención. Después de enterrar a mis dos hijos —que eran la alegría de mi vida y el consuelo de mi vejez—, volví a casa debilitado y con el corazón roto.

REY: Su historia me rompe el corazón, abuelo. Es más de lo que yo puedo soportar. ¿Por qué no apeló a la justicia del rey?

GRANJERO: Mi querido señor, intenté todo cuanto pude, pero los oficiales del gobierno no me permitieron que me acercara al rey para solicitar su intervención. Finalmente, no tuve más elección que apurar la copa de la amargura y la aflicción. Nuestro rey tiene buen corazón, pero sus funcionarios son crueles y no le dicen a su majestad toda la verdad. He oído que nuestro buen rey a veces viaja disfrazado para descubrir las necesidades y las congojas de sus súbditos y aliviar sus sufrimientos, pero yo no sé si es verdad. Ya sabemos que lo que no se cura debe soportarse.

REY: En verdad que lo que ha sido hecho no puede ser deshecho. Yo quiero ayudarle, si puedo, pero ningún pesar o preocupación le devolverá a sus hijos. Más pronto o más tarde, todos dejaremos este mundo. Pero cuénteme

más cosas sobre su vida y sus vecinos.

GRANJERO: Amable señor, algunos llorarían y otros cantarían. En general, la casa de cada hombre es su castillo. Según lo que yo he visto, los ricos no son más felices que los pobres, ni los pobres están menos satisfechos que los ricos. En verdad, aquellos que acarrear con preocupaciones y necesidades están menos contentos que los pobres. Antes de que se produjera mi horrible desgracia, yo era tan feliz como el rey en su palacio. Incluso ahora intento aceptar mi destino y vivir tan felizmente como pueda. Verdaderamente benditos son aquellos cuyo corazón conoce la paz de Dios; de lo contrario, el pobre y el rico, el mendigo y el rey, son todos iguales.

REY: ¿Le complacería, buen hombre, que el rey le invitara a su palacio?

GRANJERO: ¿Está el rey en su palacio a salvo de la congoja, del sufrimiento y de la muerte? Hay más placer en la simple cabaña de uno, con una comida sencilla después del trabajo diario, que en el lujo de un palacio. De hecho, mis sufrimientos me han enseñado algunas valiosas lecciones, lecciones antes desconocidas para mí. Yo soy feliz allá donde Dios me lleva. La muerte de mis hijos fue casi más de lo que mi corazón podía soportar, pero ahora estoy convencido de que la separación es solamente temporal. Mis días también están contados y un día yo cruzaré también el río de la muerte.

Hoy, esparciré en el campo los pocos granos de trigo que tengo y, dentro de pocos días, morirán. Pero luego crecerán como grano nuevo. Del mismo modo, todos nosotros morimos, pero nuestras almas crecerán bajo una nueva forma. Nuestros cuerpos mortales se convertirán en polvo, pero nuestras almas se alzarán para morar en eterna bendición con el Creador allá donde no habrá más muerte ni pena ni dolor.

REY: Usted ha hecho mucho más que pagarme por mi pequeño servicio. Sus palabras han sido una gran ayuda para mí, más valiosa que cualquier ayuda que yo le haya dado. Soy yo quien debería ahora darle las gracias. ¿Dónde ha adquirido usted ese divino conocimiento?

GRANJERO: Cuando yo estaba sufriendo tanto, un hombre de Dios me visitó. Simpatizó conmigo y me instruyó en las divinas verdades. Me dijo que del mismo modo que nuestro rey se mezcla entre su pueblo para ayudarlo,

también el rey de los cielos bajó a la tierra para mejorar la condición de su pueblo. Él, también, les ayudó, les instruyó y les confortó. Y, al final, mostró la profundidad de su amor sacrificando su propia vida por la salvación de los hombres. Desde entonces acepté la verdad enseñada por el santo hombre, y gracias a ella he encontrado nueva paz y gratitud por todo lo que he experimentado.

REY: Me causa una gran alegría saber de esa paz que usted ha encontrado. Pero ya no quiero entretenerle más. Tal vez tenga el placer de hablar con usted otra vez.

Tras estas palabras, el rey dejó al granjero y siguió su camino. El granjero, por supuesto, no tenía idea de que aquel hombre con el cual había hablado, era el rey disfrazado. Cuando el rey volvió a su palacio, investigó la historia del hombre y confirmó que cada una de sus palabras era verdad. Ordenó severos castigos para los policías involucrados en el asunto, para que sirvieran de lección a los otros. Más adelante el granjero recibió una citación en palacio, donde el rey le acogió con respeto y afecto, concediéndole una generosa pensión para que pudiese vivir el resto de sus días confortablemente. Altamente sorprendido, el granjero volvió a su casa alabando a Dios y agradeciendo la justicia del rey.

AMRITA • ETERNIDAD

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, dice usted que un día cesarán todos los sufrimientos y que gozaremos eternamente en armonía con Dios. ¿Qué puede usted decirnos sobre nuestra morada eterna?

SADHU: Nunca estamos satisfechos mucho tiempo con una cosa. Siempre deseamos cambiar nuestro medio y circunstancias. Esta inquietud procede de nuestra profunda incapacidad interior, la cual impide que las cosas fugaces de este mundo puedan satisfacer nuestras almas ni puedan darnos un sentido de estabilidad e inamovible plenitud. Solamente cuando nos dirigimos al Maestro, nuestros deseos se transforman y, en perfecta paz, el don de no cansarnos de ellos nos revelará en sí mismo que el más profundo anhelo de nuestros corazones es, verdaderamente, sólo la búsqueda del alma.

Hay mucha gente que no es feliz, que se regocija con el pensamiento de entrar en el cielo después de la muerte, pues no comprenden que el cielo está aquí en la tierra. ¿Cómo podrían gozar estando en un lugar al cual no están acostumbrados? He visto a muchas personas, incluso entre los devotos, que no pueden vivir juntos, en armonía, durante su breve vida terrestre. ¿Cómo podrían vivir juntos durante toda la eternidad? Yo no creo en una religión que ofrece un cielo sólo para después de esta vida. Es verdad que nuestra morada no está aquí, que nuestra casa verdadera está en otra parte. Pero muchos de aquellos que esperan el cielo encontrarán el reino espiritual extraño y no de su entero agrado.

En el plano espiritual, el cielo y el infierno son dos opuestos estados de ser. Esos estados se desarrollan, ya en la tierra, dentro del corazón de cada persona. No podemos ver esos dos estados del alma, como tampoco podemos ver a la misma alma. Pero podemos experimentarlos tan claramente como sentimos el dolor físico o como saboreamos el delicioso sabor de una fruta dulce.

La herida causada por un golpe físico puede infectarse y empeorar hasta producir un dolor tremendo e incluso la muerte. Y nosotros sabemos que una fruta

puede nutrirnos y sustentarnos más allá del mero goce de su sabor dulce. Igualmente, cada acto pecaminoso acarrea consigo unas consecuencias dolorosas, lo mismo que cada cosa buena lleva consigo saludables consecuencias. Pese a que no podamos todavía percibir enteramente el dolor o el placer de tales consecuencias, lo sentiremos cuando entremos por entero en el plano espiritual.

A veces experimentamos una repentina sensación de paz espiritual o dolor, como si algo viniera a nosotros desde el mundo espiritual sin el menor pensamiento o deseo por nuestra parte. Esta sensación es el comienzo del cielo o del infierno. Puede repetirse o variar, pero gradualmente la una o la otra prevalece según nuestro destino espiritual. Las bases del cielo o del infierno se han asentado firmemente en nuestros corazones mucho antes de que pasemos al siguiente mundo. Cuando nuestra vida llega a su final, entramos en cualquiera de los estados espirituales que nuestros deseos o pasiones han preparado.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Si nosotros elegimos nuestro destino eterno, entonces ciertamente nadie elegiría la muerte eterna, ¿verdad?

SADHU: Dios ha creado efectivamente el corazón con una inclinación que le lleva a aceptar su Espíritu viviente. Pero muchos han desarrollado tal amor y devoción hacia los bienes materiales que sus corazones se manifiestan incapaces de encararse hacia las cosas espirituales. Es una inclinación natural el recibir el fuego dentro de sí mismo, pero sin oxígeno el fuego no puede producirse. Si nos sumergimos en las distracciones mundanas, el fuego viviente no puede ser encendido y permanece en la oscuridad. Solamente si nos dirigimos al Maestro el templo de nuestros corazones será limpiado. Solamente estará limpio cuando estemos listos para aceptar su espíritu en nuestros corazones. Sólo entonces podremos experimentar la verdadera bendición y la paz perdurable.

La aptitud de nuestros corazones y pensamientos para recibir el espíritu de Dios es como las cuerdas del violín. Si están correctamente tensadas, cada una de ellas en armonía con las otras, el toque del arco producirá una hermosa música. Si no lo están, sólo producirán disonancia. Siempre que nuestros

corazones estén verdaderamente a punto para recibir el espíritu de Dios, producirán músicas celestiales y gozosas armonías, tanto en esta vida como en el mundo espiritual.

Cuando el Maestro dio su propia vida en la cruz, a su lado crucificaron también a dos ladrones. Los tres hombres sufrieron la misma suerte pero, desde una perspectiva espiritual, ahí había una amplia diferencia. Uno se mostró cínico e irreverente, burlándose del Maestro mientras sufría. El otro ladrón, sintió profundos remordimientos de conciencia y reconoció la gran injusticia que se efectuaba con la crucifixión del Maestro. Abriendo su corazón en amor y en unión con el Maestro, oyó sus reconfortantes palabras prometiéndole que aquel mismo día entraría en el paraíso. El paraíso no solamente existe más allá de la tumba, pues empieza en el corazón del hombre. Algo glorifica el vientre de María para que acoja a Dios Encarnado. Esto palidece en comparación con cualquier corazón al cual el Maestro es invitado, transformándolo en el mismo cielo.

Una vez, en una visión, contemplé a un hombre llegar al mundo del espíritu. Estaba sumido en gran aflicción, pues durante toda su vida jamás había tenido un pensamiento para algo que no fuese buscarse su diario sustento. Al mismo tiempo vi a otro hombre morir y entrar en el reino del espíritu. Era un hombre escéptico, obstinado en sus opiniones. Con amor y compasión, santos y ángeles fueron a su encuentro para intentar guiarle hacia la luz de los cielos. Pero una y otra vez retrocedía hacia la oscuridad, pues el pecado había hecho al hombre dudar y desconfiar de todo. Mientras observaba, me pregunté cuál sería su fin. Uno de los santos se dirigió hacia mí, y dijo: «Que Dios tenga compasión de él.»

Luego vi a otro hombre entrar en el reino de los espíritus. Había llevado una vida pecaminosa. Cuando los ángeles y santos fueron a ayudarle, el hombre les maldijo y les insultó, diciendo: «Dios es absolutamente injusto. Ha preparado los cielos para unos esclavos tan halagadores como vosotros y luego nos arroja a todos los demás a los infiernos. ¡Y aún lo llaman Amor!» Justo en aquel

momento la magnificente voz de un arcángel le convocó, diciendo: «Dios da a este hombre permiso para entrar en los cielos.» Ansiosamente, el hombre se lanzó adelante. Cuando alcanzó la puerta del cielo, sin embargo, vio el santo y resplandeciente palacio con todos sus gloriosos habitantes, y comenzó a sentirse incómodo. Los ángeles le animaron para que se acercase un poco más y pudiera ver al Maestro sentado en su trono. Pero cuando lo hizo, el nimbo de la virtud reveló la impureza de su corrompida vida pecadora. Dio media vuelta y, aborreciéndose a sí mismo, escapó y, agónico, se lanzó precipitadamente a un pozo sin fondo.

Luego oí la voz del Maestro diciendo: «¡Ved, hijos míos! Yo no prohíbo a nadie entrar en mi reino. Nadie ha prohibido el paso a ese hombre ni nadie le ha pedido que saliera. Ha sido él, con su vida impura, quien ha escapado de este santo lugar. Salvo que nazcas del espíritu, no podrás ver el reino de Dios.»

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿La felicidad eterna está al alcance de todos nosotros?

SADHU: Muchos la anhelan, pero la pierden a causa de su propia insensatez. Una vez, un pobre mendigo estuvo sentado durante veintiún años encima de un tesoro, sin saberlo. Deseaba tan ardientemente el dinero que incluso escondía las monedas que recibía. Finalmente murió en la más absoluta pobreza. Puesto que el ávido personaje siempre estaba sentado en el mismo lugar, creció el rumor de que había enterrado allí algo valioso. Así que el gobernador ordenó excavar en aquel lugar y el oculto cofre del tesoro fue hallado, lleno de preciosas gemas. El ansioso pedigüeño murió ignorando el valor que yacía a pocos palmos de él y al final las riquezas fueron a engrosar el tesoro real. La promesa de bendición que nos hace Dios está muy cerca de nosotros, en nuestras bocas y en nuestros corazones.

Muchos han muerto de sed pese a estar rodeados por el océano. El agua salada obviamente no podía aliviar su sed. Del mismo modo, hay mucha gente que vive en medio del ilimitado amor de Dios y, sin embargo, muere de sed

porque el pecado ha trocado el agua dulce del amor de Dios en la más espantosa amargura. Aquellos que escapan del pecado y buscan la vida espiritual en el Maestro, encuentran fuentes de agua de vida que surgen del mar del amor. Ellos encuentran plena satisfacción y paz perdurable. Eso es el cielo.

Una vez, un fiel seguidor del Maestro fue torturado hasta casi la muerte. Pero estaba tan lleno de gozo espiritual que se dirigió hacia sus verdugos y les dijo: «¡Oh, si yo pudiera abrir mi corazón y mostraros la maravillosa paz que he encontrado!» Sorprendidos por la paz interior que reflejaba la faz del torturado, aquellos estúpidos le extrajeron el corazón esperando encontrar algo precioso en su interior. Por supuesto, nada encontraron. La realidad de la felicidad celestial sólo es conocida por aquellos que le abren su corazón y la aceptan.

Ocasionalmente nuestro sentido de paz y felicidad espirituales se desvanece. Esto puede ocurrir a causa de alguna desobediencia o porque el Espíritu se aleja de nosotros por un tiempo y, entonces, nos damos cuenta de que estamos de nuevo vacíos e inquietos porque nuestra alma está sin Dios. De esta forma, Dios puede revelarnos otra vez nuestra debilidad y enseñarnos que sin nuestra vida espiritual no somos nada más que unos huesos secos. Dios quiere protegernos del orgullo y de la complacencia de pensar que hemos conseguido algo que está por encima de la fuerza del hombre. Dios nos crea y educa para que podamos volver de nuevo al Maestro y encontrar así una felicidad espiritual que no tiene fin.

A veces, aquellos que están llenos del espíritu de Dios, están abrumados por la divina felicidad y caen en un estado de desfallecimiento o incluso en la inconsciencia. Esto es un recordatorio de que la carne y la sangre no pueden heredar las glorias y las bendiciones del espíritu. Sólo cuando nuestras almas estén libres de sus cuerpos mortales experimentarán la plenitud de la paz espiritual, allí donde el dolor y el sufrimiento, la aflicción y los sollozos, la muerte y la congoja, cesarán para siempre.

En medio de las heladas tierras polares, pueden encontrarse cursos de agua caliente. Del mismo modo, nosotros podemos encontrar, incluso en medio

del desamor y la pesadumbre del mundo, apacibles corrientes de paz celestial. Así ocurre donde quiera que el fuego del espíritu de Dios resplandezca dentro de los corazones humanos.

ADVERTENCIA A LOS OCCIDENTALES

CRISTIANO: Sadhu-ji, usted tiene la experiencia personal de que Jesús es el Maestro que nos lleva a la paz interior y a la salvación. ¿Tenemos nosotros la obligación de llevar esta verdad a los distintos pueblos paganos?

SADHU: Debemos romper con la vieja costumbre de llamar «paganos» a aquellos que posean otra fe distinta a la nuestra. Los peores «paganos» están entre nosotros. Debemos amar como hermanos y hermanas a las personas que tengan otra fe, y a los que sean agnósticos o ateos. No necesitamos amar cualquier cosa que crean o hagan, sino simplemente amarles.

Incluso un idólatra que rinde culto a una piedra puede experimentar algo de la paz de Dios. Mas ello no significa que tal piedra posea un determinado poder, pero a algunos les sirve para concentrar su atención en Dios. Dios concede a todo el mundo la paz de acuerdo con su fe. El peligro, por supuesto, es que aquellos que le rinden culto no avancen espiritualmente y por tanto se sientan más atraídos hacia el objeto material del culto que hacia el Dios viviente y, en última instancia, se queden tan inanimados como la piedra que adoran. Semejante persona no será capaz de reconocer al autor de la vida, quien es el único que puede colmar el ansia de sus corazones.

CRISTIANO: Pero, ¿no estamos obligados a profesar nuestra fe y compartirla con los otros? Usted mismo admite que el Maestro envió misioneros a la India.

SADHU: Cuando en verdad encontramos al Maestro y experimentamos la liberación del pecado, un auténtico gozo nos empuja a compartirlo con los demás. No podemos permanecer silenciosos respecto a lo que Dios ha hecho sino que debemos ser testigos de ello. Cualquiera que haya experimentado la paz del Maestro —sea hombre o mujer, chico o chica, rico o pobre, labrador o granjero, escritor o sacerdote, juez u oficial, doctor o jurista, maestro o alumno, miembro del gobierno o misionero—, es solamente un seguidor del Maestro que dará extenso testimonio de la verdad. Pero por importante que

sea el testimonio ello no significa necesariamente que se tenga que predicar en la plaza del mercado o en el púlpito. Tenemos mil oportunidades de dar testimonio del Maestro allá donde quiera que vayamos. Y podemos hacerlo a través de una vida recta, a través de un carácter censurable, a través de la integridad del comportamiento, mediante nuestro propio entusiasmo o por el amor hacia el Maestro, compartiendo con los demás lo que Él ha hecho por nosotros. Cada persona, no sólo con palabras sino también con su vida, puede ser un testimonio del Maestro.

Un místico sufí iba de viaje y llevaba consigo una cantidad de trigo. Después de pasar varios días en el camino, abrió su bolsa y encontró en ella un cierto número de hormigas. Se sentó y meditó sobre su situación. Conmoverlo por aquellas pequeñas criaturas perdidas, volvió sobre sus pasos y dejó a salvo a las hormigas en su hábitat original.

Es sorprendente ver cómo los seres humanos podemos mostrar tanta simpatía por unas criaturas insignificantes. ¿Cómo entonces es posible la falta de simpatía y amistad que solemos mostrar con los demás? Muchos han ido tan lejos que se han perdido y no han sabido cómo regresar. Está claro que nuestro deber es guiar a los extraviados y volverlos al camino de la rectitud y ayudarles a encontrar su casa eterna.

Hay muchas personas en la India y en otras partes del mundo a las que les gustaría oír hablar sobre el Maestro. Esas personas necesitan el testimonio de la verdad pero no les hace falta la cultura occidental. Los hindúes necesitan desesperadamente el Agua de Vida, ¡pero no la quieren en vasijas europeas! El Maestro escogió simples pescadores como sus seguidores porque tenía un simple mensaje que manifestar, no una filosofía. El mundo ya tiene suficientes docentes y filósofos.

CRISTIANO: ¿Ha visitado usted América y la Europa Occidental? ¿Qué piensa de nuestro testimonio cristiano y de nuestro patrimonio religioso?

SADHU: ¡Qué añoranza he sentido en Europa! Me sentía como un pájaro en

una jaula. El conjunto de la atmósfera europea era demasiado pesada para mí. Muchas personas creían que yo sufría a causa del clima frío, pero no era eso. He pasado mucho más frío en el Himalaya. No era la atmósfera física la que me oprimía, sino la atmósfera espiritual.

En la India, uno siente en cualquier parte —incluso a través de ídolos y altares, peregrinos y penitentes, templos y prisiones—, que hay allí un deseo por cosas más elevadas. En Occidente, sin embargo, todo apunta a la fuerza armada, al gran poder, a las cosas materiales. Es el poder del mal lo que me hace sentir triste. La India, cada vez más, busca la verdad del Maestro. Occidente, en cambio, corre el peligro de ser cada vez más indiferente. Y ello a pesar de que debe mucho de su bienestar al cristianismo. En un tiempo el avestruz podía volar, pero como dejó de utilizar sus alas, éstas se atrofiaron. Lo mismo pasa con los europeos y americanos, pues no aprecian la fe de sus antepasados y cada vez la pierden más.

Occidente es como Judas Iscariote, que compartió el pan con Jesús y luego le negó. Occidente debería temer el destino de Judas, que se ahorcó en el árbol del conocimiento. Ustedes tienen muchos privilegios. Nosotros, en Oriente, tenemos que dar muchas cosas cuando nos hacemos cristianos. Para ustedes, no es así. Sin embargo, tengan cuidado y no pierdan su única posibilidad de alcanzar la felicidad eterna. Recuerdo la historia del cazador que era perseguido por un tigre. No tenía miedo porque su cabaña estaba cerca y estaba seguro de que tenía la llave en el bolsillo. Pero al llegar, no encontró la llave y pese a que solamente le separaba de la seguridad el espesor de la puerta, estuvo perdido.

Una vez, cuando estaba en el Himalaya, me senté a la orilla de un río y saqué del agua una hermosa piedra, dura y redonda, que me embriagó. Su interior permanecía seco. La piedra había estado mucho tiempo en el agua, pero el agua no había penetrado en la piedra. Es justamente lo mismo que ocurre con la gente «cristiana» de Occidente. Durante siglos han estado rodeados por el cristianismo, enteramente a remojo de sus bendiciones, pero la verdad del Maestro no ha penetrado en ellos. El cristianismo no tiene la culpa. La razón

de que la verdad no haya penetrado en ellos debe buscarse en la dureza de sus corazones. El materialismo y el intelectualismo tienen muy duro el corazón. De ahí que a mí no me sorprenda la cantidad de occidentales que no comprenden qué es realmente el cristianismo.

Muchos pensadores occidentales modernos no creen en los milagros de nuestro Maestro. A mi modo de ver ya es un milagro que queden personas espirituales en Occidente. En América, por ejemplo, uno ve un buen nivel de cristianismo, pero no se dirige a colmar las necesidades del pueblo. Lo mismo que el agua salada del mar no puede quitar la sed, gran parte de la religión practicada por los americanos no puede satisfacer la sed espiritual porque está saturada de materialismo. Las palabras del Maestro, «venid aquellos que vais pesadamente cargados y yo os daré descanso», son ciertas respecto a Oriente, pero creo que por lo que respecta a América debería haber dicho: «Venid a mí todos aquellos que vais pesadamente cargados de oro y yo os daré descanso».

Observando el lema que aparece en el billete de dólar, «In God We Trust» —En Dios Confiamos—, uno podría pensar que los americanos son un pueblo muy religioso, pero el lema debería decir «En el Dólar Confiamos». Los americanos veneran al todopoderoso dólar, no al Dios Todopoderoso.

Aunque América es una nación «cristiana» y hay muchos cristianos sinceros en América, la mayoría de los mismos no tiene fe. Allí, donde es tan fácil acceder a la religión, un país donde la religión se ofrece en cada esquina y donde nadie es perseguido por sus creencias, la vida debería ser pacífica. Por el contrario, es una loca carrera, a empujones y atropellada, en pos del dinero, la comodidad y el placer. En la India, muchos cristianos sufren amarga persecución, pero siguen hallando felicidad en su nueva fe. Puesto que es tan fácil tener fe en América, los americanos no aprecian que el consuelo esté en la fe.

CRISTIANO: ¿Qué consejo les daría usted, Sadhu-ji, a las iglesias cristianas de Occidente?

SADHU: Un científico tenía un pájaro en la mano. Quería descubrir en qué

parte del cuerpo del pájaro estaba la vida y qué era la propia vida. Así que empecé a diseccionar al animal. El resultado fue que la verdadera vida que estaba buscando, misteriosamente, se desvaneció. Aquellos que intentan comprender la vida interior de forma meramente intelectual, se toparán con un fracaso similar. Sólo conseguirán que la vida que buscan se desvanezca.

Cuando regresé a Europa, empecé a leer los escritos de Jacob Boehme, el místico alemán, y me sentí atraído hacia él nada más leer las dos o tres primeras páginas. Así de sencillo: un zapatero sin estudios tuvo una experiencia de Dios que influyó a millones de personas. Puedo estar equivocado, pero tengo la seguridad de que la gente sencilla como Boehme posee una intuición pura que le permite captar fácil e inmediatamente las profundas verdades espirituales del Maestro. La gente instruida, sobre todo aquellos que he conocido en Occidente, reprimen su innata intuición y la sustituyen por un racionalismo artificial. De ahí que el Maestro escogiera como discípulos a unos sencillos pescadores.

He estudiado teología en el seminario. Aprendí muchas cosas útiles e interesantes, sin duda, pero no me fueron de gran provecho espiritual. Todo eran discusiones sobre sectas, sobre Jesucristo y muchas otras cosas interesantes, pero encuentro que la realidad, el espíritu de todas las cosas, sólo lo procura el Maestro. Permanecí horas y horas rezando a sus pies y encontré la iluminación y, al mismo tiempo, Dios me enseñó muchas cosas que no puedo expresar con mi lenguaje de hombre. Sentarse a los pies del Maestro en plegaria, es la mayor facultad de teología del mundo. Domino la teología, pero Jesús es la propia fuente de la teología. Él nos explica en pocos segundos una verdad que ha llevado años comprender. Sea lo que sea lo que yo haya aprendido, solamente lo he aprendido a sus pies. Y no solamente el aprender, sino también la vida, la he hallado rezando a sus pies.

No condeno a los teólogos de tres al cuarto, pero resulta desafortunada la forma en que los occidentales dudan y niegan todo. Protesto ante esta tendencia. Nunca aconsejo a nadie que consulte a un teólogo, porque demasiado a menudo todos los teólogos han perdido completamente el sentido de la reali-

dad espiritual. Pueden explicarnos, con palabras griegas, todo lo que quieran, pero consumen mucho tiempo entre sus libros y no el suficiente estando con el Maestro en plegaria. Y no es que yo me oponga a toda formación, pero la educación desprovista de vida es ciertamente peligrosa. ¡Deberían de una vez por todas dejar de examinar las verdades espirituales como si se tratara de huesos arqueológicos! Rompan los huesos y palpén la médula de dentro, que es la que nos da la vida.

BUSCADOR Y MAESTRO

Una vez, hace mucho tiempo, había un hombre rico que disfrutaba de una vida llena de lujos. Pero, desgraciadamente, no tenía hijos. Acostumbraba a decirles a sus amigos y esposas: «Oh, rezad para que Dios tenga clemencia de mí y pueda concederme un hijo que sea el heredero de mis propiedades y conserve el nombre y el honor de mi familia». Después de algún tiempo, Dios escuchó su plegaria dándole un niño hermoso y sano.

Los padres trazaron muchos planes para el recién nacido. Su expectación y sus esperanzas no tenían límite. Cuando el niño cumplió seis años, su padre dispuso lo necesario para que tuviera la mejor educación posible, la cual se prolongó hasta los quince años. También fue formado en todas las destrezas y responsabilidades de la edad adulta.

A los dieciocho años, el muchacho se casó y la joven pareja comenzó a llevar una vida de familia ejemplar que fue la envidia de todos cuantos la conocían. Bendecidos con paz y abundancia, marido y mujer gozaban de todos los placeres del mundo y no conocían ni congojas ni preocupaciones. Pero algunos meses después de su matrimonio, los padres del joven, a los cuales amaba mucho, murieron de cólera. Mientras lloraba la pérdida de sus padres, unos ladrones entraron en la casa y se llevaron todo su dinero y cuantas cosas de valor encontraron, dejando a la pareja en la indigencia. La prosperidad hace

amigos y la adversidad los pone a prueba, de tal suerte que uno a uno todos sus amigos desaparecieron.

El joven no hacía otra cosa que exclamar con desesperación: «¡Oh, qué puedo hacer! ¿Adónde puedo ir? Estamos esperando un niño, ay, pero no podré regocijarme como mis padres hicieron a mi nacimiento, no seré capaz de hacer tanto por el niño como mis padres hicieron por mí. ¡Oh, qué veleidoso es el destino!» Su buena esposa le consoló, enjugándole las lágrimas con sus tiernas manos, y diciéndole: «Mi esposo querido, no llores ni te preocupes. Confía en Dios. Sea lo que sea lo que él ha hecho, lo ha hecho bien. Y sea lo que sea lo que pueda hacer, no dudes que será lo mejor. No pierdas la esperanza».

Un tiempo después nació el niño en estas adversas circunstancias. El hombre cuidó a su esposa e hijo lo mejor que pudo, pero desgraciadamente el niño murió a las pocas horas. Llorando, el hombre fue a enterrar el pequeño cuerpo y, a su regreso a casa, encontró a su esposa inconsciente. Incapaz de hacerla revivir, sostuvo su cabeza sobre sus rodillas. Poco después, la esposa abrió los ojos. Se miraron amorosamente pero fueron incapaces de hablar. El esposo estaba agotado de dolor y pesar, y la esposa estaba debilitada después del difícil parto que había tenido. Un rato después, sus ojos se cerraron para siempre.

El golpe fue más duro de lo que el joven marido podía soportar. Cayó, inconsciente, y sólo Dios sabe el tiempo que permaneció inerte en el suelo. Uno de sus vecinos acertó a pasar por delante de la casa y descubrió todo lo ocurrido. Inmediatamente fue a llamar a amigos y conocidos de la vecindad. Fueron ellos quienes dispusieron el funeral de su querida esposa.

Al pie de la tumba, el joven lloraba amargamente, clamando: «¡Ojalá que todos mis lamentos y sufrimientos fueran enterrados en esta tumba en lugar de mi querida esposa! Mi más querida amiga y compañera, mi bienamada, ha partido y me ha dejado solo. ¡Ay, cómo podré soportar tal infortunio!» A continuación, se desmayó de nuevo y cayó a tierra. Su desfallecimiento llenó de lágrimas a todos cuantos estaban allí. Amablemente, cargaron con él y lo llevaron a su casa. Después de que hubo descansado, intentaron conso-

larle, diciendo: «Lo que ha pasado, ha pasado. No te conviene que llores más. Más pronto o más tarde, cada uno de nosotros dejará este mundo, cada cual cuando le llegue la hora».

Batallando con el dolor de la muerte de sus seres queridos, el hombre empezó a pensar cada vez más en cosas del espíritu. Después de algún tiempo, fue a ver a un maestro espiritual a fin de encontrar la paz interior. Pero nada le trajo consuelo o calma a su desesperación. Un tiempo después, se fue a la jungla y empezó a vivir solo en una cueva, como un ermitaño. Rezaba a Dios de todo corazón: «¡Oh, mi Creador y Maestro, ten piedad de mí, piedad para este miserable pecador! Llévame de este mundo o concédeme la visión de tu verdad para que pueda encontrar nueva vida». Durante unos días el hombre esperó mientras seguía orando constantemente a Dios. Finalmente, su plegaria fue atendida.

Una mañana temprano, alguien se acercó a la cueva. Viendo aproximarse a un hombre, el ermitaño pensó: «Quizá, lo mismo que yo, ese hombre ha sufrido mucho y ahora está cansado de este mundo, vagando de un lugar a otro buscando refugio y paz. O tal vez es un viajero que se ha extraviado. Cuando el hombre llegó a la cueva, saludó al angustiado ermitaño con gran afecto y simpatía. El ermitaño se puso en pie con respeto, extendió una manta en la tierra, e invitó al extranjero a sentarse.

ERMITAÑO: ¿Puedo tener el placer de conocer su nombre, honorable extranjero, y preguntarle de dónde viene y qué le trae a este lejano lugar?

EXTRANJERO: Usted no puede comprender el significado de mi nombre. Yo soy el pastor y he venido desde lo alto para buscar y salvar a mi oveja perdida.

Pese a que el ermitaño no comprendió enteramente sus observaciones, sus palabras y la extraña personalidad del forastero le causaron una profunda y maravillosa impresión. Fue como si, por un momento, su oscuro corazón se hubiera iluminado por la gloriosa y brillante presencia del extranjero. Sintió como si él mismo fuera aquella oveja perdida a la que había aludido y que

venía a ayudarlo. Sentía un gran deseo por conocerle mejor.

ERMITAÑO: ¿Cuánto tiempo lleva usted caminando?

EXTRANJERO: Desde el principio.

ERMITAÑO: Usted debe ser un profeta. Por favor, hágame de sí mismo, bendígame y hágame su discípulo.

EXTRANJERO: Yo fui y soy y seré. He sido llamado el Dios que está con nosotros, el Santo, el Príncipe de la Paz y el Rey de Reyes. Me aparezco a aquellos que me buscan y en la plenitud del tiempo vengo como el Ungido a traer la liberación del pecado. Ahora he venido como Pastor en respuesta a tu plegaria. Vengo a darte la paz.

ERMITAÑO: Oh, mi Dios y Maestro, hoy he encontrado al autor de la vida. Ahora ya no me preocupan mis pérdidas terrenales porque lo he recibido todo. Desde ahora, yo soy su hijo y su sirviente. Usted lo es todo para mí. ¿Por qué se me ha ocultado durante tanto tiempo?

EXTRANJERO: Hasta hoy, tú no estabas a punto para verme, tal como has hecho ahora. Pero, en realidad, siempre he estado contigo. Te regocijas de verme sentado a tu lado, pero más importante aún es que reconozcas mi presencia en tu corazón y en tu alma. Todas tus penalidades fueron dispuestas para que me conocieras mejor. Aquellas pruebas han ensanchado tu corazón y te han hecho capaz de conocer la necesidad de alcanzar la paz interior. Sólo yendo al límite de tus propias fuerzas, volverá la fe en Dios y encontrarás su ayuda.

ERMITAÑO: ¡Oh, qué feliz soy! Todo mi ser se extiende en alabanzas y en agradecimiento hacia vos, mi Maestro. Pero más que la plegaria de mis labios, yo sé que vos deseáis la gratitud interior, un corazón abierto al rebosante gozo de vuestra presencia. Perdóneme, Maestro, si yo oso formularle una pregunta más. ¿Cómo puedo saber si lo que experimento ahora es real y no un producto de mi imaginación?

Extranjero: Hijo mío, no intentes asir la verdad espiritual con tu mente. Muchos dicen que las experiencias espirituales son subjetivas o imaginarias, pero no lo son. Tu experiencia es real. Durante mucho tiempo has tratado

de abrir tus ojos y oídos interiores a la verdad eterna. ¿No he prometido que aquel que busca encontrará? Regocíjate, pues tus plegarias han hallado respuesta y puedes creer porque me has visto. Todos aquellos que creen deberían también regocijarse aunque no me hayan visto como tú.

ERMITAÑO: Oh, Maestro, anhelo ser vuestro verdadero y fiel servidor. Concédame que jamás pierda la bendición que hoy he recibido. Protéjame de las dudas o de la indiferencia y otórgueme la gracia para que pueda ser fiel hasta el fin.

EXTRANJERO: Cuando estamos en el borde de un precipicio y miramos abajo, nos da vértigo y nos asustamos. El fondo puede estar sólo a pocos metros. Pero cuando miramos a los cielos, pese a que nuestros ojos no puedan atisbar una gran altura, nunca nos asustamos. ¿Por qué? Porque no podemos caer hacia arriba. Cuando miramos a Dios sentimos que estamos a salvo en Él y que no corremos ningún peligro. Pero si dejamos de contemplarle, nos llenamos de terror por miedo a la realidad y a ser destrozados.

Siempre hay que velar y orar. Nunca pensar en que puedes perder tus riquezas terrenales. Esto tiene que suceder más pronto o más tarde. Ahora posees una riqueza real que nadie puede quitarte. En realidad, deberías estar agradecido pues la pérdida de tu honor y riquezas terrenales, que vacían tu corazón, dejan sitio a los tesoros perdurables. Recuerda que yo siempre estaré contigo.

Con reverencia y gratitud, el ermitaño se inclinó a los pies de su Maestro. Luego, alzando la mirada, vio que el extranjero se había desvanecido. Desde aquel día en adelante, se entregó, con alma y corazón, al servicio del Maestro.

ORÍGENES Y CONTEXTO

Cuando Sundar Singh desapareció en el Himalaya, en 1929, el mundo lloró su muerte. Sus veintitrés años de peregrinaje como sadhu —un errante, penoso peregrinaje—, le habían llevado al menos a través de veintitrés países en cuatro continentes. Había influenciado profundamente a decenas de miles de personas. Realmente, en la primera mitad del pasado siglo, ningún otro maestro espiritual de Oriente fue tan conocido como Sundar.

Sundar Singh nació el 3 de septiembre de 1889 en Rampur, un pueblo de Punjab, y fue educado en la escuela cercana a la misión presbiteriana. Fue allí donde quemó su Biblia, el 16 de diciembre de 1904. Experimentó la conversión al año siguiente (tras lo cual su familia le expulsó de casa y le desheredó) y fue bautizado en la iglesia de Santo Tomás, en Simla, el 3 de septiembre de 1905. Treinta y tres días después, asumió el estilo de vida ascética propio del sadhu.

Su importancia real no se inscribe en fechas ni topónimos, sino más bien en la devoción y en el desinterés con los que difundió los Evangelios y en la sinceridad con la cual vivió cuanto había predicado. Un erudito alemán, Friedrich Heiler, una vez precisó: «En India, Sundar Singh es el discípulo de Cristo ideal: un predicador itinerante de pies descalzos que lleva un ardiente amor en su corazón. En él, el cristianismo y el hinduismo se encuentran y la fe cristiana avanza, no como algo foráneo, sino como una flor que florece en un tallo indio.»



LA ESPIRITUALIDAD DE SUNDAR SINGH se aprecia mejor sobre el telón de fondo de su formación religiosa, pues nació de un intenso forcejeo surgido de las condiciones establecidas por los elementos importantes de ambas creencias, su fe ancestral (la sikh) y su fe de adopción. A pesar de la tenaz oposición de su padre al cristianismo, que identificaba como la religión de los opresores colonialistas de India, Sundar Singh deseó servir a su nuevo maestro, Yesu (Jesús), y de hecho le llevó a cumplir el sueño de su madre difunta: verle un día elegir el camino del sadhu.

Reconocibles por sus tradicionales ropajes amarillos y por su ascético estilo de vida, los sadhus indios (literalmente «pobre hombre» o «mendigo») renuncian al confort de los hombres para vivir una existencia dedicada a la devoción y a la plegaria. Algunos se hacen ermitaños, mientras otros vagan de lugar en lugar como maestros espirituales, y otros practican penitencias mediante la mortificación, yaciendo en camastros de púas o caminando sobre las brasas.

En toda India, la gente devota considera el camino del sadhu itinerante — como sus colegas budistas y musulmanes, el *bhiksu* y el *fakir*— como la forma más alta de la devoción religiosa, tanto que generalmente son bien recibidos en cualquier pueblo. A diferencia de los sacerdotes y otros líderes religiosos, los sadhus pueden moverse libremente entre todas las castas e incluso se les permite la entrada en los recintos de las mujeres, los cuales están vetados al resto de hombres.

Sundar Singh mantuvo en toda su vida el más alto respeto hacia las formas familiares de devoción entre las cuales había crecido: hindú y budista, sikh y musulmana. Más aún, el intenso, el místico encuentro que le había llevado a su conversión le cambió para siempre y le proporcionó una inquebrantable dedicación a Cristo. Así, aunque nunca criticase ninguna práctica religiosa que él hubiera sinceramente observado, estuvo siempre dispuesto a relatar cómo Yesu le había tocado y transformado. Para él, Yesu era la Verdad —la realización y el cumplimiento de los profundos anhelos humanos hacia la paz

interior y exterior: un sentimiento que resultaba impensable que lo guardara para sí mismo—. Sólo por esta razón anduvo errante durante meses (e incluso años) a través del subcontinente indio, desafiando a los elementos y sufriendo los ataques de los anticristianos.

Como sadhu, Sundar Singh halló una amistosa acogida en la mayoría de los lugares donde paraba. Sin embargo, las reacciones variaban cuando la gente descubría que era un seguidor de Yesu. (Los sadhus cristianos habían profesado su fe en la India durante centenares de años, desde los tiempos del apóstol Tomas, quien supuestamente fundó allí la primera iglesia, pero pese a estos orígenes siempre fueron una minoría nada popular.) Particularmente, en el transcurso de sus viajes por el Tibet, Sundar fue atacado por violentos fanáticos. Fue allí donde (probablemente en 1912), fue detenido y arrojado dentro de un pozo seco y dejado allí para que muriera, pero, afortunadamente, fue rescatado por un misterioso extranjero.

•

DESPUÉS DE AÑOS VIAJANDO POR India, Tibet y Nepal, Sundar Singh pensó que había llegado la hora de alejarse más de casa. En 1919 viajó a China, Malasia y Japón; en 1920 llegó hasta Australia, Inglaterra y los Estados Unidos, y en 1922 viajó a través de Europa para pronunciar interesantes conferencias en Génova, Oxford, Londres, París, y numerosas otras ciudades de Alemania, Holanda, Suecia, Noruega y Dinamarca. Allí donde fue, amplias audiencias y preeminentes líderes —tanto religiosos como seculares— le recibieron con entusiasmo. En muchos de los países que visitó, se organizaron trenes especiales para transportar docenas de miles de oyentes a las catedrales y centros deportivos donde Sundar hablaba. La emergencia de un liberalismo tolerante en la teología cristiana explica parte de lo extendido de su voz. Por otra parte, muchos europeos simplemente eran curiosos que deseaban ver directamente a un místico oriental «real» que además, y especialmente por su apariencia y maneras, evocaba la tradicional imagen de Jesús. En sus visitas a

Occidente, además, adquirió la reputación de hacedor de milagros, una fama que incansablemente trató de borrar. Más que cualquier otra cosa, sin embargo, el empeño de Sundar Singh fue hacer comprensibles la simple fe y las auténticas prácticas de las enseñanzas de Cristo —algo absolutamente fuera de sintonía con el materialismo intelectual de Occidente— y que sin embargo sus auditorios encontraron muy convincente.

Censurado por su escasa familiaridad con la ciencia del siglo XX, Sundar Singh dijo: «¿Qué es la ciencia?» A lo cual le replicaron: «La selección natural, ya sabe, y la supervivencia del más fuerte». Sundar se limitó a responder: «Ah, pero yo estoy más interesado por la selección divina y por la supervivencia del menos fuerte». Chocó también su actitud ante el dinero. Sundar Singh siempre rehusó aceptarlo, incluso cuando lo necesitaba, y si alguien le forzaba a aceptar un regalo, él lo donaba a su vez. Una actitud que chocaba frontalmente con aquella que practicaban ciertos clérigos, de los cuales dijo:

Yo pertenezco al cuerpo de Cristo... a la verdadera iglesia, la cual no puede ser entendida como una construcción de azulejos y piedras. Es un cuerpo de verdaderos cristianos, vivos y muertos, visibles e invisibles. Pero yo no tengo nada contra cualquiera que se haga miembro de una iglesia organizada... En cuanto a la Sucesión Apostólica, yo no creo en ella, pese a que esta creencia ayude a la gente en su vida espiritual... Pero si el Cristo viviente está en verdad cerca de nosotros y vive en nuestros corazones, ¿por qué íbamos a rechazarlo —el meollo de nuestra fe— y por el contrario nos aferraríamos a la cáscara seca exterior?

Inevitablemente, tales puntos de vista, con los cuales se granjeaba el cariño de las masas, le hacía blanco de las críticas de las autoridades eclesiásticas e incluso de la hostilidad declarada de ciertos sectores. Completamente ignorado (o no comprendido) el carácter místico de sus enseñanzas, influyentes teólogos declararon las enseñanzas de Sundar Singh incompatibles con el dogma cristiano tradicional. Unos pocos atacaron también su carácter, sugiriendo que era poco más que un charlatán en busca de publicidad, el cual dejaba que fueran

sus amigos y seguidores quienes defendieran su reputación.

•

UN ALUVIÓN DE LIBROS Y artículos aparecieron desde ambos bandos. Tal vez no sorprendentemente, el debate más intenso tuvo lugar en los elegantes salones de las academias alemanas, donde la controversia fue conocida como la *Sadhustreit* («lucha del sadhu»).

Después de algún tiempo, la *Sadhustreit* murió, carente ya de interés. El conjunto del debate, por supuesto, había sido altamente incomprensible para aquellos que buscaban inspiración en el sadhu. Pero en la medida de cómo expuso el antagonismo fundamental entre el racionalismo occidental y la mística oriental, servía a un propósito ya que confirmaba la sospecha de Sundar Singh respecto a que mientras el Occidente cristiano podía ser rico en organización, teología, doctrina y tradición, era a la vez pobre en espíritu y estaba muy necesitado de enderezar las bases de las que se había apartado: el Cristo viviente.

•

DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS DE su vida, conforme su salud declinaba, Sundar Singh publicó seis pequeños libros. Los escribió acuciado por sus amigos y seguidores: el primero de ellos en su lengua nativa, el urdu; el resto, en inglés. No podía prever, sin embargo, la incontenible demanda que desató su publicación. En el espacio de unos pocos años, los seis volúmenes habían sido traducidos a las principales lenguas occidentales, además de al japonés, al chino y a otras lenguas asiáticas y, por supuesto, también a otros dialectos del subcontinente. Esta antología que hemos recogido se basa casi enteramente en aquellos libros y en las transcripciones de charlas, dirigidas siempre a un numeroso público.

Pese al considerable legado que nos dejó Sundar Singh con sus escritos, conviene recordar sin embargo que no fue un autor al uso y que su casa no era tampoco un escritorio ni un estrado de conferenciante. Al decir de to-

dos, sus intervenciones públicas —lo mismo que sus escritos— se distinguían especialmente por su decepcionante brevedad. La verdadera casa de Sundar Singh estaba en los polvorientos caminos de Punjab, a lo largo de las estrechas sendas que recorren el Himalaya, en los pueblos y aldeas donde sus oyentes se reunían para sorber la paz de su profundidad, impregnarse de sus ojos oscuros, y relajarse con la cadencia de su conversación. En definitiva, su casa estaba en Cristo, abierta tanto a sus detractores como a sus halagadores, y a quienes —como muestra la anécdota de uno de sus traductores europeos, y con la cual concluimos— Sundar agradecía la inspiración por cada una de sus palabras y hechos:

El sadhu era muy reacio a hablar de sí mismo. Estaba siempre preocupado porque alguien no le distrajera de Cristo. Estábamos en un tren y el clérigo que viajaba con nosotros le dijo a Sundar que en la reunión donde nos esperaban aquella tarde, deseaba presentarle a un importante invitado: una mujer que no podía hallar la paz pese a que había ido a escuchar a los más famosos predicadores cristianos y a pedirles su consejo. El sadhu permaneció en silencio durante un rato y luego, dirigiéndose al pastor, le pidió casi con brusquedad que no le presentase a aquella mujer. El pastor pareció ofendido, pero a pesar de guardar silencio, Sundar notó su enfado. Entonces le dijo: «Querido pastor, esa señora tiene algo que aprender, pero no lo aprendería si yo me encontrase con ella. Debe aprender de Cristo, y Él está mucho más cerca de ella —y significará tanto más para ella— que cualquier hombre».

BIBLIOGRAFÍA

The Christian Witness of Sadhu Sundar Singh: A Collection of his Writings, editada por T. Dayanandan Francis (CLS, Madrás, 1989). Una extensa colección de escritos de SUNDAR SINGH, entre los cuales aparecen algunos materiales inéditos y una extensa introducción biográfica. Sólo disponible en el editor: CLS, Post Box 501, Park Town, Madras 600003, India.

Sundar Singh: A Biography, A. J. Appasamy (Lutterworth, Londres, 1958). La definitiva biografía de SUNDAR SINGH, rica en detalles y escrita desde una perspectiva crítico-erudita. La edición india, en inglés, puede adquirirse en CLS en la dirección indicada más arriba.

Sadhu Sundar Singh: A Personal Memoir, C. F. Andrews (Hodder & Stoughton, Londres, 1934). Reflexiones por un íntimo amigo de SUNDAR SINGH.

The Gospel of Sadhu Sundar Singh, Friedrich Heiler (ISPCK, Delhi, 1996). Traducción inglesa del amplio estudio de Heiler, aparecido en Alemania en 1924. Heiler ofrece un fascinante estudio sobre la vida del Sadhu y sus enseñanzas y las analiza comparándolas con otros misticismos religiosos del Oriente y también con los de la tradición Cristiana.

Sadhu Sundar Singh, Phyllis Thompson (O.M. Publishing, Bromley, Reino Unido, 1992, ISBN: 1-85078-099-4). La más amplia biografía dada a la imprenta fuera de India. Incluye los detalles esenciales de su vida.